

5

INFORME ESPAÑA 1 9 9 7

una interpretación
de su realidad social



Fundación Encuentro



Edita: **Fundación Encuentro**
Oquendo, 23
28006 Madrid
Tel. (91) 562 44 58 - Fax (91) 562 74 69
E. Mail: correo@fund-encuentro.org

ISBN: 84-89019-05-3
ISSN: 1137-6228
Depósito Legal: M-10920-1998

Fotocomposición e Impresión: Albadalejo, S.L.
Albadalejo, 6 - 28037 Madrid

PARTE SEGUNDA: LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE 1997

I.	Lo rural: agonía de un mundo distinto cada vez más cercano	3
1.-	Lo rural y lo urbano: ¿contraste o continuidad?	5
1.1.-	Una difícil delimitación	6
1.2.-	Demografía y geografía de los pequeños núcleos rurales	8
1.3.-	Distribución de la población en las provincias	15
1.4.-	Un tímido movimiento de reflujo	20
1.5.-	Composición de la sociedad rural	22
1.6.-	Equipamiento material del hábitat rural	24
2.-	La conciencia del cambio en el mundo rural	25
2.1.-	El «pueblo» como unidad corporativa	27
2.2.-	Los actores y los cambios de rol en el mundo rural	31
2.3.-	Prospectiva de la sociedad rural	37
II.	Decepción en el mundo del desempleo	45
1.-	Datos a la carta	47
1.1.-	Datos Inem: paro y contratación	48
1.2.-	Datos EPA: paro, empleo, actividad	49
1.3.-	Datos de la Seguridad Social	53
2.-	Perspectiva cualitativa del empleo	54
2.1.-	Se necesitan nuevos hábitos y actitudes en los trabajadores, en los empresarios y en la sociedad	60
III.	Preferencias reflejadas en la programación televisiva	63
1.-	Consumimos mucha televisión	65
2.-	Imagen deformada y deformante de la sociedad	68
2.1.-	Un espectáculo de sobresaltos	68
2.2.-	La anécdota se hace protagonista	70
2.3.-	Mil formas de presencia y participación débil	71
3.-	Modas y modos en los programas	73
3.1.-	Identificación con nuestras situaciones más domésticas	77
3.2.-	Buscando seguridades alternativas en astrólogos y videntes	81
3.3.-	Imágenes manipuladas para informar	82

Parte Segunda

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE 1997

En los Informes anteriores¹ hemos demostrado nuestro interés por los procesos de exclusión social a que se ve sometida hoy la sociedad española. Entre ellos, el del mundo rural, con una mayor densidad de ancianos y pensionistas, requiere una consideración especial. No se podrá hablar de participación política en el sentido pleno del término con aquellos que conservan poco más que ciertos derechos políticos y sociales como el voto, la pensión de la Seguridad Social o los mínimos derechos humanos. El desempleo es otro de los procesos de exclusión social y económica que vuelve a estas páginas como herida permanente de la sociedad española.

También hemos considerado oportuno abordar el estudio de la televisión desde el punto de vista de su oferta de ocio y de contenidos. Ambos aspectos tienen una influencia muy directa en algunos procesos importantes en la configuración de nuestra sociedad actual: desde el uso del tiempo hasta el modo de procesar la información, pasando por la identificación con determinados modelos de conducta o la percepción afectiva de los acontecimientos. Aquí presentamos una visión más global o transversal, que complementa el estudio que hemos llevado a cabo sobre la influencia de la televisión en la dinámica familiar y en los implícitos educativos que se recoge en el capítulo VI de este mismo Informe.

I. LO RURAL: AGONÍA DE UN MUNDO DISTINTO CADA VEZ MÁS CERCANO

La sociedad rural no está moribunda. Pero no disfruta de buena salud. La cura de adelgazamiento a la que fue sometida por la transformación y el abandono de la actividad agraria provocó el «éxodo rural» masivo que se inició en los años cincuenta y se prolongó hasta la crisis industrial que em-

¹ Véase en el *Informe España 1996* «Amenazados por la exclusión» (p. XX-XXXVIII); «¿Amenaza la inmigración nuestro tejido social?» (p. 52-73); y «El envejecimiento humano» (p. 321-370). Del *Informe España 1995* pueden verse «Evaluar cualitativamente lo social» (p. XXVI-XXXI) y el capítulo I, «Crecimiento económico y desarrollo social» (p. 61-225), dedicado al desempleo.

pezó a sentirse en la segunda mitad de los años setenta. A partir de entonces la reducción se ha atenuado notablemente. Esta tendencia constante de contracción del mundo rural ha supuesto pérdidas de población que en algunos casos se acercan al 45%. El «éxodo» afectó con dureza a los núcleos de población cuya actividad económica dependía casi en exclusiva del trabajo en el campo. La propiedad de la tierra, en explotaciones básicamente minifundistas, ha sido un factor que ha evitado en algunas zonas una más numerosa emigración por el lógico mayor enraizamiento en la actividad agraria. La emigración afectó de manera especial a la población joven y adulta en edad de trabajar (15-64 años). Más de 10 millones de españoles cambiaron de residencia en menos de tres décadas. El ritmo acelerado de la emigración incrementó los efectos negativos de la misma. El desarraigo inevitable de los emigrantes rurales complicó también el crecimiento de las ciudades y su nueva ordenación.

Nunca, en cambio, llegó a consumarse el divorcio entre lo rural y lo urbano. Aun en las zonas más industrializadas no es difícil encontrar personas que siguen atendiendo sus tierras o su huerta. En algunas regiones está bastante extendida la figura del agricultor a tiempo parcial, personas que compaginan su trabajo en la industria o los servicios con el cultivo de la tierra. Otros muchos emigrantes siguen manteniendo un evidente carácter semirural y alternan el pueblo con la ciudad, sobre todo en los fines de semana y en las vacaciones. Por último, no son pocos los emigrantes que una vez jubilados vuelven definitivamente o durante largas temporadas a su pueblo. La resurrección de la pequeña industria artesana, la revitalización de servicios como la construcción y la hostelería, el acondicionamiento de la vivienda rural y el turismo han contribuido a que lo rural vuelva a atraer a no pocos urbanitas.

Por otra parte, los valores positivos de la vida rural se hacen más atractivos en la vida urbana: la tranquilidad, una vida más sana, el disfrute de la naturaleza, la densidad de las relaciones personales, el menor coste de la vivienda en propiedad y las posibilidades de los nuevos empleos autónomos y del aún incipiente teletrabajo son rayos de luz que podrían despejar el horizonte de este mundo rural que ha vivido 40 años de olvido y postración.

¿Asistimos a un renacimiento o más bien a una reconversión del mundo rural español? ¿Se trata de un fenómeno coyuntural del momento o podemos pensar en un cambio estructural que modificará a la larga y de manera profunda las relaciones entre ambos mundos? En todo caso, emerge una nueva valoración de la vida rural y empezamos a descubrir en ella mejores posibilidades. No asistimos, por tanto, a una muerte lenta; presenciamos la lucha agónica en la que peligran las raíces y determinadas funciones vitales que ha venido ejerciendo lo rural dentro de la sociedad global. Interesan especialmente los cambios cualitativos y a ellos vamos a referirnos en la segunda parte de este estudio. Pero éstos resultarían incompre-

sibles si nuestra reflexión no discurriera antes a través de la perspectiva demográfica. Es menester, pues, enfrentarse antes con los indicadores cuantitativos.

1. Lo rural y lo urbano: ¿contraste o continuidad?

La definición de lo rural o de la ruralidad es una vieja cuestión, aún no resuelta por los geógrafos ni por los sociólogos. G. P. Wibberley (1972) pone el acento en «el uso extensivo del suelo». G. Moss (1980) se fija de tal manera en las relaciones de ambas sociedades que adivina un *continuum* dentro del cual «el mundo rural ha llegado a ser cada vez más urbano en términos sociales y económicos». Dicha visión es real pero incompleta. Los niveles de actividad económica y social, que alcanzan la menor intensidad en el extremo rural y la mayor en el urbano, no son asimilables, ni siquiera con criterios meramente cuantitativos. Hay algo rural específico que no se confunde en modo alguno con la ocupación agrícola y mucho menos con la incultura.

El tamaño del municipio, la densidad de la población, el medio ambiente y la ocupación de sus gentes son indicadores seguros y sirven como tales, pero no agotan la riqueza cualitativa de lo rural. La Comisión Europea subrayaba en 1988 la importancia del «tejido económico y social, que comprende un conjunto de actividades muy diversas [...] y de las funciones vitales» que desempeña el espacio rural, no sólo para los que viven en él, sino también «para toda la sociedad». La OCDE (1994) se aproxima a lo rural a través de tres factores importantes: el tamaño de las unidades territoriales, la extensión geográfica de esas unidades y los criterios que se adopten para establecer los umbrales poblacionales que sirvan para marcar la frontera entre lo rural y lo urbano. Tendremos muy en cuenta estos tres criterios para organizar nuestro análisis. Los tres tienen mucho que ver con la densidad y las formas de interrelación social dentro de la comunidad rural y de ésta con el exterior. Las «funciones vitales» del mundo rural se realizan en ese tejido distinto de la interrelación social.

De manera empírica, tendremos que reconocer con Kayser (1990) que existen unos espacios en los que su población se caracteriza por un modo particular de utilizar el suelo y de concebir la vida social. Son territorios que se distinguen de los otros por su débil densidad de habitantes y de construcciones y en los que dominan los paisajes naturales. El modo de vida de sus habitantes está marcado por su pertenencia a colectividades de tamaño limitado, en las que se produce un estrecho conocimiento personal y fuertes lazos sociales dentro de la comunidad; en cambio, sus relaciones con el exterior son débiles. Su relación con el espacio favorece un entendimiento directo y vivencial del medio ecológico. La identidad cultural es

también específica y se manifiesta en la influencia decisiva de la estructura familiar sobre la actividad de sus gentes y la organización del trabajo. Apuntemos, en fin, la decisiva función mediadora de las personas más notables del pueblo.

1.1 Una difícil delimitación

Ya hemos aludido a la transición demográfica y, en concreto, al «éxodo rural» de hace 40 años. Los expertos en demografía dan mucha importancia no sólo al volumen de las migraciones y a su carácter selectivo, sino también al ritmo de las mismas: el acelerado proceso de los trasvases de población en nuestro país hizo mucho más complejas las situaciones. En una sociedad denunciada ya como invertebrada, el desarraigo de los emigrantes contribuye a que aumente la inseguridad y dificulta la solidaridad.

Para analizar los movimientos internos de población tenemos que servirnos, por su cercanía, de las unidades administrativas del municipio y de la provincia, aunque somos conscientes de todas las imprecisiones que, sobre todo, el concepto de municipio comporta. Los límites administrativos impuestos en el siglo pasado no recogen situaciones homogéneas. Esta apreciación, por lo demás obvia, se irá confirmando a lo largo de este estudio, cuando entremos a examinar la proporción de residentes rurales en cada provincia y los flujos migratorios en los municipios inferiores a 1.000 habitantes.

En determinadas zonas de nuestro país, caracterizadas por un hábitat concentrado, prácticamente coinciden municipio y unidad de población; en otras, con hábitats dispersos, la divergencia es total y en ellas la vida rural más densa se realiza en la unidad poblacional (parroquia, pedanía, caserío, etc.), aunque determinados servicios comunes tengan que organizarse en el ámbito del municipio. Los casos extremos de esta divergencia los encontramos en Pontevedra y Asturias, con una media por municipio de 100 y 87 núcleos pequeños², respectivamente. No obstante, la organización vecinal del espacio rural en estas dos provincias no es un caso aislado. Las otras tres provincias gallegas, A Coruña (40), Ourense (40) y Lugo (21) se encuentran en un segundo nivel en lo que se refiere a dispersión del poblamiento en los municipios. En el resto de la cornisa cantábrica –Cantabria (9), Álava (8), Vizcaya (5) y Guipúzcoa (3)– la dispersión se reduce notablemente. Esta nota característica del espacio rural no se extiende a todas las zonas periféricas de la península. Está bien representada en provincias de la costa mediterránea como Murcia (21) y Gerona (5). Aparece en provincias como Almería (8), Córdoba (5) y Cádiz (5). León, con una media de

² Véase el indicador A.2.1.9 en el Anexo Estadístico.

7 núcleos por municipio, denuncia la proximidad de su geografía con sus vecinas Galicia y Asturias y su diferencia con el resto de la Comunidad de Castilla y León, en cuyas provincias el número de núcleos de población por municipio no supera los 3 de media. En total, según los datos censales de 1991, en España existen 46.527 unidades o núcleos de población, que se organizan en torno a 8.076 municipios. En nuestro análisis nos interesan especialmente las unidades poblacionales pequeñas y dispersas, por ser los escenarios donde la trama de lo rural tiende a ser más simple y auténtica. La localización de esta geografía demográfica es ya en sí significativa y lo comprobaremos a lo largo de nuestro estudio.

El criterio de los umbrales poblacionales será siempre convencional. Las fronteras del espacio rural no son precisas ni fácilmente detectables. No obstante, este paso sin fronteras de lo rural a lo urbano en modo alguno justifica la teoría del «continuo urbano». Las diferencias y los contrastes son de orden cualitativo. La sociedad rural conserva sus esenciales características en su manera peculiar de reproducción social, de organización laboral, de una estructura familiar dominante en todos los ámbitos. Un mundo rural culto y sano, bien informado y dotado de adecuados medios de transporte y comunicación es más que posible y su recuperación dentro de un futuro próximo se ha hecho urgente y necesaria.

Es injusto y miope considerar lo rural como aquello que queda por urbanizar o como un residuo del retraso social. A través del análisis cualitativo podremos penetrar y distinguir los rasgos esenciales de esa sociedad rural. Con todo, la visión cuantitativa sigue siendo necesaria. Para valorar el peso de la población rural, para localizarla en sus núcleos poblacionales, para examinar su nuevo hábitat, para medir los flujos migratorios de la transición demográfica y estudiar la composición de esa sociedad por edades, sexo, niveles culturales, etc., tenemos que valernos de los indicadores cuantitativos. La organización de los servicios públicos tendrá que tener en cuenta esos indicadores, que servirán también para conocer algunos condicionantes fundamentales de la interrelación interna y externa de los residentes en el medio rural. La transformación de la familia, las causas del desarraigo emergente y del desinterés por lo público tiene características propias en el pueblo y en la aldea más pequeña.

El tamaño del municipio como criterio para distinguir núcleos rurales de núcleos urbanos presenta muchas dificultades en nuestro país, como acabamos de comentar. Algunos sociólogos sitúan en 10.000 habitantes el umbral que separa ambos mundos, pero esta cifra, dependiendo de la zona y hasta dentro de una misma zona, tiene detrás realidades muy distintas. Como consecuencia del alto número de núcleos de población por municipio que antes hemos señalado, en Galicia y la cornisa cantábrica algunos municipios de más de 10.000 habitantes pueden representar a núcleos profundamente rurales y otros a municipios claramente urbanos; el elemento

diferenciador habrá que buscarlo seguramente en el grado de comunicación e industrialización que hayan alcanzado. En la meseta norte se puede afirmar que prácticamente todos los municipios de más de 10.000 responden a una tipología urbana. El carácter rural en esta zona depende en buena medida de la distancia entre los municipios –muchos de ellos de gran extensión– y del alejamiento de las vías de comunicación nacionales. Por otro lado, es conocida la tendencia en Andalucía a la formación de grandes núcleos compactos, que de hecho han impedido la erosión demográfica como lo hacen las raíces de los árboles vetustos en la erosión de la corteza terrestre. Muchas de esas poblaciones de 10.000 y más habitantes mantienen las «virtudes rurales». Influyen en ello factores como el carácter más expansivo de sus gentes y una organización más tupida de interdependencias que facilitan el mantenimiento de lo que aquí entendemos por carácter rural. El INE, sin duda por razones prácticas, adopta como umbral límite de lo rural el municipio de 2.000 habitantes.

La frontera del mundo rural debe trazarse allí donde es posible que siga dominando el conocimiento mutuo y las relaciones familiares entre los vecinos de un entidad poblacional, villa o municipio. Si a esto se añade la debilidad de las relaciones con el mundo urbano, habremos localizado el marco más propicio para detectar la evolución del mundo propiamente rural. Teniendo en cuenta estos factores, nosotros hemos preferido situar nuestro análisis cualitativo del mundo rural en los municipios de menos de 1.000 habitantes. En ellos hemos intentado descubrir los mecanismos de los cambios más profundos que está sufriendo el mundo rural. Entendemos que su marco institucional es más favorable a lo rural. Su misma debilidad demográfica los somete a los grandes impulsos de la movilidad. Nadie se tiene que mover tanto como el habitante de los pueblos pequeños, carentes las más de las veces de servicios públicos fundamentales como la educación o la salud, que lógicamente sólo pueden ser rentables en la comarca, concejo o ayuntamiento de tamaño superior a 1.000 habitantes. Y los cambios cuantitativos que se descubren se mueven en el límite de la incomunicación con el exterior y de la relación vital imprescindible. El dominio de la estructura familiar es absoluto en la unidad de población más pequeña; y esto no sólo para las relaciones personales, sino para la misma organización del trabajo y de la vida social.

1.2 Demografía y geografía de los pequeños núcleos rurales

Dos fenómenos destacan al analizar la evolución de la población en estos municipios³. Ese mundo rural de las poblaciones inferiores a 1.000 habitantes se va vaciando a lo largo del siglo y lo hace de manera brusca a par-

³ Véanse los indicadores 2.1.10 a 2.1.14 en el Anexo Estadístico.

tir de la segunda mitad de éste, concretamente durante los años cincuenta y sesenta. A principios de siglo el 14,8% de los españoles vivía en municipios con menos de 1.000 habitantes; dicho porcentaje se redujo al 8,5% en el censo de 1950 y descendió tres puntos más en el censo de 1970 (5,8%). En los dos decenios siguientes (durante los años setenta y los ochenta) la reducción fue mucho más lenta: un 4,2% en el censo de 1991. Finalmente, según el padrón de 1996 el 4% de los españoles reside en dichos municipios. En consecuencia, a lo largo del siglo el porcentaje de participación de la población residente en municipios de menos de 1.000 habitantes se ha reducido casi 11 puntos respecto a la población total de nuestro país.

La muestra estadística del espacio rural, que hemos delimitado a los tamaños inferiores a 1.000 habitantes, afecta al 60,7% de los municipios españoles actuales, prácticamente el mismo porcentaje que en 1900 (60%). No deja de resultar llamativo que el 4,2% de la población española habite el 60,7% de los municipios, un dato más que elocuente del intenso proceso de concentración urbana y, complementariamente, de profunda debilitación demográfica del hábitat rural.

Vamos a acercarnos a continuación a la geografía de este mundo rural más profundo de los minimunicipios con menos de 1.000 habitantes, allí donde todo el mundo se conoce y donde será más fácil encontrar muestras de los tradicionales estilos de vida rural. Quizá también donde con mayor angustia se lucha ante los nuevos cambios y alternativas.

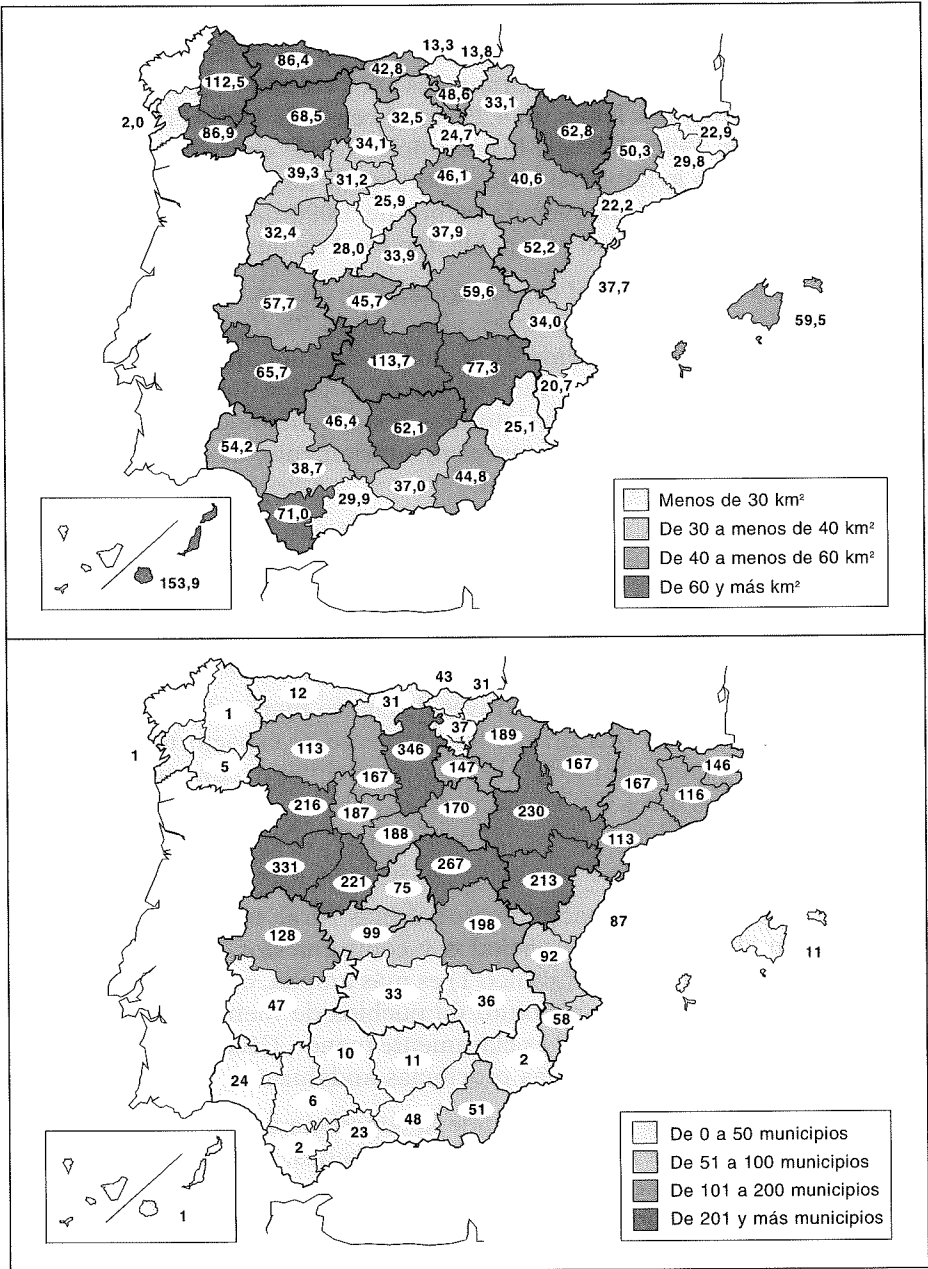
Contemplamos esta realidad a través de cuatro mapas de España divididos en provincias. Los dos primeros se refieren al espacio territorial, en relación con la superficie media de esos municipios y con su número en cada provincia. Los otros dos se basan en la población, considerando el volumen medio de residentes en esos municipios y el porcentaje de esta población rural respecto a la población total de la provincia.

En relación con este espacio territorial más rural, el norte interior y el sur aparecen claramente diferenciados y contrapuestos. Allí donde la superficie media del municipio (gráfico 1) es más amplia, como sucede, en general, en el sur, el número absoluto de pueblos de menos de 1.000 habitantes por provincia (gráfico 2) es claramente menor. Cáceres se acerca más a la meseta norte y Badajoz a las provincias andaluzas.

A su vez, en la meseta norte, donde la superficie media municipal sólo en Soria y León supera los 45 kilómetros cuadrados, el número de pueblos de menos de 1.000 habitantes oscila entre los 331 de Salamanca y los 113 de León. En Aragón sucede otro tanto: bajas superficies medias y alto número de municipios pequeños.

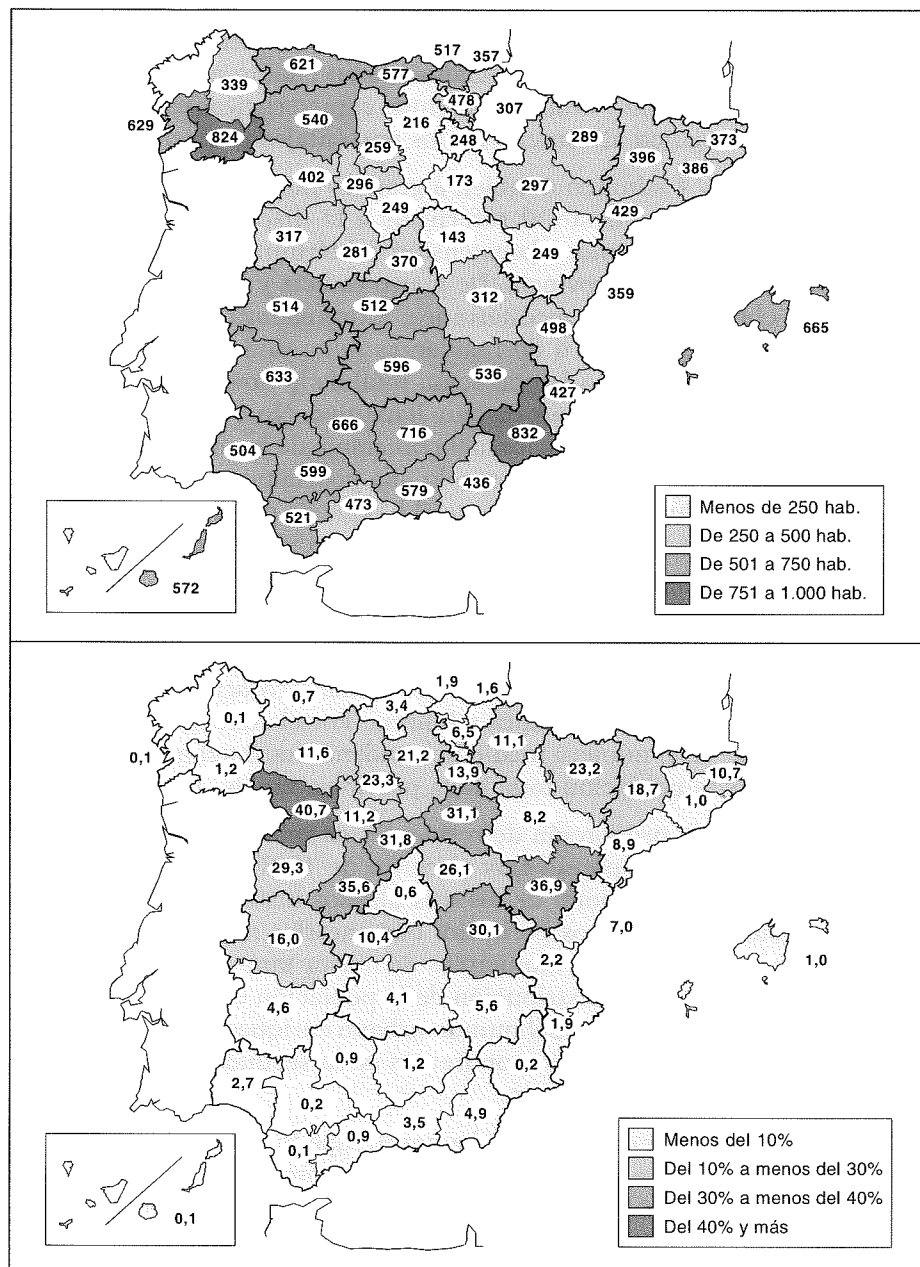
Galicia y Asturias, con la dispersión ya apuntada de pequeños núcleos dentro de un municipio, pueden agruparse también por su número de municipios rurales con Cantabria y el País Vasco. En estas provincias, como

Gráficos 1 y 2 – Superficie media (km²) de los municipios menores de 1.000 habitantes por provincia. 1991



Nota: Se han excluido las provincias de A Coruña y Santa Cruz de Tenerife al no contar con ningún municipio menor de 1.000 habitantes.

Gráficos 3 y 4 – Número medio de habitantes en los municipios menores de 1.000 habitantes y porcentaje de población respecto al total de la provincia. 1991



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Los Municipios CERCA* (CD-ROM), 1995, INE, *Anuario Estadístico 1996, 1997* y Banesto, *Anuario del mercado español*, Madrid, 1992.

en el norte de Navarra, los núcleos de población pequeños se aprietan entre sí sin que aumente de manera sensible el número de municipios.

Por último, las provincias de la vertiente mediterránea mantienen también algunos rasgos comunes, especialmente en cuanto a la extensión de los municipios. Cataluña y Murcia presentan características especiales, que analizaremos enseguida al contemplar los porcentajes poblacionales.

Los gráficos 3 y 4 admiten también a grandes rasgos las cuatro agrupaciones que hemos propuesto al referirnos a la dispersión de unidades poblacionales por municipio, a la extensión del término municipal y al número de municipios por provincia. De nuevo Galicia y la cornisa cantábrica, esta vez con la vertiente mediterránea, Extremadura y Andalucía convergen en el elevado número de residentes por municipio y mantienen bajos porcentajes respecto a la población total de la provincia. El contraste entre la meseta norte y el sur es muy llamativo. No obstante, hemos de tener en cuenta que la disminución del porcentaje de los residentes en municipios pequeños no se identifica con lo que podríamos considerar densidad rural. En Andalucía concretamente el bloque de municipios de 2.000 a 10.000 habitantes es considerado por todos los sociólogos como rural.

La distribución de la población vuelve a enfrentar al norte interior con el sur español. El elevado número medio de residentes en municipios de menos de 1.000 habitantes y la baja significación de estos pueblos pequeños en el conjunto de la población de la provincia caracterizan –como ya dijimos– a Andalucía, Extremadura y Murcia. Por el contrario, en el norte interior, en general, el número medio de residentes es mucho más bajo y el porcentaje sobre la población total de la provincia mucho más elevado.

Estos datos de la proporción de residentes en municipios de menos de 1.000 habitantes, correspondientes al censo de 1991, conviene situarlos ahora en el contexto temporal de los tres últimos lustros para analizar su ritmo de reducción. Esto nos permitirá compararlos más adelante con la evolución de la población en municipios de mayor tamaño. Una visión general por provincias de la distribución de la población en estos ámbitos⁴ y del ritmo actual de absorción del mundo urbano enriquecerá nuestra visión prospectiva y el análisis que propondremos en la segunda parte de los datos obtenidos en nuestra encuesta.

En la parte superior de la tabla 1 hemos agrupado las provincias que según los dos últimos censos y el padrón de 1996 presentan los porcentajes más altos. Casi todas pertenecen al norte interior. En ellas la población que actualmente reside en municipios con menos de 1.000 habitantes supone

⁴ Los datos de todas las provincias se recogen en el indicador A.2.1.10 del Anexo Estadístico.

Tabla 1 – Evolución de la población en municipios inferiores a 1.000 habitantes. En porcentaje respecto a la población total de la provincia. 1950-1996

	Censo 1981	Censo 1991	Padrón 1996	Variación 50-81	Variación 81-96
Norte interior					
Zamora	43,39	40,66	40,66	+5,56	-2,73
Teruel	37,78	36,94	35,34	-4,50	-2,44
Ávila	38,87	35,59	35,02	-1,91	-3,85
Segovia	32,95	31,80	30,10	-18,35	-2,85
Soria	33,28	31,05	30,21	-32,86	-3,07
Cuenca	29,88	30,07	29,72	+2,01	-0,16
Salamanca	31,79	29,28	27,74	-6,57	-4,05
Guadalajara	31,36	26,15	25,34	-35,11	-6,02
Palencia	25,04	23,27	22,03	-15,82	-3,01
Huesca	23,80	23,21	23,80	-22,99	0,00
Burgos	22,41	21,16	20,99	-20,49	-1,42
Provincias andaluzas					
Almería	5,99	4,88	4,21	-0,10	-1,78
Cádiz	0,21	0,10	0,10	+0,11	-0,11
Córdoba	0,86	0,88	0,84	+0,75	-0,02
Granada	3,41	3,52	3,43	-1,09	+0,02
Huelva	3,10	2,73	2,40	+1,37	-0,70
Jaén	1,63	1,24	1,30	+1,14	-0,33
Málaga	1,17	0,94	0,92	-0,04	-0,25
Sevilla	0,24	0,22	0,23	-0,08	-0,01

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Poblaciones de Hecho de los Municipios Españoles según los Censos Oficiales de 1900 a 1981*, 1987; INE, *Los municipios CERCA* (CD-ROM), 1995; y datos INE.

más de la quinta parte de la población total de la provincia y en la mitad supera el 30%.

Al analizar su evolución en el período 1950-1981 comprobamos que estas 11 provincias figuran a la cabeza de todas las provincias españolas por la reducción de su porcentaje de población residente en municipios de menos de 1.000 habitantes. Sólo en Zamora y Cuenca dicho porcentaje aumentó en ese período. Las grandes sangrías se produjeron en Guadalajara y Soria, que perdieron más de 10 puntos por decenio, con toda probabilidad por el influjo de la concentración industrial madrileña. La mengua en Huesca, Burgos, Palencia y Segovia osciló entre cinco y siete puntos por decenio. Aunque todas ellas sigan experimentando la seducción de centros de desarrollo como Zaragoza, Valladolid y Madrid, no sorprende que a partir de 1980 el decrecimiento se haya desacelerado notablemente. Algo que no sucede con Ávila, Zamora y Cuenca, en las que el ritmo migratorio parece haber aumentado en los años ochenta.

Hemos colocado en la parte baja de la tabla 1 los datos correspondientes a las provincias andaluzas. Las diferencias respecto a las provincias del norte interior son también muy grandes en su evolución y manifiestan una clara polarización en la estructuración del mundo rural. Durante el período 1950-1981, el porcentaje de habitantes en estos municipios pequeños experimenta un leve crecimiento en Cádiz, Córdoba, Huelva y Jaén. Las men- guas en Almería, Málaga y Sevilla no llegan a un punto en los 30 años, sin que se pueda afirmar que se detienen en los tres últimos lustros.

Tanto en el norte interior como en Andalucía este tipo de municipios sigue sometido a la erosión demográfica, más intensa, como es lógico, en el primer bloque.

En la tabla 2 hemos recogido la evolución de ese mundo rural de pequeñas poblaciones en otros dos bloques de provincias que presentan cifras parecidas y que configuran ámbitos de estructuración común: las vertientes mediterránea y atlántica. Observemos el peso de sus porcentajes poblacionales en los municipios de menos de 1.000 habitantes.

Tabla 2 – Evolución de la población en municipios inferiores a 1.000 habitantes. En porcentaje respecto a la población total de la provincia. 1950-1996

	Censo 1981	Censo 1991	Padrón 1996	Variación 50-81	Variación 81-96
Vertiente mediterránea					
Girona	11,98	10,46	9,95	-13,87	-2,03
Barcelona	1,01	0,95	0,92	-2,32	-0,09
Tarragona	9,76	8,90	7,42	-6,01	-2,34
Zaragoza	8,72	8,72	8,06	-8,36	-0,66
Castellón	7,18	6,96	6,85	-4,01	-0,31
Valencia	2,10	2,14	1,93	-1,00	-0,17
Alicante	2,18	1,86	1,68	-2,25	-0,50
Baleares	0,79	0,98	0,86	-0,27	+0,07
Murcia	0,07	0,16	0,15	+0,07	+0,08
Vertiente atlántica					
Pontevedra	0,08	0,07	0,07	-0,02	-0,01
A Coruña	0,00	0,00	0,00	0,00	0,00
Ourense	0,44	1,17	1,59	+0,44	+1,15
Lugo	0,11	0,09	0,61	+0,11	+0,50
Asturias	0,58	0,68	0,97	+0,50	+0,39
Cantabria	3,60	3,39	3,23	-1,37	-0,37
Vizcaya	1,57	1,93	2,01	-2,95	+0,44
Guipúzcoa	1,71	1,64	1,76	-2,08	+0,05

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Poblaciones de Hecho de los Municipios Españoles según los Censos Oficiales de 1900 a 1981*, 1987; INE, *Los municipios CERCA* (CD-ROM), 1995; y datos INE.

La evolución en estas provincias refleja, en general, que el porcentaje de población que vive en municipios de menos de 1.000 habitantes ha sufrido muy pocas variaciones desde 1950. Se salen de este esquema en el período 1950-1981 Girona, Zaragoza y Tarragona. En el período 1981-1996 el comportamiento es muy similar al de las provincias andaluzas.

1.3 Distribución de la población en las provincias

Podemos mejorar el conocimiento cuantitativo de la población rural si contemplamos la evolución de toda la escala demográfica de la provincia. Las tablas 3 y 4 nos van a permitir examinar la población de los cuatro bloques de provincias ya propuestos en las tablas 1 y 2 según el tamaño de todos sus municipios y su evolución en la segunda mitad del siglo. Hemos escogido los grupos de población de menos de 2.000, de 2.001 a 10.000, de 10.001 a 50.000 y de más de 50.000, los habitualmente más utilizados en los análisis demográficos.

En las provincias de lo que hemos denominado norte interior (tabla 3) la población residente en municipios mayores de 50.000 habitantes corresponde únicamente a la capital. En cinco de ellas, Teruel, Ávila, Soria, Cuenca y Huesca, no ha llegado todavía a superar ese volumen. De ahí que las poblaciones de entre 10.000 y 50.000 habitantes de esas provincias –generalmente sólo la capital– aumenten considerablemente su porcentaje respecto a la población total: Huesca (36,9 puntos), Soria (24,2), Teruel (21,6), Cuenca (19,1) y Ávila (17,8). La emigración de los pueblos pequeños a otros más grandes, a la capital y a otras provincias se refleja en los porcentajes menguantes de la población residente en los municipios pertenecientes a los dos grupos inferiores, donde, además de la población, disminuye de forma alarmante el número de municipios⁵. En Soria desaparecen 162, en Huesca 151, en Burgos 133, en Guadalajara 120, en Segovia 68, en Zamora 59, en Cuenca 53, en Teruel 46, etc. El total de municipios que pierden su entidad jurídica en estas 11 provincias asciende a 882. Si tenemos en cuenta que en esta segunda mitad de siglo los municipios desaparecidos en toda España fueron 1.131, tendremos que concluir que a estas 11 provincias pertenecía el 78% del total de municipios anulados.

Vayamos ahora a los municipios menores de 2.000 habitantes. El porcentaje medio de residentes en este tipo de municipios registró una reducción de 26 puntos (de 64,8% a 38,7%) entre 1950 y 1991, casi nueve veces superior a la disminución del grupo siguiente (3 puntos). Los 21 puntos que ganan los municipios de más de 50.000 habitantes en la distribución de la población en la media de dichas provincias refleja el intenso proceso de polarización demográfica en esta zona, donde el 95,7% de los municipios tie-

⁵ Véase el indicador A.2.1.11 en el Anexo Estadístico.

Tabla 3 – Evolución de la población española por provincias según el tamaño del municipio. En porcentaje. 1950-1991

	Menos de 2.000			De 2.001 a 10.000			De 10.001 a 50.000			Más de 50.000		
	1950	1991	Variación 50/91	1950	1991	Variación 50/91	1950	1991	Variación 50/91	1950	1991	Variación 50/91
Provincias del norte interior												
Zamora	72,5	58,3	-14,2	12,2	4,4	-7,8	15,3	6,8	-8,5	0,0	30,5	30,5
Teruel	68,3	46,5	-21,7	23,8	24,0	0,2	7,9	29,5	21,6	0,0	0,0	0,0
Ávila	61,5	44,2	-17,4	29,5	29,1	-0,4	9,0	26,8	17,8	0,0	0,0	0,0
Segovia	72,0	42,0	-29,9	13,4	20,5	7,1	14,7	0,0	-14,7	0,0	37,5	37,5
Soria	78,1	35,5	-42,6	11,4	29,8	18,4	10,5	34,7	24,2	0,0	0,0	0,0
Cuenca	55,8	44,3	-11,5	36,8	29,3	-7,6	7,4	26,4	19,1	0,0	0,0	0,0
Salamanca	61,9	36,5	-25,4	11,7	7,9	-3,8	6,9	9,1	2,3	19,5	46,4	26,9
Guadalajara	80,7	38,1	-42,5	9,9	10,8	0,8	9,4	7,9	-1,5	0,0	43,2	43,2
Palencia	55,9	30,0	-25,9	26,2	27,2	1,0	17,9	0,0	-17,9	0,0	42,8	42,8
Huesca	64,0	38,1	-25,9	26,9	15,9	-11,0	9,0	46,0	36,9	0,0	0,0	0,0
Burgos	57,5	24,6	-32,9	16,7	10,9	-5,8	7,2	18,9	11,7	18,7	45,6	26,9
Total	64,8	38,7	-26,1	20,0	17,0	-3,0	10,1	17,9	7,8	5,2	26,5	21,3
Provincias andaluzas												
Almería	15,2	9,3	-5,9	37,6	24,0	-13,6	25,8	32,6	6,7	21,4	34,1	12,7
Cádiz	1,0	0,7	-0,3	13,3	7,4	-5,9	40,6	26,6	-14,0	45,1	65,3	20,2
Córdoba	1,8	3,3	1,5	29,2	26,9	-2,3	47,9	29,7	-18,1	21,2	40,1	18,9
Granada	15,4	12,1	-3,3	38,6	28,1	-10,6	26,3	27,6	1,3	19,7	32,3	12,6
Huelva	7,1	5,6	-1,5	57,8	32,5	-25,3	17,9	29,7	11,9	17,3	32,2	14,9
Jaén	2,6	5,8	3,1	41,8	34,9	-6,9	40,6	33,8	-6,8	14,9	25,5	10,5
Málaga	5,1	3,5	-1,6	34,4	10,7	-23,7	23,7	29,5	5,8	36,8	56,3	19,5
Sevilla	1,7	1,4	-0,3	28,5	16,4	-12,0	35,5	32,0	-3,6	34,3	50,2	15,9
Total	5,3	4,3	-1,1	33,2	19,7	-13,5	33,9	30,0	-3,9	27,5	46,0	18,4

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Poblaciones de Hecho de los Municipios Españoles según los Censos Oficiales de 1900 a 1981*, 1987; e INE, *Los municipios CERCA* (CD-ROM), 1995.

ne menos de 2.000 habitantes, exactamente 2.654 del total de 2.774. El ritmo de este proceso polarizador fue, además, extremadamente rápido, con los riesgos que implicaba para la consolidación de nuevas sociedades, tanto por su crecimiento como por su despoblación veloz. Se crearon aglomeraciones improvisadas y se facilitó el desarraigo que ha venido agravando las interrelaciones de la sociedad española. Los polos de desarrollo de Madrid, Valladolid, Zaragoza y País Vasco parecen ser los responsables de los desequilibrios demográficos creados en provincias como Guadalajara, Soria, Huesca, Segovia y Burgos. La concentración de las empresas en las capitales de provincia, sin duda buscando mejores transportes y comunicaciones y mercados más amplios, explican los desplazamientos demográficos intraprovinciales.

Finalmente, la carencia de núcleos intermedios –de 10.001 a 50.000 habitantes– en esta zona agrava notablemente el proceso de erosión en el mundo rural. Las comunicaciones y los servicios públicos fundamentales en esos pueblos cercanos más populosos sujetan en la propia tierra a sus gentes como las raíces de los árboles en las riberas de los cauces impenetrables.

En Andalucía aumenta también la polarización entre los dos grupos extremos, pero de manera diferente al proceso demográfico del norte interior. Ya en 1950 el porcentaje de la población que residía en municipios con menos de 2.000 habitantes (5,3%) era 12 veces inferior al de las provincias del norte interior. La reducción de sólo un punto en dicho porcentaje encubre un importante proceso de pérdida de población en estos municipios, ya que el número de municipios con menos de 2.000 habitantes ha aumentado en 49, 28 de los cuales corresponden a Córdoba y Jaén, las únicas provincias en las cuales el citado porcentaje se incrementó. A mediados de siglo el 67,1% de los andaluces se concentraba en los municipios comprendidos en los dos grupos intermedios. A pesar de la reducción experimentada durante estas cuatro décadas, casi la mitad (49,7%) de la población de la comunidad autónoma continúa residiendo en dichos municipios.

La tendencia a concentrarse en municipios grandes es clara: la mengua más importante (13,5 puntos) se produce en el segundo grupo (2.001-10.000), que pierde nada menos que 91 municipios. El porcentaje de los residentes en las ciudades de más de 50.000 habitantes aumenta 18,4 puntos, prácticamente lo que pierden los dos grupos intermedios (17,4). Tres capitales –Almería, Huelva y Jaén– superan por primera vez el umbral de los 100.000 habitantes. En Cádiz hay siete ciudades con más de 50.000 habitantes, alguna de ellas más populosa que la capital; Málaga y Sevilla tienen tres municipios de ese tamaño y Jaén dos.

En la tabla 4 hemos recogido los datos de los otros dos bloques de provincias, los que hemos denominado vertiente mediterránea y vertiente atlántica. He aquí dos grupos de provincias con bajos porcentajes en el primer grupo de municipios pequeños, como en Andalucía.

En las provincias de la vertiente mediterránea el porcentaje medio de población que reside en municipios de más de 50.000 habitantes es un 53,7%, lo que se explica, en parte, por la presencia de capitales populosas como Barcelona, Murcia y Zaragoza, en las que vive una proporción considerable de la población de la provincia. Álava, con el 76% de la población provincial viviendo en la capital, y Zaragoza, con el 71%, se encuentran a la cabeza en esta clasificación en el contexto de todas las provincias. El porcentaje de población que reside en municipios de menos de 2.000 habitantes y de 2.001 a 10.000 ha registrado un importante retroceso, que se refleja también en la disminución del número de municipios en ambos grupos: 106 y 43, respectivamente. Complementariamente, aumenta el porcentaje

Tabla 4 – Evolución de la población española por provincias según el tamaño del municipio. En porcentaje. 1950-1991

	Menos de 2.000			De 2.001 a 10.000			De 10.001 a 50.000			Más de 50.000		
	1950	1991	Variación 50/91	1950	1991	Variación 50/91	1950	1991	Variación 50/91	1950	1991	Variación 50/91
Provincias de la vertiente mediterránea												
Girona	44,1	17,2	-26,9	37,6	29,1	-8,5	18,3	40,2	21,9	0,0	13,5	13,5
Barcelona	8,1	2,2	-5,8	13,9	9,2	-4,7	9,4	20,4	11,0	68,6	68,1	-0,5
Castellón	24,0	14,3	-9,8	41,0	16,6	-24,5	18,5	39,1	20,6	16,4	30,0	13,6
Valencia	11,1	5,6	-5,5	29,9	17,1	-12,8	21,2	33,9	12,7	37,8	43,4	5,6
Alicante	11,7	4,2	-7,6	33,3	15,1	-18,3	29,7	36,3	6,7	25,2	44,4	19,2
Murcia	1,0	0,9	-0,1	14,7	9,5	-5,3	31,1	35,9	4,8	53,2	53,8	0,6
Baleares	3,7	2,4	-1,3	39,4	21,4	-18,0	24,5	34,3	9,8	32,4	41,9	9,5
Tarragona	31,9	14,9	-17,0	27,9	24,5	-3,4	40,2	23,7	-16,5	0,0	36,9	36,9
Zaragoza	31,6	13,3	-18,3	20,9	10,5	-10,4	5,0	5,2	0,2	42,5	71,0	28,5
Total	13,7	5,3	-8,4	24,0	13,8	-10,2	18,7	27,2	8,5	43,5	53,7	10,1
Provincias de la vertiente atlántica												
Pontevedra	0,3	0,1	-0,3	39,0	19,8	-19,2	40,1	41,4	1,3	20,5	38,8	18,2
A Coruña	0,2	1,4	1,3	46,6	30,3	-16,2	25,4	30,1	4,7	27,9	38,1	10,2
Ourense	2,4	16,6	14,1	83,5	45,2	-38,3	2,2	9,3	7,1	11,9	29,0	17,1
Lugo	1,0	4,4	3,4	56,3	51,5	-4,7	32,2	22,5	-9,7	10,6	21,5	11,0
Asturias	2,6	2,5	-0,1	22,5	12,4	-10,1	37,8	26,2	-11,6	37,1	58,9	21,8
Cantabria	11,4	8,0	-3,4	51,9	24,5	-27,4	11,3	16,7	5,4	25,3	50,8	25,5
Vizcaya	13,0	4,0	-9,0	24,2	13,6	-10,6	22,5	20,8	-1,7	40,3	61,6	21,3
Guipúzcoa	9,8	4,7	-5,1	34,1	17,2	-16,9	25,7	45,0	19,3	30,4	33,2	2,8
Total	4,1	3,9	-0,3	42,6	22,7	-19,8	26,7	28,2	1,5	26,6	45,2	18,6

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Poblaciones de Hecho de los Municipios Españoles según los Censos Oficiales de 1900 a 1981*, 1987; e INE, *Los municipios CERCA* (CD-ROM), 1995.

de población y el número de los municipios encuadrados en los otros dos grupos, especialmente en el de 10.001 a 50.000 habitantes, que pasa de 75 a 166 en los 40 años considerados.

La creación de polígonos industriales y el surgimiento subsiguiente de ciudades dormitorio en el cinturón de las grandes ciudades explican en gran parte este proceso. El caso de Barcelona es paradigmático a este respecto: pierde 58 municipios del primer grupo (menores de 2.000) y gana en el resto, especialmente en el cuarto (más de 50.000), en el que pasa de 5 a 14 municipios. El proceso es parecido en Madrid: pierde 43 municipios menores de 2.000 y crece sensiblemente el número de todos los demás grupos; el de más de 50.000 pasa de estar representado sólo por la capital a contar con otros 11 municipios, en su mayoría en la periferia de la capital. En ambas provincias –y en menor medida en otras áreas metropolitanas como las

de Valencia o Bilbao— se van configurando grandes regiones funcionales urbanas que plantearán nuevos problemas con sus ciudades dormitorio y su déficit en determinados servicios.

En Girona y Tarragona disminuye también sensiblemente el porcentaje de población que reside en los pequeños municipios. En la primera el mayor crecimiento se produce en el grupo de 10.001 a 50.000 habitantes y en la segunda el importante incremento de población en la capital y en Reus, que hace que ambas superen los 50.000 habitantes, contribuye a que se reduzca el porcentaje de población en municipios de 10.001 a 50.000 habitantes.

Las provincias de la denominada vertiente atlántica siguen la misma tendencia polarizante, aunque presentan alguna pequeña diferencia. En concreto, en tres provincias —A Coruña, Ourense y Lugo—, el porcentaje de población que vive en municipios de menos de 2.000 habitantes crece. No obstante, la razón de ese incremento está en el aumento no de la población media en dichos municipios sino de su número, por la pérdida de población en los del siguiente grupo, que son los que registran un mayor descenso. Este mismo proceso, aunque sin incremento en el porcentaje de población, se registra en Cantabria y Asturias.

Los datos de estos dos nuevos grupos de provincias situadas en las dos vertientes, mediterránea y atlántica, nos permiten constatar una tendencia bastante general —sólo el bloque de las provincias andaluzas escapa a ella, ya que la reducción del porcentaje de población afecta también a los municipios de 10.001 a 50.000 habitantes— que establece en 10.000 habitantes el umbral que delimita los municipios que registran crecimientos de porcentaje de población respecto al total de la provincia de aquellos en los que descende. Este hecho justifica que muchos autores utilicen dicho umbral para establecer la separación entre mundo rural y mundo urbano. La distribución de la población a uno y otro lado de esa frontera guarda proporciones parecidas en la vertiente mediterránea (80,9%), en Andalucía (76%) y en la vertiente atlántica (73,4%). Estos tres bloques de provincias se distancian notablemente de bloque del norte interior, donde el porcentaje de los residentes en municipios de más de 10.000 habitantes representa un 44,4%.

Analizando la misma realidad, pero tomando como referencia los municipios con menos de 10.000 habitantes, los datos resultan más expresivos: comprobamos que el porcentaje de población que vive en este tipo de municipios del norte interior (55,7%) casi triplica al de la vertiente mediterránea (19,1%), supera en más de 29 puntos al de la atlántica y duplica ampliamente al de Andalucía (24%). Y ello a pesar de que el éxodo rural entre 1950 y 1991 contribuyó a que dicho porcentaje se redujera en 29 puntos en el norte interior, frente a descensos de casi 15 puntos en Andalucía, 20 en la vertiente atlántica y cerca de 19 en la vertiente mediterránea.

De 1950 a 1991 el porcentaje de municipios de menos de 10.000 habitantes se mantiene casi constante en el norte interior (de 99,6% a 99,2%) a pesar de 40 años ininterrumpidos de pérdida de población. Estos datos relativos, de aparente sostenimiento, esconden una realidad mucho más dura: como ya señalamos anteriormente, en esa misma zona y en ese mismo período desaparecieron 882 municipios. Estos datos vuelven a contrastar con los de los otros grupos de provincias. En Andalucía el número total de municipios se redujo en 32, en la vertiente atlántica en 22 y en la vertiente mediterránea en 41.

1.4 *Un tímido movimiento de reflujo*

El proceso de urbanización de la segunda mitad del siglo XX no es específico de España. Es un fenómeno natural asociado al desarrollo, inevitablemente unido a la expulsión de mano de obra del sector agrícola. Los datos cuantitativos descubren tanto el caudal de los flujos migratorios como el ritmo o velocidad de los mismos en los distintos períodos. La localización geográfica de los núcleos poblacionales según su volumen manifiesta la interrelación entre ellos y la nueva estructura creada en cada provincia.

Según los datos del censo de 1991, las provincias de la vertiente mediterránea, junto con Madrid y el País Vasco, son las que han registrado el mayor impacto de la inmigración. Con la excepción de Murcia, que sólo llega a un 10,6% de residentes nacidos en otras provincias, todas esas provincias se sitúan entre los 15 primeros puestos de poblaciones inmigrantes, con porcentajes que oscilan entre el 24% y el 36%. En Andalucía, sólo en Málaga, Almería y Sevilla la inmigración alcanza en torno al 16%. Cádiz, Granada, Córdoba y Jaén se mueven entre 9% y el 11%. En cambio, las provincias agrupadas aquí como norte interior son con gran predominio las mayores productoras de emigrantes: entre el 45% y el 55% de los nacidos en Soria, Teruel, Cuenca, Guadalajara, Ávila, Segovia, Palencia y Zamora residían en 1991 en una provincia distinta a la de su nacimiento; junto con Cáceres, ocupan los nueve primeros puestos de toda España en esta clasificación del impacto de la emigración⁶. Los pueblos pequeños de las provincias emisoras fueron quienes más sufrieron el «éxodo rural». Galicia (con las excepciones de Lugo y Ourense), Asturias y Cantabria ocupan puestos medio-bajos en el impacto tanto de la emigración como de la inmigración.

No basta, sin embargo, afirmar que en España se ha producido un desplazamiento muy importante de gentes del campo y de unas zonas a otras. En el estudio realizado por Rafael Puyol y Arlinda García Coll sobre las mi-

⁶ Puyol, R. (ed.), *Dinámica de la Población en España*, Editorial Síntesis, Madrid, 1997, p. 180-181.

Tabla 5 – Evolución de las migraciones según los municipios de origen y destino. En porcentaje. 1988-1995

Destino	Origen					Capitales de provincia	Total
	Hasta 10.000	De 10.001 a 20.000	De 20.001 a 50.000	De 50.001 a 100.000	De más de 100.000		
Hasta 10.000	9,4	3,2	3,7	2,0	2,5	10,6	31,4
De 10.001 a 20.000	3,7	1,5	1,6	0,9	1,0	4,6	13,4
De 20.001 a 50.000	3,5	1,6	2,3	1,4	1,1	5,6	15,5
De 50.001 a 100.000	1,7	0,7	1,1	0,6	0,7	2,7	7,6
De más de 100.000	1,6	0,6	0,7	0,6	1,0	2,9	7,4
Capitales de provincia	8,2	2,9	3,3	2,1	2,3	6,1	24,8
Total	28,0	10,6	12,8	7,6	8,5	32,5	100

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Anuario Estadístico*, varios años.

graciones interiores se demuestra que, aunque en los últimos años sigue siendo muy importante el flujo migratorio de los municipios de menos de 10.000 habitantes hacia las capitales de provincia, éste se ve superado por el flujo contrario: el de quienes se van de las capitales de provincia hacia municipios de menos de 10.000 habitantes. En efecto, el 10,6% de las 5.234.561 personas que oficialmente manifestaron haber cambiado de municipio de residencia en el período 1988-1995 pasó de capitales de provincia a municipios menores de 10.000 habitantes, frente a un 8,2% que siguió el camino inverso (tabla 5). Ocupan los puestos primero y tercero entre los porcentajes más altos. El 18,6% de todos los cambios de residencia correspondió a gente que vivía en municipios de menos de 10.000 habitantes y se fue a municipios mayores y el 26,4% correspondió a gente que abandonó capitales de provincia, en su mayor parte hacia municipios más pequeños. Estos datos parecen poner de manifiesto una moderación en los últimos años de la polarización dominante en los períodos anteriores con un claro, aunque débil, índice de retorno al mundo rural. «Si se considera el tamaño de la localidad receptora, se observa el estancamiento o pérdida de atracción de las zonas urbanas frente a una cierta recuperación de los menores de 10.000 habitantes»⁷.

Muchas ciudades recibieron grandes oleadas de emigrantes que agravaron los ya difíciles problemas de urbanismo allí donde faltaban medios económicos, suelo, procedimientos políticos y estudios técnicos. La calidad de vida en estas urbes improvisadas ha pasado a ser la preocupación predominante. ¿Volverá el nuevo ciudadano al mundo rural? La concentración industrial ha dejado de ser necesaria o beneficiosa. Habrá que reconstruir el hábitat rural. Éste parece constituir el actual desafío.

⁷ *Ibidem*, p. 197.

1.5 Composición de la sociedad rural

La *razón de masculinidad* (*sex ratio*), que mide la relación estadística entre sexos, mantiene en el mundo rural la importancia que se le suele conceder en la población global: difícilmente se pueden programar servicios públicos, típicos del Estado de Bienestar, sin tener en cuenta la relación estadística entre los sexos en cada territorio. Dicha relación se sitúa en España en 96 varones por cada 100 mujeres. Ese pequeño desequilibrio, en el que influye la menor vida media de los varones, plantea problemas específicos, especialmente en el campo asistencial. En el mundo rural tiene una mayor significación, ya que persiste el reparto tradicional del trabajo familiar: hombres y mujeres colaboran en el trabajo agrícola y en las labores domésticas en un sentido amplio.

Al referirnos exclusivamente a la población de municipios inferiores a 1.000 habitantes, debemos apuntar –no sin sorpresa– que en este hábitat el porcentaje de hombres (51,2%) supera en 2,4 puntos al de mujeres (48,8%). Si echamos una ojeada a cada provincia⁸, volvemos a encontrar en el grupo de provincias con un alto porcentaje de población en este tipo de municipios diferencias significativas favorables a los varones: Burgos (6,3 puntos), Huesca (5,1), Guadalajara (4,7) y Palencia (4). Sin embargo, las mayores divergencias las hallamos en Guipúzcoa (8,1), La Rioja (6,8), Álava (6,3) y Navarra (5,8). En el resto de las provincias la diferencia a favor de los varones es bastante menor. Es muy posible que influya en esta pequeña desproporción, contraria a la de la sociedad global, la presencia de los mayores. Pero esto no casaría con la vida más larga de las mujeres.

La *composición por edad* es ya un factor prioritario al analizar las repercusiones de la evolución demográfica en el conjunto de las políticas educativas, laborales, sanitarias y de gasto público en infraestructuras, así como en la población votante. Si hacemos tres grandes grupos, el de niños y adolescentes, el de los que están en edad de trabajar (15-64) y el de los mayores de 64 años, podemos cotejar la composición por grupos de edades del mundo rural con el global de la población, como hacemos en la tabla 6.

El porcentaje de niños en la población total española es claramente superior al del mundo rural: 6,6 puntos de diferencia. Además, dicho porcentaje en el mundo rural se ha reducido en 4,4 puntos en el decenio de los años ochenta. También existe una diferencia de 4,6 puntos en el grupo de edad laboral en contra del mundo rural. La consecuencia es el aumento considerable de la proporción de personas mayores en este ámbito: los 11,2 puntos que suman las desventajas en los otros dos grupos. El envejeci-

⁸ Véase el indicador A.2.1.12 en el Anexo Estadístico.

Tabla 6 – Grupos de edad en los municipios menores de 1.000 habitantes y comparación con la población global. En porcentaje. 1981-1991

Grupos de edad	% del total nacional Censo 1991	Municipios menores de 1.000 hab. Censo 1981	Municipios menores de 1.000 hab. Censo 1991
0-14 años	19,4	17,2	12,8
15-64 años	66,8	62,9	62,2
65 y más	13,8	20,0	25,0

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de datos INE.

miento de la sociedad rural, en el territorio que estamos considerando, es evidente.

Según el censo de 1991, el porcentaje de niños (0-14 años) en municipios menores de 1.000 habitantes se encuentra por debajo del correspondiente al total nacional de ese mismo grupo en las comunidades autónomas de La Rioja (10,4%), Aragón (10,9%), Galicia (11,5%), Castilla y León (11,5%), Asturias (11,8%) y Castilla-La Mancha (12,7%). Y lo supera en Canarias (20,1%), Murcia (18%), Andalucía (16,5%), Madrid (15,8%), Extremadura (15,2%), Cantabria (14,4%), Cataluña (14,2%), Baleares (13,6%), Comunidad Valenciana (13,5) y País Vasco (13,1)⁹.

Respecto a la distribución de la *población rural inactiva*¹⁰, lo primero que llama la atención es la desproporción de más de 10 puntos en el porcentaje de *pensionistas* en estos municipios (47,5%) en relación con el conjunto del Estado (37%). Destacan, por elevados, los datos de Asturias (71,2%), Galicia (61,9%), Cantabria (59,4%), Baleares (53,4%), Canarias (53%) y Comunidad Valenciana (52,5%). Aquí coinciden, por un lado, comunidades que han sufrido y siguen sufriendo una grave crisis y reconversión industrial y, por otro, comunidades turísticas a las que se trasladan a residir pensionistas de otros lugares. La *media de estudiantes* en la población inactiva de estos municipios es del 9,4%, mientras la nacional asciende al 17,1%. Dentro de la población inactiva se suele incluir a las personas dedicadas a las «labores del hogar». Esta expresión tiene contenidos distintos en el mundo rural al que nos referimos y no es fácil que los criterios de medición sean precisos. Según las estadísticas, no existe gran diferencia entre la media rural (40,2%) y la de la población global (42,1%).

Por *nivel de estudios*¹¹, esta población rural se sitúa en condiciones claramente desfavorables respecto a la población nacional. Sólo un 3,7% han realizado estudios de tercer grado, mientras que en el ámbito nacional casi duplican ese porcentaje, 6,9%. La proporción de los que han completado el segundo grado es 11 puntos inferior a la media nacional. Complemen-

⁹ Véase el indicador A.2.1.13 en el Anexo Estadístico.

¹⁰ Véase el indicador A.2.1.14 en el Anexo Estadístico.

¹¹ Véase el indicador A.2.1.15 en el Anexo Estadístico.

tamente, los que no han pasado del primer grado llevan ocho puntos de diferencia sobre los que se han quedado en el mismo nivel en el ámbito nacional. Y los «sin estudios» llegan al 27,8%, frente a un 21,6% en el nivel nacional.

1.6 Equipamiento material del hábitat rural

El mundo rural se caracteriza por una forma más generosa de *aprovechar el suelo*. En los 4.897 municipios de menos de 1.000 habitantes, un 96,4% de los edificios son unifamiliares. Del 3,6% restante, los que tienen dos viviendas llegan al 2,5% y los de tres y más viviendas se quedan en un 1,2%, aunque son pocas las comunidades autónomas que en este último grupo alcanzan el 1%. Los porcentajes de edificios con dos viviendas respecto al total de cada comunidad autónoma son ligeramente superiores a la media en algunos casos como el País Vasco (8,1%), Cataluña (4,9%), Comunidad Valenciana (4,7%) y La Rioja (4,1%). El 35,2% de los edificios de estos municipios ha cumplido ya sus bodas de diamante con el tiempo, es decir, fueron construidos antes de 1920. Los mayores porcentajes de edificios antiguos corresponden a Cantabria (62%), Asturias (61%) y País Vasco (55,8%). Nada menos que el 77,4% del total de edificios en estos municipios está «en buen estado» y alrededor de una quinta parte en «mal estado». Resulta llamativo el caso de Galicia, donde los edificios considerados en «mal estado» suponen el 49,8% del total¹².

La *electricidad* llega al 94,6% de los edificios en estos municipios, aunque el porcentaje medio de edificios privados de esta energía (5,4%) se ve ampliamente superado en las comunidades de Canarias (18,7%), Murcia (17%), Baleares (13,9%) y Asturias (11,4%). Otro tanto se puede decir de los *servicios de agua corriente y saneamiento*: un 95,1% de las casas tiene agua corriente y un 93,9% instalación para las aguas residuales. También aquí se registran grandes disparidades regionales. El 53% de estas viviendas dispone de agua caliente, pero en Canarias y en Murcia dicho porcentaje sólo alcanza el 2,2% y el 0,6%, respectivamente¹³.

Después del equipamiento de las viviendas podemos considerar los locales públicos al servicio de la población en estos municipios. En primer lugar, las estadísticas del INE nos aportan datos sobre los *locales sanitarios*¹⁴. Bajo una expresión tan imprecisa puede encontrarse una habitación utilizada por el médico del municipio, una farmacia, una residencia para la tercera edad o una obra asistencial en manos de religiosas. El caso del ambulatorio puede darse también, aunque no creemos que sea frecuente en

¹² Véanse los indicadores A.2.4.2 y A.2.4.3 en el Anexo Estadístico.

¹³ Véase el indicador A.2.4.4 en el Anexo Estadístico.

¹⁴ Véase el indicador A.2.3.8 en el Anexo Estadístico.

estos núcleos de población. Un 72,6% de los municipios con menos de 1.000 habitantes tiene algún local de este tipo. Los porcentajes más bajos se localizan en Cataluña (58,1%) y en Navarra (64,4%). Por encima del 90% se encuentran Andalucía, Asturias, Murcia y Canarias. La distancia y la red de comunicación viaria de los núcleos poblacionales son factores determinantes.

Respecto a los municipios de menos de 1.000 habitantes que disponen de *locales dedicados a la educación*¹⁵, la media llega al 57,7%. Pero existen grandes diferencias, que van desde el 39,4% en Navarra hasta el 92,6% en Extremadura, pasando por porcentajes del 50% en Castilla-La Mancha y Castilla y León. Probablemente se debe al hecho de que en esas comunidades autónomas con menor porcentaje existe un número muy superior de pueblos de menos de 1.000 habitantes.

Algo parecido se puede afirmar de los *locales dedicados a actividades recreativas, culturales y deportivas*¹⁶ en estos municipios. El porcentaje medio del número de estos municipios con este tipo de servicios es del 27,8%. En Castilla y León sólo los tienen el 14,8% y en Cantabria el 19,4%, mientras en Asturias, Baleares, Comunidad Valenciana, Extremadura y el País Vasco superan el 50%.

Las *bibliotecas*¹⁷ de todos estos municipios en toda España llegan a 512. Destacan la Comunidad Valenciana (79), el País Vasco (78), Castilla-La Mancha (77), Aragón (69), Extremadura (64), Castilla y León (46) y Cataluña (37). Como es lógico, sólo hay 20 *salas de cine* entre todos los municipios menores de 1.000 habitantes¹⁸; 12 de ellas están en Cataluña.

2. La conciencia del cambio en el mundo rural

Los sistemas de actitudes, los comportamientos y los valores predominantes en el mundo rural español son, en definitiva, rasgos cualitativos de difícil identificación a través del volumen de la población, de su evolución demográfica y aun de sus interrelaciones con el mundo urbano. Dentro de ese mundo rural, la unidad «pueblo» concentra hoy la atención de los sociólogos.

El «pueblo» no se identifica con la unidad del territorio y menos con el «término municipal», que puede englobar varios «pueblos» o aldeas. Cuando afirmamos que alguien es «de pueblo» proyectamos sobre él una determinada imagen, con frecuencia peyorativa, relacionada con su modo de

¹⁵ Véase el indicador A.2.2.8 en el Anexo Estadístico.

¹⁶ Véase el indicador A.2.7.6 en el Anexo Estadístico.

¹⁷ Véase el indicador A.2.7.7 en el Anexo Estadístico.

¹⁸ Véase el indicador A.2.7.8 en el Anexo Estadístico.

pensar, de valorar y de relacionarse con los demás. Importa mucho recuperar los valores del concepto pueblo para entrar en el núcleo de lo rural. Tarea hoy tanto más importante cuando comenzamos a estimar el medio ambiente y volvemos «al pueblo» buscando mejores condiciones de tranquilidad, de bienestar y de salud. No son, sin embargo, las condiciones físicas del aire y de la tierra del pueblo sus máximos valores. El pueblo se define a sí mismo frente al exterior por sus gentes, por sus interrelaciones características. Los de un pueblo se sienten diferentes y mantienen con firmeza su peculiaridad frente a los del pueblo vecino. Las costumbres son utilizadas como diferenciación social colectiva. Dentro de la unidad superior de la región, los de un mismo pueblo pleitean por mantener su propio hecho diferencial, compitiendo en el modo peculiar de celebrar sus fiestas, de venerar a sus santos patronos y hasta en modos artesanales de producción. A pesar de las diferencias existentes entre los vecinos de un mismo pueblo, éstos se presentan frente al exterior para determinados efectos como una unidad corporativa.

El equipo de encuestas del CECS ha realizado una dirigida a conocer e interpretar los cambios psicosociales más significativos acaecidos en el mundo rural español tomando como lapso temporal de referencia los últimos 15-20 años.

A partir de los datos de la investigación pretendíamos especificar los estilos de vida preponderantes en el ámbito rural. Cuando hablamos de estilos de vida, nos referimos a formas de ser y actuar determinadas por las actividades desarrolladas, por los centros de interés manifestados y por las opiniones sostenidas. Son, pues, modos de vivir que se caracterizan por las formas de emplear el tiempo, por lo que se considera importante y por lo que piensan de ellos mismos y del mundo que los rodea los que viven en dicho ámbito. Aunque la cuestión de los estilos de vida también es actualmente controvertida, sobre todo por lo que pueda tener de cliché y de estereotipo, nosotros lo utilizamos aquí como concepto operativo en las tres directrices indicadas: empleo del tiempo, intereses y opiniones.

Por último, nos interesa poder llegar a establecer hipótesis explicativas de los datos obtenidos y avanzar pronósticos acerca de la dirección de los cambios en los estilos de vida dibujados en la investigación.

Para alcanzar estos objetivos nos hemos servido de una metodología de carácter mixto, cualitativa y cuantitativa¹⁹. A través de esta encuesta hemos

¹⁹ Nos hemos centrado en poblaciones entre 500 y 1.000 habitantes. Son pueblos no situados junto a las vías principales de comunicación (carreteras nacionales, etc.). Tenían que estar alejadas al menos 50 km. de la capital o de una ciudad y no desplegar especial atracción por su interés turístico ni ser pueblos dormitorio. Entre las ocupaciones dominan las agrícolas y ganaderas. Dichas características las encontramos en las comunidades autónomas de Andalucía, Galicia, Extremadura, Castilla-La Mancha y Castilla y León.

intentado comprobar hasta qué punto las gentes del mundo rural son conscientes de los cambios a los que se ven sometidas. Ordenamos el material obtenido a través de las entrevistas y de las manifestaciones espontáneas en los grupos en los siguientes capítulos que suscitan especialmente nuestro interés: qué piensan del «pueblo»; cómo ven a sus diversos actores en sus relaciones interpersonales y en sus tareas comunes; y qué visión tienen respecto al futuro de estos pequeños núcleos rurales.

2.1 *El «pueblo» como unidad corporativa*

Solemos asociar a la categoría de «pueblo» las características de su unidad. ¿Se puede hablar de una entidad homogénea? La comunidad rural tradicional estaba fuertemente jerarquizada. La distancia entre los dos sexos, la autoridad reconocida a la edad y el sometimiento al nivel superior de la profesión es tradicional en nuestra cultura rural. No obstante las diferencias existentes, podemos afirmar que en la tradición rural se actuaba como una cooperativa.

Las costumbres, los usos y las prácticas convencionales tácitamente admitidas –mediante las cuales se reproduce la organización social y se moderan los derechos y obligaciones respecto a la comunidad–, los hábitos y tradiciones típicas son utilizadas como criterio de diferenciación colectiva y para dar dimensión a la unidad «pueblo». Los vecinos solían enfatizar determinadas modalidades propias en el modo de celebrar las fiestas y romerías de un pueblo para distinguirse de los otros vecinos. Hasta en el folclore y el habla, donde lo regional es más determinante que lo local, el pueblo más pequeño presume de diferenciarse de los demás.

Incluso los ayuntamientos económicamente más débiles se esfuerzan por aumentar el presupuesto de las fiestas, especialmente las veraniegas, a las que acuden los hijos del pueblo residentes en la capital o en otra región lejana. Los encuestados reflejan la nostalgia del pasado. «Antes nos divertíamos con cualquier cosa, había fiestas continuamente». Ahora probablemente hay más días de fiesta, más medios y procedimientos, pero hay menos sentido festivo como vínculo interpersonal.

En la técnica de la *fase cualitativa* se formaron 18 grupos de discusión, integrados por hombres y mujeres al 50%, de clase media amplia y con edades comprendidas entre 18 y 60 años.

La técnica de la *fase cuantitativa* fue la entrevista personal mediante cuestionario. Se realizaron 1.000 entrevistas a hombres y mujeres de 18 a 70 años, segmentados por cuotas de sexo, edad y adscripción a la comunidad autónoma. Para un nivel de confianza del 95,5% (2 sigmas) y $p=q=50$, el error es de ± 2 para el conjunto de la muestra y en el supuesto de muestreo aleatorio simple.

«Antes había más familia, se era más familiar y alegre». «Ahora somos peores, hay más envidia, no nos aguantamos tanto». «Cuanto mejor se vive, la gente es peor». «Se vive mucho más independientemente, no hay la unión y la familiaridad que había antes entre los vecinos». El pueblo pequeño va perdiendo, según la percepción de sus habitantes, el carácter de gran familia o familia extensa. ¿No se dejan llevar estas expresiones de una cierta idealización del pasado?

Ahora es perceptible un proceso lento y continuo de desvinculación social, incluso en el interior de la familia. Los del pueblo lamentan que «ahora cada uno va más a lo suyo». Son menos solidarios y generosos con sus convecinos. Los que se marcharon en busca de trabajo o por razón de estudios para mejorar su nivel de vida, vuelven con cierta frecuencia al pueblo y seleccionan, para sus familiares y amigos, las narraciones más favorables de sus experiencias urbanas. El que marchó sigue siendo de la familia, pero no vive el mismo espíritu familiar. Incluso, aunque conserve el derecho a la herencia, no es considerado tan heredero como los que permanecieron trabajando la propiedad familiar.

El individualismo es una de las notas más características de la modernidad. La modernidad en el pueblo es percibida a través de las mejoras sociales en la salud, la educación, las pensiones y el transporte. La radio y la televisión vuelcan sobre estas gentes las mismas cargas masivas de imágenes que pertenecen a una civilización distinta en valores y formas de vida. Sin embargo, la insolidaridad en el mundo rural no es tanto una consecuencia de las mejores condiciones de vida de sus habitantes cuanto la interpretación original que un mundo retraído como el rural hace del exterior. Los sociólogos que estudian el mundo rural hacen notar la oposición entre la «casa» y la «calle» que caracterizó siempre al mundo rural. La posesión de la tierra *pro indiviso*, el apego a la parcela, a la «cortina», al patrimonio familiar, la estima hasta el céntimo de los bienes materiales, las fobias y las envidias han campeado a su gusto en el espacio más rural.

Sin embargo, lo que ahora les invade es algo distinto. Ya no se necesitan tanto los unos a los otros. Con las nuevas posibilidades han ganado en independencia. Ha mejorado la técnica del trabajo agrícola. Ya no necesitan acudir juntos a las tareas del campo. Si antes se echaba una mano, aunque no se solicitara expresamente, ahora hay que pedirlo, sin duda porque esta ayuda ha empezado a ser menos necesaria y frecuente, casi de carácter excepcional.

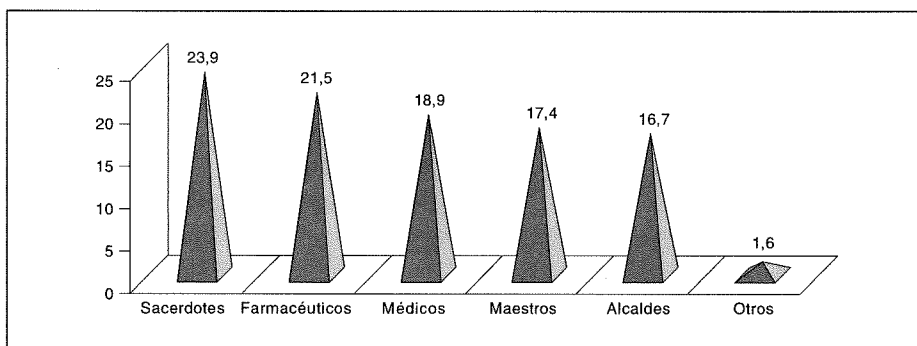
La práctica desaparición de los notables del pueblo, de sus figuras emblemáticas, tiene una importancia máxima. No se trata de ponderar la bondad humana y la vocación de servicio a los demás que podían distinguir al sacerdote, al maestro, al médico, al alcalde o al farmacéutico de hace medio siglo. Ésta sería una discusión estéril. Importa sobre todo el hecho de que ahora en la mayoría de estos pueblos pequeños no residen estos líde-

res naturales. La diferencia cultural que existía entonces y el respeto o admiración que se les profesaba han disminuido en la actualidad por el mero progreso de los vecinos. Ya no se puede mandar ni dirigir como entonces. Es lógico que hayan desaparecido determinados roles sociales ejercidos por dichas personas. Ha cambiado la percepción social que se tenía de ellos. Ahora se les pide únicamente que desempeñen bien su «función», que ejerzan con profesionalidad su tarea. Su figura es funcional y no por necesidad social. Nadie tiene por qué sentirse culpable. En el segmento maduro y mayor de la sociedad es posible que se sienta cierta orfandad. Pero los más jóvenes no han vivido otra situación en substancia distinta de la actual. En el gráfico 5 se ofrecen los resultados ponderados de la valoración jerarquizada que conceden los encuestados a las cinco profesiones citadas.

Las diferencias por sexo, edad y comunidad autónoma no son relevantes. Los sacerdotes son mejor valorados por los mayores. Entre éstos, los más ancianos sitúan mejor al médico que al farmacéutico. Pero, por el número total de votos obtenidos, sería el farmacéutico el más estimado de los dos. Quizá por el simple hecho de que, junto con el alcalde, es el que mantiene mayor presencia en el pueblo pequeño.

Las formas urbanas de vida no van a acabar con los modos de vida rural. Es imposible. Otra cosa es que determinados núcleos de población reduzcan su número de residentes a volúmenes vitales límite, e incluso desaparezcan. La hipótesis prospectiva del «continuo urbano» se fija con preferencia en la creciente intensidad de intercambios entre lo urbano y lo rural. Crecerá la influencia de la ciudad sobre la sociedad rural. Pero esta invasión nunca hará posible el anonimato urbano en el ambiente rural; ni el individualismo y la desagregación social típicamente urbanas podrán asumir las mismas formas en el pueblo, donde todo el mundo se conoce. Los sistemas de educación están ya tan cerca que casi se confunden. La elevación del nivel cultural transformará la familia y los modos de produc-

Gráfico 5 – Valoración de cargos y profesiones. En porcentaje



Fuente: Encuesta Fundación Encuentro. CECS sobre cambios en los estilos de vida en la España rural, 1997.

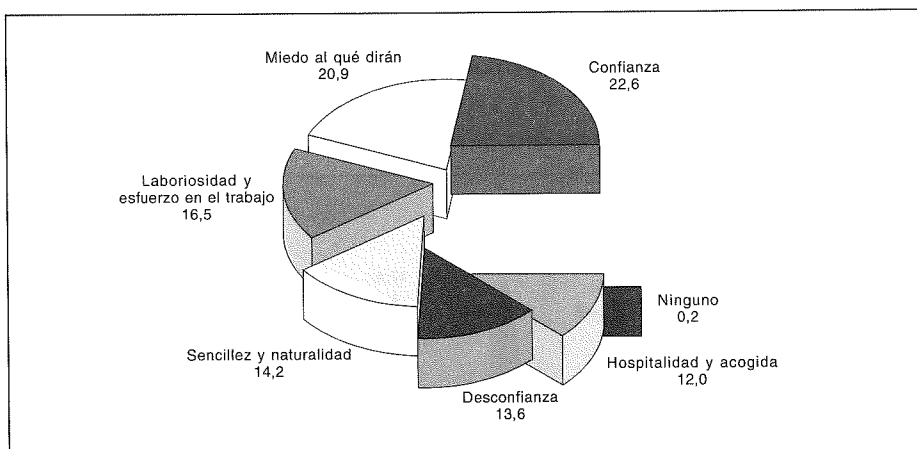
ción, pero la familia rural y la urbana seguirán siendo distintas. La cultura y la técnica no son enemigos de la sociedad. Sus ventajas y sus peligros influirán de manera distinta en cada uno de estos mundos.

Los símbolos de los pueblos cambiarán o podrán vaciarse de contenido. Las instituciones variarán su papel. Lo rural no tendrá connotaciones de incultura, de retraso social y de vejez prematura. El ritmo de este proceso será cada vez más veloz y urge saber asimilarlo. No está lejana la época en que los urbanitas envidiarán los estilos de vida rural y buscarán con frecuencia estos espacios de tranquilidad. Industrializando el campo y elevando el nivel cultural de sus gentes, el minifundio no tendrá que arrastrar en sí mismo la pobreza. Si admitimos la distinción entre civilización y cultura, podríamos sospechar que la convergencia de estos dos mundos se producirá en la civilización: las culturas seguirán siendo distintas.

Cuando se interroga a los «del pueblo» por su propia identidad, por aquellas características que los definen, aparece ciertamente el proceso de desvinculación, pero ninguno de los ítems sobresale con claridad.

Si se les pide que elijan tres conceptos que distingan a las gentes de su pueblo, uno de cada cinco prefiere *la confianza* (gráfico 6), ese grado de relación que casi se confunde con la amistad. Entre los mayores de 46 años esta opinión sobrepasa la cuarta parte. En los grupos de discusión predominaba la expresión «ya no existe la confianza de antes». Sólo el 13,6% se atreve a caracterizar a su pueblo por *la desconfianza*. Los jóvenes (18-30 años) no son tan optimistas y son el único grupo donde la desconfianza supera a su contrario²⁰. Estos datos son parejos con los urbanos. Así, mien-

Gráfico 6 – Conceptos que mejor definen la forma de ser de la gente de este pueblo. En porcentaje



Fuente: Encuesta Fundación Encuentro. CECS, 1997.

²⁰ Véase el indicador 2.8.1 en el Anexo Estadístico.

tras el 31% de la población urbana joven dice que se puede confiar en la mayoría de la gente, un 64,5% opina que «nunca se es lo bastante prudente» en el trato con los demás²¹.

El «miedo al que dirán» se sitúa en segundo lugar. Es un criterio regulador de conductas propio de las poblaciones pequeñas y, en general, de las comunidades más cercanas al psicogrupo que al sociogrupo. Es una nota que pertenece a la forma de ser de los pueblos. Y aquí, al contrario de lo que ocurría con la confianza, son los más jóvenes –los de 18 a 30–, pero también, aunque menos, los de 31 a 45, quienes más se molestan con este control social. A medida que avanzan los segmentos de edad se ve, en cambio, con más naturalidad.

Los flujos migratorios que hemos analizado en la primera parte de este estudio refuerzan la hipótesis de una cierta estabilidad durante los tres últimos lustros, sobre todo si se comparan los datos estadísticos con los del «éxodo rural» de las tres primeras décadas de la segunda mitad del siglo XX. El equipamiento cultural, sanitario y de infraestructuras es ya más que aceptable en la inmensa mayoría de estas pequeñas poblaciones, como demostramos también en nuestra visión cuantitativa de la primera parte. No obstante, las amenazas de desarraigo, de debilitamiento de los símbolos colectivos y de desvinculación social cuestionan la identidad y supervivencia de estos espacios sociales. Los mecanismos de reproducción social corren graves riesgos. Urge tomar en serio los pronósticos de los distintos escenarios, ya que existen serios argumentos en favor de las funciones vitales que desempeñarán en un futuro próximo ya emergente estos hábitats rurales. Antes de enfrentarnos con el futuro del mundo rural, necesitamos conocer la evolución de los actores sociales, la transformación de la familia como unidad social y las nuevas posibilidades de trabajo.

2.2 Los actores y los cambios de rol en el mundo rural

Uno de cada tres encuestados opina que es la **mujer** la que más ha cambiado. Todos han cambiado, pero la mujer de manera más singular. Así se ha reflejado en las respuestas de la encuesta²² y en el análisis del discurso de los grupos de discusión.

La mujer ha cambiado la percepción de sí misma. Ella misma ha generado un autoconcepto y autoestima distintos a los de la mujer tradicional de pueblo. Ya no trabaja, al menos de manera predominante, en el campo. Dispone de medios que facilitan su trabajo en casa: agua corriente, energía eléctrica o gas para cocinar y para lavar. Cuenta, además, con más tiempo

²¹ CIS, Estudio n. 2.221, septiembre-octubre 1996, realizado entre jóvenes de 15 a 29 años.

²² Véase el indicador 2.8.2 en el Anexo Estadístico.

para el ocio, inédito hasta ahora para ellas, que dedica a la radio y la televisión y a las relaciones sociales con la vecindad. La influencia de los medios audiovisuales, que ofrecen a diario modelos distintos y emulables de mujeres, estimula su valoración de la educación y la cultura.

La entrada enérgica de la mujer en el mercado de trabajo ha despertado de manera particular a las jóvenes para dar contenido y finalidad a los estudios, obligatorios ya hasta los 16 años. No disponemos de datos específicos que demuestren el porcentaje de jóvenes que abandonan el mundo rural por razones laborales. El leve desequilibrio a favor de los hombres en la composición de estas sociedades –como vimos anteriormente– no permite suponer que el éxodo rural de la mujer vaya a crecer más que el del hombre. La ocupación del marido en el pueblo suele hacerlas más dependientes del hombre que en el mundo urbano.

El control social de la mujer en las sociedades pequeñas es lógicamente mucho más fuerte. De ahí la interpretación de que «la mujer ha sacado los pies del tiesto». Algunas afirmaciones expuestas en las reuniones confirman esta percepción: «El entrar en un bar y ver a una mujer con un hombre que no sea su marido, tomando una caña o un café, aquí sería horrible, estaría muy mal visto». «Algunas, cuando van a la ciudad al médico, están deseando tomarse un café en el bar solas, porque en el pueblo les da vergüenza; en la ciudad te sientes más libre, no te ve nadie».

Cabe decir, en fin, que la mujer del pueblo ha cambiado su mentalidad, pero no tanto su situación. Sigue siendo el centro de la «casa». La que «da» y «se da», al tiempo que se experimenta poco a sí misma como sujeto de exigencias propias. La independencia casi se reduce, en el presente, al empleo del tiempo libre y a la realización de actividades –en ese tiempo– que hasta hace poco no podía hacer. Veamos cómo expresa la mujer sus percepciones y sentimientos: «Me siento más libre y con más estímulos». «Somos más modernas, no esclavas». «Antes todo consistía en la casa y en los hijos... Ahora salimos y no importa tomar un café sin tu marido». «Hemos salido del papel de modositas». La mujer de pueblo está hoy menos en el campo y más en casa, menos en casa y más en la calle; pasea con su marido o sus amigas, organiza tertulias y reuniones y se divierte sin el hombre.

Las mujeres jóvenes perciben el futuro con más pesimismo. Como jóvenes, les ocurre igual que a los varones: piensan que su futuro no está en el pueblo. Tienen, además, menos oportunidades de trabajo y de realización personal en el pueblo que sus coetáneos varones. Más de las tres cuartas partes de los encuestados se inclinan a pensar que las chicas y los chicos han cambiado por igual. Es su condición de jóvenes más que el sexo el determinante del cambio.

El **hombre** de pueblo ha cambiado también, pero no tanto. Los maridos de las mujeres jóvenes entre 30 y 40 años son más colaboradores en las

tareas domésticas y más comprensivos con la mujer que decide entrar en el mercado laboral u organizar a su manera actividades propias de ocio. Esta evolución del varón es muy relativa. Aun los más jóvenes no demuestran haber aceptado plenamente la igualdad hombre-mujer. En sus casas y familias de origen siguen recibiendo mensajes tradicionales en relación con el papel asignado a cada sexo. Así, tienen como normal no colaborar (o sólo excepcionalmente) en las tareas de la casa, salir solos por la noche con los amigos tras haber «depositado» a las novias en sus casas, sin admitir de buen grado que ellas hicieran lo mismo, etc. Las mujeres más jóvenes de la muestra hablan de esta guisa: «Ése es el problema, que chicos de 20 años son bastante machistas, lo heredan de sus padres... Ellos se van por ahí y si tú quieres irte te piden cuentas de a dónde vas». «El hombre sigue siendo igual de machista: lo que ocurre es que la mujer antes se callaba y ahora replica; habla con quien quiere y le da igual».

Entre los **adultos**, los hombres y mujeres del segmento 31 a 45 años piensan que han cambiado, sobre todo en la forma de educar a sus hijos, sin tabúes, basándose en el diálogo y en la cercanía con ellos. Los que tienen entre 46 y 60 años responden a un perfil más tradicional y machista; han cambiado poco en algunos aspectos y desean que la mujer esté en casa cuando ellos regresan del trabajo. Así lo reflejan expresiones como éstas: «El fin de semana sacamos a la mujer». «Nosotros sí vamos solos al bar, ellas no».

En la vida rural, es más notorio el cambio generacional que el distinguible por el sexo. Es más exacto hablar de los **jóvenes**, sin diferenciar mucho entre chicos y chicas. Tienen contactos más intensos con el mundo urbano por la facilidad que experimentan para trasladarse a cada momento a la ciudad por razón de su trabajo, de estudios o para participar en espectáculos como el fútbol, el cine o la discoteca. No se contentan con los mensajes de autonomía y libertad que contemplan en la televisión. Ellos mismos la viven ahora, aunque tengan que gastarse el dinero en la moto o en el coche para visitar con frecuencia otras poblaciones más o menos cercanas. Les seduce el anonimato con que actúa un grupo de amigos como ejercicio de libertad. Los padres de estos jóvenes opinan que ahora tienen menos responsabilidades que cuando ellos eran de su edad. Antes se comenzaba a trabajar pronto y esto adelantaba la carga de responsabilidad; ahora la inmensa mayoría estudia. Siempre a juicio de los padres, viven en muy buenas condiciones, dedicados sólo a estudiar y a su vida de ocio, para la cual no les faltan medios.

Hay que hacer un grupo especial con los **mayores jubilados**. Centran los cambios experimentados no tanto en lo que afecta a sus personalidades o en las características que definen sus actuaciones o su mundo de valores, cuanto en las condiciones de vida, en los medios de que disponen. Así, bastantes han dejado de trabajar con fuerzas vitales más que suficientes y se

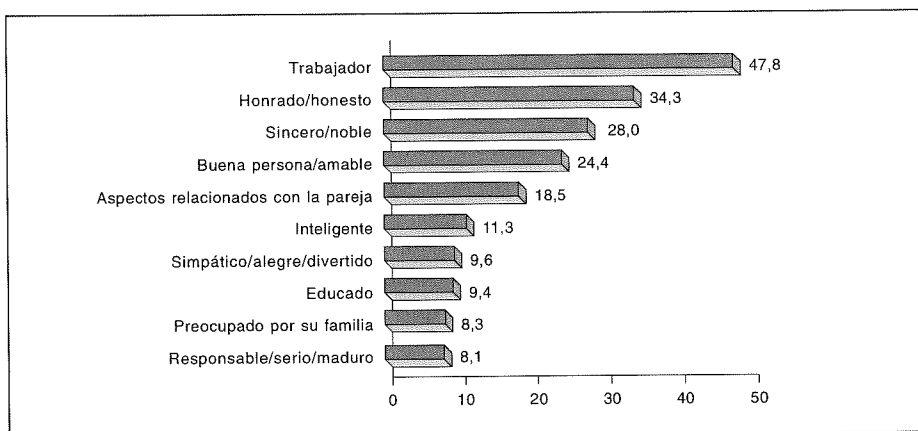
dedican a actividades más cómodas y gratificantes. Muchos siguen cultivando el pequeño huerto. Están mejor atendidos en su salud. Cobran una pensión con la que pueden vivir bien y con la que a veces incluso ayudan a sus hijos y nietos. Tienen tiempo para andar, ir al bar –donde organizan su partida–, aprovechan las ocasiones de viajar con el Inerser, etc. No es extraño que en el pueblo se diga de ellos que «son los que mejor viven».

Los actores del mundo rural siguen manteniendo un perfil propio, cercano y distinto al mismo tiempo al de los urbanitas. Los gráficos 7 y 8 expresan las preferencias de cualidades que nuestros encuestados han diseñado para el hombre y para la mujer. Conviene contemplar los dos gráficos al mismo tiempo para advertir mejor las diferencias.

Salta a la vista la prioridad del *espíritu de trabajo*, en torno al cual gira la vida diaria en un ambiente como el rural donde domina la tranquilidad y el reposo. Decididamente el hombre tiene que ser ante todo trabajador. Los mayores exigen más esta cualidad²³. Sucede otro tanto con la mujer, aunque, siguiendo el perfil clásico, se anteponga el cariño y la ternura. Los jóvenes valoran menos esta virtud, tanto en el varón como en la mujer. En el mundo rural se trabaja sin horarios. El trabajo es un ingrediente importante de la relación familiar.

Se expresa claramente la preferencia por las cinco cualidades primeras, a las que en el caso de la mujer se une con un porcentaje parecido la sexta, que sea *inteligente y culta*. Resulta curioso que se plantee como un aspecto que se valora más en la mujer que en el hombre. Es una petición especial-

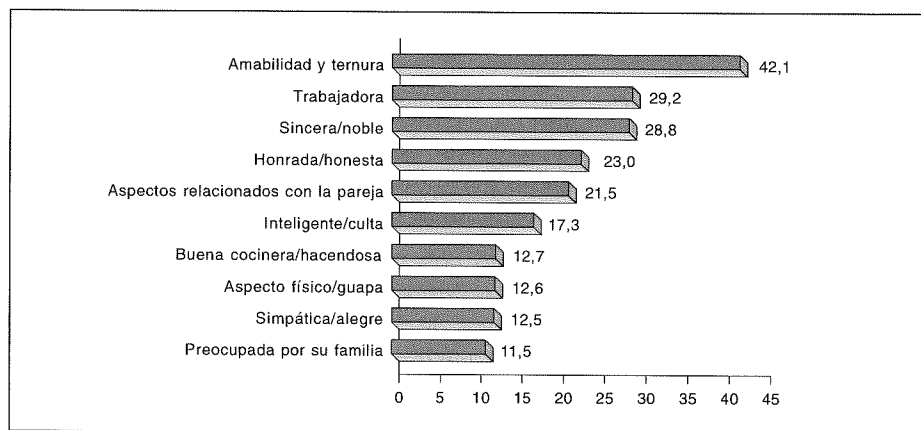
Gráfico 7 – Cualidades importantes en un hombre. En porcentaje



Fuente: Encuesta Fundación Encuentro. CECS, 1997.

²³ Véanse los indicadores 2.8.3 y 2.8.4 en el Anexo Estadístico.

Gráfico 8 – Cualidades importantes en una mujer. En porcentaje



Fuente: Encuesta Fundación Encuentro. CECS, 1997.

mente refrendada por los jóvenes de 18 a 30 años, que lo piden también con más energía que los mayores para el hombre.

Que sean *sinceros y nobles* es condición para ambos sexos, más entre los jóvenes que entre los mayores. La *honradez y la honestidad* entran también dentro de este primer bloque de exigencias prioritarias. Se fijan en esta cualidad con más énfasis los adultos. Los *aspectos relacionados con la pareja* ocupan un puesto similar en ambos sexos, aunque se les concede mayor importancia en el caso de la mujer. Los jóvenes valoran más el *aspecto físico*, la *simpatía* y la *alegría* en la mujer que en el hombre. Los mayores de 61 años son los que en mayor medida estiman que la mujer sea buena ama de casa, *buena cocinera y que sepa hacer de todo*; entre los jóvenes la mención de este aspecto es puramente anecdótica.

En definitiva, el hombre que cumple con las exigencias y expectativas deseables de la población rural es sobre todo el trabajador y honrado. La imagen de la mujer cabalga aún entre lo tradicional y lo moderno. Un nuevo papel y una nueva consideración de ella se va abriendo paso en la sociedad rural. Casi la mitad de los encuestados opina que es el hombre el que ha de mantener a la familia (46,7%), que ellos piensan más en divertirse que las mujeres (44,5%) y que los hombres son inútiles en el cuidado de los niños y de la casa (47,8%)²⁴, con lo que se resignan a pensar que ése no es su papel.

Pero, al mismo tiempo, la mayoría no está de acuerdo con quienes sostienen que, en caso de divergencia, debe prevalecer la opinión de los hom-

²⁴ Véase el indicador 2.8.5 en el Anexo Estadístico.

bres por sistema (73,6%), que ellos reducen el amor al sexo (66,5%), que tienden a imponerse por la fuerza (61,8%) o que es importante para la estabilidad de la pareja que el hombre gane más (61,7%). Los hombres se atribuyen a sí mismos una mejor imagen en camino hacia un perfil moderno e igualitario con el otro sexo, mientras las mujeres prácticamente en todos los ítems acentúan la persistencia de la actitud machista. Como era de esperar, los jóvenes elaboran un perfil moderno y los mayores de 61 años tratan de defender la tipología tradicional del varón.

Podemos terminar este apartado con un **ensayo de tipología rural**. Cada uno de los tipos presenta un conjunto de rasgos psicosociales que determina su presente y sus expectativas de futuro, en definitiva, su estilo de vida en la dinámica rural. De la discusión en las reuniones y de las respuestas a la encuesta cuantitativa podríamos deducir los tipos siguientes dentro de los grandes grupos:

— En relación con los *niños*, la socialización a través de la familia, la escuela y el trato con los de la misma edad ha cambiado necesariamente de contenidos. Sus padres pretenden darles una educación moderna que les capacite para responder a los desafíos del mundo actual. Los profesores, lógicamente, vienen con un proyecto pedagógico semejante al que se imparte en la ciudad. La concentración comarcal de los centros escolares favorece una socialización más amplia que desborda las características del pequeño núcleo rural. Es posible que este nuevo marco de su formación mezcle no pocos elementos urbanos con otros rurales impuestos necesariamente por el hábitat y el contexto humano del pueblo. El maestro rural propiamente dicho ha desaparecido. Lamentablemente, ésta es una de las consecuencias de haber confundido lo urbano con la modernidad y del menosprecio que se ha profesado hacia lo rural, como si el hombre de pueblo estuviera condenado al aislamiento y a la incultura. Si se cultivan en el niño los gustos, demandas y aficiones urbanas que le llegan también por la televisión, en vez de ayudarle a descubrir las grandes ventajas del medio ambiente rural y de la interrelación personal en formas de vida mucho más humanas, la pedagogía de la escuela rural no estará bien orientada.

— Entre los *jóvenes* podemos distinguir a los que estudian en la ciudad, los que han terminado sus estudios y aquellos que ya han logrado establecerse en el pueblo. Los que estudian en la ciudad tienen allí su cabeza y su corazón. El pueblo es para ellos lugar de retorno a la familia, a las amistades de la infancia y a los lugares identificados con su niñez. Crecer, para ellos, puede identificarse con abandonar el pueblo en cuanto puedan. Aquellos que han terminado sus estudios y se han reinsertado en el trabajo rural tenderán a divertirse fuera. Es más frecuente que busquen un trabajo mejor en otro lugar y, a ser posible, en el mundo urbano. Lo identifican con su deseo de independencia y libertad. Los jóvenes parados suelen estar

mantenidos por sus padres y viven del patrimonio o negocio familiar. Viven sumidos en la resignación y la frustración.

— Sobre *la mujer*, ya subrayamos anteriormente los cambios importantes que está experimentando. Las chicas tienen, además de los problemas de todos los jóvenes, una mayor dificultad para encontrar trabajo en el pueblo una vez que han terminado sus estudios. Por lo general, se convierten en candidatas a la emigración. La mujer madura (38-50) que ya ha decidido, por matrimonio, trabajo o circunstancias familiares, quedarse en el pueblo, tiene mucho tiempo libre. Tiende a dejar el trabajo del campo. Empieza a preocuparse más de sí misma (cultivo del cuerpo, actividades culturales o formativas). Su gran inquietud es el futuro de sus hijos. Canaliza su insatisfacción personal en la educación de los que todavía requieren su atención. Es la mayoría de las veces la razón y el centro de atracción para reunir a toda la familia, a los hijos que están fuera y a los nietos, aunque sólo sea los fines de semana o durante el verano. Aunque no trabaje fuera de casa —mucho más si lo hace—, ha logrado que el marido cambie, pero todavía su papel principal es el de ama de casa, con muchos de los rasgos tradicionales. Suele asociarse con sus amigas para defender sus derechos y constituye un grupo potencialmente activo y abierto a iniciativas comunes.

— *El hombre adulto y maduro* (35-50) tiene trabajo y está completamente integrado en el pueblo, aunque trabaje fuera, como sucede con frecuencia. Mira el futuro de sus hijos con incertidumbre.

El éxodo rural no sólo ha empobrecido de gentes al pueblo pequeño. Provocó una carencia convertida después en la inquietud del cambio. ¿Hacia dónde camina la sociedad rural española? ¿Vive privada totalmente de horizontes de futuro?

2.3 *Prospectiva de la sociedad rural*

La sangría demográfica del éxodo rural, la emigración selectiva de población activa, el envejecimiento, la transformación de la ocupación agraria, el aumento de la comunicación por la mejora de los transportes y de la información audiovisual y la invasión masiva de la cultura urbana obligan a cuestionar la pervivencia futura del mundo rural.

Los municipios con menos de 10.000 habitantes perdieron durante las últimas cuatro décadas cerca de cuatro millones de habitantes (3.744.584). Los de más de 10.000 habitantes experimentaron un aumento de 14.498.558. En ese mismo período desaparecieron 1.131 municipios, básicamente rurales. La polarización entre estos dos mundos se hizo a costa de las poblaciones intermedias: municipios entre 1.000 y 2.000 habitantes en el norte interior y entre 2.000 y 10.000 en Andalucía. Esta movilidad demográfica

sin precedentes en nuestra historia moderna, opuesta a la cultura dominante de la propiedad, erosionó especialmente al norte interior, dejando al aire sus raíces más profundas y descubriendo la pobreza de su corteza granítica. Bastarían estos datos para explicar los quebrantos en una sociedad cuya desvertebración ya venía denunciándose desde principios de siglo. Los habitantes de las pequeñas villas y aldeas se ven sumergidos en la más profunda de las incertidumbres.

La seducción y aun la victoria de la ciudad parece de momento incuestionable. No sólo se ha reducido la población rural y se la ha alejado de sus tradicionales ocupaciones productivas; se han minado los mecanismos de su reproducción social y cultural. La prospectiva de este mundo rural por ahora no puede ser más aventurada.

Nuestra encuesta ha sorprendido a los habitantes de los pueblos más aislados en esta situación de perplejidad e incertidumbre. Nos dicen, con razón, que sin trabajo el pueblo no es viable. En los grupos de discusión confirmamos lo que ya es conocido a través de otras fuentes. El cultivo del campo ha dejado de ser rentable para el pequeño agricultor. Se cobra el paro. Se hacen aquí y allá trabajos ocasionales. Las pensiones ayudan a sostener un poder adquisitivo apreciable. El clima se refleja en expresiones como las siguientes: «No hay trabajo para que se queden los jóvenes, no hay tierras en la que bastantes puedan trabajar». «Si no se tienen tierras no se puede quedar uno y si se tienen hay para uno solo». «Antes con cuatro pequeñas parcelas comía una sola familia, ahora no». «Hay varias huertas, vegas, pero están explotadas por cinco o seis señores».

El *paro* ha hecho fuerte mella en los pueblos. Incluso ha cambiado el concepto mismo de trabajo en el campo. Ya no «se vive» del campo; trabajar en el campo es una opción laboral como otra cualquiera y, como tal, vemos que escasea. Por esta razón los más desplazados del pueblo son los jóvenes. Cuando hemos preguntado por el grado de satisfacción, comprobamos que ésta se condiciona a las oportunidades de trabajo o a un medio de subsistencia como son las pensiones.

Sobre el futuro del campo las opiniones²⁵ se dirigen en los siguientes sentidos:

— Mayoritariamente se opina que irá cada vez a menos (65,2%), porque ya no es rentable trabajarlo (54,1%) y porque si no fuera por las ayudas habría que dedicarse a otra cosa (50,3%). Es preciso buscar actividades alternativas (83,1%).

²⁵ Véase el indicador 2.8.6 en el Anexo Estadístico.

— No se desecharía el campo como medio de vida en el caso de ser más creativos. Daría para vivir a muchos si los agricultores se agruparan o asociaran (75,7%). Se sigue teniendo fe en las posibilidades del campo, pero no como se hacen las cosas actualmente, sino con la búsqueda de alternativas que parecen no cristalizar en el mundo rural.

— La opinión del conjunto de la población española viene a coincidir con estos datos de nuestra encuesta²⁶: sólo el 15% cree que la situación de la agricultura en nuestro país es buena, mientras que el 73% la juzga como regular, mala o muy mala.

— La población general tiene, sin embargo, una visión más optimista del futuro: son más los que piensan que las cosas del campo irán mejor (31%) que los que piensan que irán igual (27%) o peor (18%).

— La idea predominante sobre Europa es positiva, aunque condicionada y lejana²⁷. Europa está cada vez más cerca de los pueblos, por las ayudas que éstos reciben, aunque eso no se traduzca de momento en estilos de vida, hábitos y comportamientos europeos. Si comparamos los datos de nuestra encuesta con los de otras realizadas a toda la población, observamos que la percepción y juicio que se tiene sobre nuestra pertenencia a Europa (en lo tocante a la agricultura) es más positivo en los pueblos que en el resto, debido sin duda a que las gentes de éstos están más cercanas a las ayudas de la Unión Europea; el conjunto de la población general se deja llevar por impresiones generales y por la repercusión mediática de ciertos acontecimientos. Mientras que más del 20% de la población española opina que la agricultura (22%) y la ganadería (22%) tendrían mayores problemas si no se perteneciera a la Unión Europea²⁸, en los pueblos pequeños se duplica (44%) el porcentaje de los que piensan de este modo. La misma encuesta del CIS demuestra que el 23% de la población adulta española piensa que la pertenencia de España a la Unión Europea resulta beneficiosa; en los pueblos ese porcentaje asciende al 59,3%. Incluso la gente de los pueblos prefiere identificarse con Europa (65,8%) que con Iberoamérica (30,8%). Sin embargo, el 71,4% reconoce que el estilo de vida europeo es muy distinto a la forma de vida de los pueblos en España.

De todos modos, de las respuestas de los habitantes de los pueblos se deduce un pesimismo sobre el futuro del agro. Y en esto coinciden los distintos segmentos de edad y en la misma medida los hombres y las mujeres.

Esta incertidumbre es mucho *más inquietante entre los jóvenes*. A través de los métodos cualitativos podemos encontrar matices de interés. Los más jóvenes (de 18 a 25 años) reconocen que la vida en los pueblos es más sana,

²⁶ CIS, Estudio 2.231, diciembre de 1996.

²⁷ Véase el indicador 2.8.7 en el Anexo Estadístico.

²⁸ CIS, Estudio 2.231, diciembre de 1996.

pero la encuentran monótona: «Siempre la misma gente, siempre lo mismo. Es una vida aburrida, triste, demasiado tranquila». Es fundamental para estos jóvenes el cambio de ritmo que se produce en el invierno y en el verano. En la época invernal todo se hace «cuesta arriba». En el verano el pueblo cambia, llegan las fiestas, acude más gente, hay más ambiente, aumentan las posibilidades de conocerse y de relacionarse con otros chicos y chicas; en definitiva, hay más vida. Este cambio de ritmo invierno-verano también lo reconocen los otros segmentos de edad, pero son los más jóvenes los que más lo experimentan. Y cuando no hay «vida» en el pueblo hay que buscarla fuera, en las poblaciones vecinas grandes o en la capital, mediante desplazamientos los fines de semana.

En lo referente al trabajo el joven que vive en el pueblo dispone de menos posibilidades: la construcción, la hostelería y el campo. En éste cada vez menos. También es cierto –y así lo apuntan– que en un pueblo se puede estar desempleado, pero no inactivo; siempre hay algo que hacer en el campo, en la ganadería, ayudando a un familiar, etc.

A esta situación los jóvenes responden de diversas maneras:

— Con pasividad. Esto lleva incluso en ciertos casos a no aceptar la escasez, pero existente, oferta: «La gente hoy no quiere trabajar en el campo; quiere algo más. El campo está mal pagado, son muchas horas y es muy esclavo».

— Con sentido de frustración, especialmente por parte de la mujer: «Aquí no tienes posibilidades de abrirte a otras cosas, como no sea en tu casa fregando, limpiando otras casas o en el campo...; no progresas».

— Los más inquietos no acaban de plasmar las iniciativas que se les ocurren, como montar un negocio, pues piensan que el público no responde y el riesgo de fracaso es alto.

— Los más acomodaticios mezclan la resignación con la comodidad: «Somos cómodos y conformistas». «Se opta por la buena vida, sin complicarse la existencia». «No hay trabajo, pero a veces ni se quiere buscar». Los padres sostienen esta situación de los hijos.

— El joven que estudia tiende a irse del pueblo y a buscar trabajo fuera: «Es lógico, una persona que se ha preparado para el futuro lo que quiere es buscar salida y no quiere venirse aquí», dicen los interesados y sus padres.

Cuando se plantea el futuro de los pueblos y el de cada uno personalmente, el sentimiento predominante es la incertidumbre, con dos razones de fondo: se piensa que las nuevas generaciones tendrán menos posibilidades de trabajo y que en la sociedad rural aumentará el predominio de los viejos. Los próximos a la capital o a una población intermedia convertirán al pueblo pequeño en pueblo dormitorio. En una de las reuniones de grupo se hizo este certero diagnóstico de la situación del pueblo, extrapolable

a otros muchos, que recogemos por su expresividad: «En la actualidad la media de edad de este pueblo es de 62 años, el promedio anual de muertes es de 36 y el de nacimientos es de 11. Con lo cual, dentro de 15 años el 75% de sus habitantes serán personas mayores de 65 años».

Las opiniones sobre las posibilidades de desarrollo a corto y medio plazo se dividen prácticamente a partes iguales: el 43% cree que irá a mejor y el 40% piensa que la situación empeorará; el 17% opina que permanecerá prácticamente igual.

Si nos referimos al futuro personal de cada entrevistado, la mayoría se resigna a permanecer con un nivel similar y sólo un 23,1% cree que seguirá en el pueblo pero con mejor nivel de vida (tabla 7).

Esta perspectiva pesimista llevaría a pensar en los pueblos como simples lugares de paso o de situaciones estacionales. Nos resistimos a este pronóstico. Ni la ciudad terminará por engullir a lo rural ni estos pequeños núcleos de población desaparecerán por completo. En una visión de prospectiva tendríamos que ser capaces de deslindar los dos procesos, que, al menos en teoría, no tendrían por qué ir irremediamente unidos. La modernización necesaria no tiene por qué dar al traste con las virtudes características de la vida rural. La organización social de lo rural nunca podrá ser como la urbana.

La hipótesis de una sociedad mejor informada, más tolerante, con una convivencia densa, que conserve las relaciones familiares y fraternas, sin perder el clima de sosiego y tranquilidad, no es impensable. Los encuestados siguen creyendo que en el pueblo es más fácil encontrar amigos, que si eres del pueblo «eres de confianza». Allí donde todos se conocen y todos se saludan es más difícil hacer lo que quieres. La opinión de los demás influye notablemente en el control social de la conducta, aunque el peso de este factor es distinto según las edades. Los jóvenes actúan de manera más independiente, pero en el fondo les importa la opinión de los otros y se sienten observados. A los mayores la opinión social les influye más que a los jó-

Tabla 7 – ¿Cómo ve Vd. su futuro a medio plazo? En porcentaje

	Total	Sexo		Edad			
		Hombres	Mujeres	De 18 a 30 años	De 31 a 45 años	De 46 a 60 años	De 61 a 70 años
Estar fuera con un nivel superior	19,9	18,9	20,9	48,2	18,8	9,2	2,8
Estar aquí con un nivel similar	53,7	51,6	55,8	24,9	51,2	63,1	76,2
Estar aquí con un nivel mejor	23,1	26,1	20,1	26,1	26,0	26,1	14,1
Estar aquí con un nivel peor	2,6	2,2	3,0	0,8	3,6	1,6	4,4
NS/NC	0,7	1,2	0,2	0,0	0,4	0,0	2,4

Fuente: Encuesta Fundación Encuentro. CECS, 1997.

venes y los problemas se aguantan hasta límites extremos con tal de que no salgan fuera de la «casa». Es una defensa contra la falta de intimidad y contra el hecho de vivir continuamente expuestos a la mirada de los demás. «Una separación en el matrimonio lleva consigo largarse del pueblo». La «casa» sigue siendo territorio y patrimonio de la mujer, con el matiz de que antes debía solicitar permiso para administrar la economía del hogar y hoy puede disponer, «hacer y deshacer», como ellas mismas indican.

Descubrimos una progresiva liberalidad en la educación. Los padres opinan prácticamente igual que los de la ciudad. Hablan de un antes y un después oponiendo el rigor, el miedo, la distancia, el castigo, la autoridad paterna a la cercanía, el diálogo y la negociación afectiva padre-hijo. He aquí las expresiones más frecuentes en los grupos: «Hoy vas a pegar a tu hijo y tienes miedo hasta de que se te vaya de casa». «Son ellos los que nos educan a nosotros». «Intentas darles la libertad que antes tú no tuviste». «Lo que no nos ha gustado, procuramos que no aflore en nuestra forma de educar». «Mandan más que nosotros en casa».

Los padres entrevistados opinan sobre una serie de ítems referentes a la educación de los hijos²⁹ y éstas son las repuestas más significativas:

- El 76,8% piensa que a la hora de educar hay que llegar a acuerdos.
- La mayoría (73,8%) opina que los maestros hoy día están bien formados, aunque el 60,3% sólo se relaciona con ellos cuando hay problemas.
- Casi todos (83,4%) afirman que hay que preparar por igual a los hombres y a las mujeres.

La educación tiende de momento a expulsar de los pueblos a los matrimonios jóvenes que desean perfeccionar la educación de los hijos. Curiosamente, el 54% de los encuestados opina que en los pueblos el ambiente es más favorable para la educación de los hijos, subrayando la importancia de la corresponsabilidad de la familia y la escuela en la educación (57,7%), de ordinario más intensa en el mundo rural. Una vez terminados los estudios obligatorios es lógico que las familias tengan que solucionar el problema de residencia de los hijos en la ciudad. Creemos que un buen colegio en zona rural, aunque sea en la capital de la comarca, ofrece mejores condiciones para las enseñanzas posobligatorias. Las enseñanzas básicas requieren, además de un buen nivel pedagógico del profesorado, un contexto global favorable caracterizado por una serie de circunstancias más educadoras de la personalidad responsable que son más fáciles de reunir en el pueblo que en la urbe anónima.

²⁹ Véase el indicador 2.8.8 en el Anexo Estadístico.

Tanto en la cooperación del colegio con la familia como en los criterios educativos dominantes en la familia del mundo urbano, que fueron objeto de un estudio especial en nuestro Informe correspondiente a 1996³⁰, las opiniones expresadas ahora por nuestros encuestados del mundo rural se aproximan mucho a las obtenidas entonces. Las preocupaciones de los padres del ámbito rural respecto a la formación de sus hijos pueden resumirse en las siguientes expresiones clave: primacía de los afectos sobre las exigencias metodológicas y disciplinarias; el diálogo en vez del «orden y mando»; preparar para competir más que para el desarrollo de la persona; la necesidad sentida del aprendizaje continuo para ejercer de padres; búsqueda de una educación diferente a la recibida; la mujer como principal educadora hasta la adolescencia y, en general, un tipo de padres indulgentes. Esta convergencia es prueba de una sociedad rural abierta, anhelante de progreso y del cambio exigido por las nuevas demandas de la sociedad global. No sería correcto conceder a estas demandas la categoría de mundo urbano. Sencillamente pertenecen a las exigencias naturales de un mundo que comienza a descubrir a su manera la modernización. Los niños que viven en los pueblos no son psicológicamente urbanos. Sus padres han descubierto las ventajas culturales de lo urbano y quieren mantener las del mundo rural. En modo alguno hay que identificar lo urbano con el progreso económico y la cultura, aunque la historia particular española de hecho los haya identificado.

Para abundar en esta misma sensación «progresista», basta citar algunas opiniones de nuestros encuestados rurales³¹: están mayoritariamente a favor de los métodos anticonceptivos (75,8%); de las relaciones prematrimoniales (59,4%); de los matrimonios mixtos con otras razas (75%), aunque esta hipótesis no asuste aún por su lejanía. Están mayoritariamente en contra del aborto (65,8%) y de la legalización de las drogas (83,9%). Incluso se pronuncian a favor de la reducción de la jornada laboral (67,7%), ellos que apenas viven la civilización de los horarios de trabajo.

Todo esto demuestra que el mundo rural está abierto a los mensajes que proceden del mundo urbano. Sin embargo, no está demostrado que estas opiniones sean características de la ciudad aunque procedan de ella. Otros mensajes más propios del mundo rural, aunque sean originarios del urbano, acreditan su vigencia: vivir con los padres hasta casarse (74%), pues la emancipación prematura en el pueblo es prácticamente imposible. Las mujeres del pueblo reflejan posturas más «conservadoras» y «tradicionales» que los hombres; únicamente los segmentos jóvenes femeninos (de 18 a 30 años) manifiestan actitudes más «progresistas».

³⁰ Fundación Encuentro. CECS, *Informe España 1996*, Madrid, 1997, p. 219-266.

³¹ Véase el indicador 2.8.9 en el Anexo Estadístico.

Tampoco las creencias religiosas pueden invocarse como frontera entre el mundo urbano y el rural. Una gran mayoría de las gentes del pueblo (70,7%) no cifra su catolicismo en la práctica dominical de la misa: dan más importancia a la manera de ser (67,5%)³². Creer o no creer es considerado como un asunto personal y privado (85,9%), algo que verdaderamente sorprende dado el ambiente de control social en el que se produce esta opinión. La fiesta principal del pueblo se reduce a una costumbre, a un hecho social, una exhibición de «vestidos y bien parecer», como se reconocía en los grupos de discusión. Añadamos que la religión en los pueblos ha dejado de ser «cosa de mujeres». Las diferencias de porcentajes en las respuestas, según edad y sexo, no son significativas.

El pueblo sigue definiéndose por sus «fiestas y tradiciones», por «la manera de ser de su gente», por el «sitio a donde se vuelve de vacaciones»³³... Anhelado y casi idealizado por los hombres de la ciudad, está, en cambio, lastrado por el abandono de las Administraciones, que no se han tomado en serio el alto número de viejos, jubilados y parados concentrado en el mundo rural. Este abandono habitual sólo se interrumpe durante la campaña electoral de los partidos. Es lógico que los hijos del pueblo vuelvan a él los días de sus fiestas patronales, aunque los políticos sólo se acuerden de la utilidad de sus electores.

Como podemos ver en el gráfico 9, los hombres y mujeres rurales siguen optando en su mayoría (69,5%) por el pueblo a pesar de las ventajas que le ofrece la ciudad con su anonimato, el ejercicio de la libertad, las oportunidades de encontrar trabajo, los sueldos, las posibilidades de formación y diversión. Las prisas, el estrés y la inseguridad ciudadana, la contaminación, el coste de la vida y el tráfico les disuaden. También la violencia de los incultos golpea al pueblo, pero su rechazo en la sociedad rural es mucho más tajante que en la ciudad³⁴.

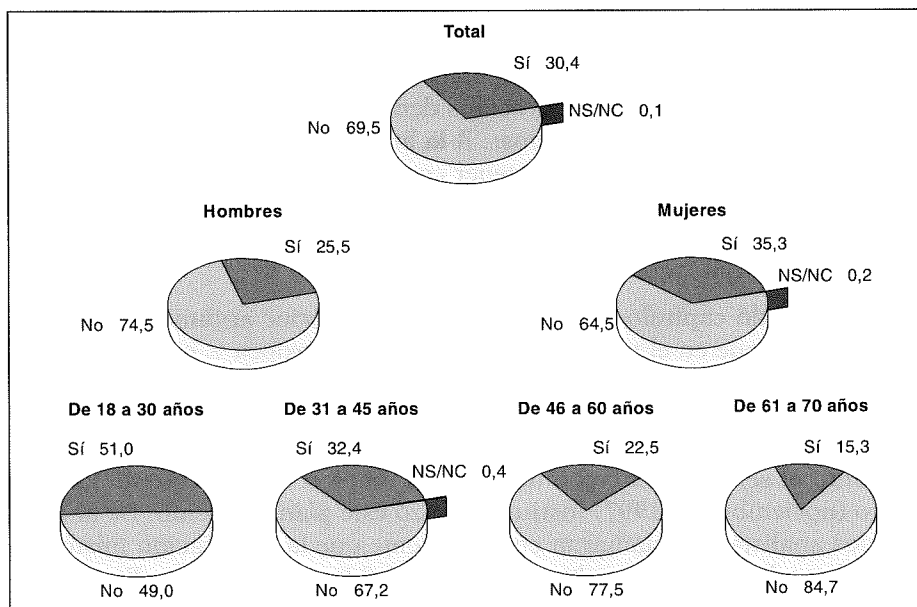
Vamos a terminar este estudio sobre el mundo rural español, cuyos rasgos negativos no aparecen consustanciales, con una referencia al futuro de la sociedad global. La llamada sociedad posindustrial anda en busca del mundo rural. Al menos ha dejado de necesitar a la ciudad para sus logros y conquistas. Comienza a independizarse de la localización de la producción, la carencia de servicios y prestaciones sociales se ha convertido en urgencia política, el aumento del tiempo para el ocio creativo es una demanda general, la localización residencial se flexibiliza, puede elegirse cada vez más el lugar de residencia. Mientras en la época industrial los procesos demográficos y económicos eran de concentración, ahora son de dispersión. El trabajador ya no necesita vivir al lado de la factoría. Por el contrario, molesta el bagaje de ese mundo y comienza a desconcentrarse la empresa en pequeñas unidades que no tienen por qué estar ubicadas en el mismo sitio.

³² Véase el indicador 2.8.10 en el Anexo Estadístico.

³³ Véase el indicador 2.8.11 en el Anexo Estadístico.

³⁴ Véanse los indicadores 2.8.12 y 2.8.13 en el Anexo Estadístico.

Gráfico 9 – Si usted pudiera, ¿viviría en la ciudad? En porcentaje



Fuente: Encuesta Fundación Encuentro. CECS, 1997.

El espacio rural, que perdió sus funciones productivas, adquiere ahora un creciente papel como espacio para la reproducción de la sociedad global. Es el espacio por excelencia para el desarrollo del ocio creativo y el espacio que conserva la calidad ambiental perdida en las sociedades urbanizadas³⁵. Sin duda tendrá que ser la sociedad misma, antes que los políticos, la que descubra las posibilidades del mundo rural en la modernización de la sociedad global en España.

II. DECEPCIÓN EN EL MUNDO DEL DESEMPLEO

Al final de 1997, del denominado por el Gobierno como «año del empleo», asistimos, como en ejercicios anteriores, al debate de las cifras, que, con mucha frecuencia, esconde o anula el de los hechos. En nuestro *Informe España 1996* dedicamos un extenso capítulo a analizar con detenimiento las variables a nuestro juicio fundamentales del empleo en nuestro contexto social y económico. En efecto, una serie de tendencias están trans-

³⁵ Véase la ponencia de Luis Alfonso Camero Rioja, «El mundo rural español en la década de los noventa: ¿renacimiento o reconversión?», en *Documentación Social*, n. 87, 1992, p. 14 ss.

formando ya de hecho la mayoría de los ámbitos de nuestra vida: globalización, competencia internacional, creciente densidad de conocimientos en los productos y en los procesos, exigencias de una calidad cada vez mayor, terciarización de todos los sectores, preocupación por un desarrollo sostenible, cambios profundos en los procesos demográficos, creciente dualización social en algunos países avanzados... A la luz de estos factores hay que analizar las cifras del empleo para obtener conclusiones ajustadas a la realidad, que nos permitan plantear estrategias de futuro y no estar continuamente pendientes de unos datos siempre sometidos a una controversia la mayoría de las veces estéril.

En el citado capítulo de nuestro Informe anterior argumentábamos la necesidad de que en el proceso de construcción europea y, en concreto, de la Unión Monetaria, en fidelidad al Tratado de Maastricht, se considerara explícitamente el empleo como un factor fundamental. La moneda única alcanzará legitimidad y aceptación social en la medida en que sea un instrumento al servicio del crecimiento y del empleo. La Cumbre de Luxemburgo (noviembre de 1997) institucionalizó este planteamiento. De ahí que algunos analistas proclamaran enfáticamente que la celebración misma de la cumbre y los resultados obtenidos suponían la entrada de la «Europa social» en el proceso de la Unión Monetaria: un paso determinante en el proceso de creación de un verdadero espacio común europeo.

Sin restar valor –sobre todo simbólico– a dicha cumbre europea, debe admitirse que muchas de las propuestas de actuación son medidas ya habituales en numerosos países, conocidas como «políticas activas de empleo» y de apoyo a colectivos específicos con grandes dificultades para integrarse o mantenerse en el mercado laboral. Por otro lado, resulta paradójico que se establezcan unos criterios cuantitativos destinados a ser revisados cada año. Aunque su incumplimiento no tenga otra repercusión que la moral o de imagen para los países que incurran en él, se aplica al empleo un simple planteamiento técnico o puramente cuantitativo. Como si del control de determinadas magnitudes económicas, apoyado por medidas fiscales, fuera a surgir inexorablemente el empleo como el resultado de una ecuación perfecta. Este reduccionismo económico del empleo creemos que está en la base de una comprensión defectuosa, que lastra desde su origen el planteamiento de estrategias adecuadas para afrontar globalmente el problema del paro. Se quiere someter el empleo al automatismo de las cifras y las fórmulas; se lo quiere reducir a una variable macroeconómica cuando el verdadero motor del empleo se encuentra más en las actitudes y en las capacidades de las personas.

En general, los Gobiernos –también el español– tienden a pensar que el aumento o la reducción del empleo es el resultado de una determinada política económica. Se suelen presentar como protagonistas de los éxitos y como víctimas de los fracasos. El lenguaje político electoral está lleno de

expresiones como «nos comprometemos a crear X puestos de trabajo» o «las medidas adoptadas permitirán la creación de X nuevos empleos». Esta visión mecanicista, aparte de la discutible rentabilidad política que pueda tener, provoca un planteamiento simplista del problema y dificulta la movilización de todos los actores y procesos involucrados. Una verdadera preocupación por el empleo exige la puesta en marcha de medidas cuyos resultados no son inmediatos. La perspectiva básica es conseguir que se creen empleos sostenibles en el mercado y ayudar a que se mantengan aquellos que, respondiendo a una verdadera necesidad social, no puedan alcanzar el umbral de la rentabilidad económica. Para ello –y nos remitimos de nuevo a lo que dijimos el año pasado–, determinadas medidas económicas y laborales que aseguren un crecimiento económico sostenible y sano y una estructuración de nuestro mercado laboral coherente con la de los países de nuestro entorno son necesarias, pero no suficientes. Entre otras cosas, es cada vez más imprescindible una labor de pedagogía social que permita situar a la sociedad y a los individuos en el centro del debate, tanto para retomar los valores sociales y personales del empleo como para exigirles un mayor protagonismo y responsabilidad en la solución de los problemas.

La primera dificultad para entrar en el debate riguroso y profundo sobre el empleo se presenta a la hora de hacer un retrato de su realidad numérica. Mes tras mes, trimestre tras trimestre, asistimos en los medios de comunicación a la ceremonia de la publicación de los datos de paro, empleo y contratación. Este año se ha incorporado como un invitado habitual el correspondiente a la afiliación a la Seguridad Social. Esta proliferación de datos y fuentes, con grandes divergencias entre ellas, es campo abonado para un debate de formalidades en el que todos los contendientes pueden esgrimir datos a favor de sus tesis. Los puntos de vista dependen más de su situación de Gobierno u oposición que de verdaderas diferencias en sus planteamientos del problema.

1. Datos a la carta

A esta diversidad de fuentes y datos se une el hecho habitual de mezclarlas y hasta de caer en cálculos erróneos³⁶. Es importante no olvidar que

³⁶ No son sólo los políticos los que habitualmente mezclan y comparan datos de fuentes diversas, normalmente según su conveniencia. Con frecuencia en los medios de comunicación se calcula la variación anual del paro registrado comparando los datos a 31 de diciembre del último año con la media de los años anteriores, con lo cual, dadas las variaciones estacionales significativas que se producen en la contratación en nuestro país, sesgan claramente a la baja la reducción del paro. Lo lógico si se quiere ver la evolución anual sería comparar las cifras correspondientes a 31 de diciembre, lo que permite hacer comparaciones más homogéneas también con otros índices o tasas como el crecimiento del PIB, IPC...

cada una de ellas mide cosas distintas y en todas hay salvedades que matizan, a veces de manera considerable, los datos absolutos que se aportan. Son datos cuyo mayor valor reside precisamente en su carácter relativo, de referencia, que permite seguir las tendencias de la evolución de la variable considerada. Por último, hay que decir que no tiene sentido establecer una jerarquía de valor y validez entre ellas y mucho menos descalificar la fiabilidad de los datos de una a partir de los datos de otra.

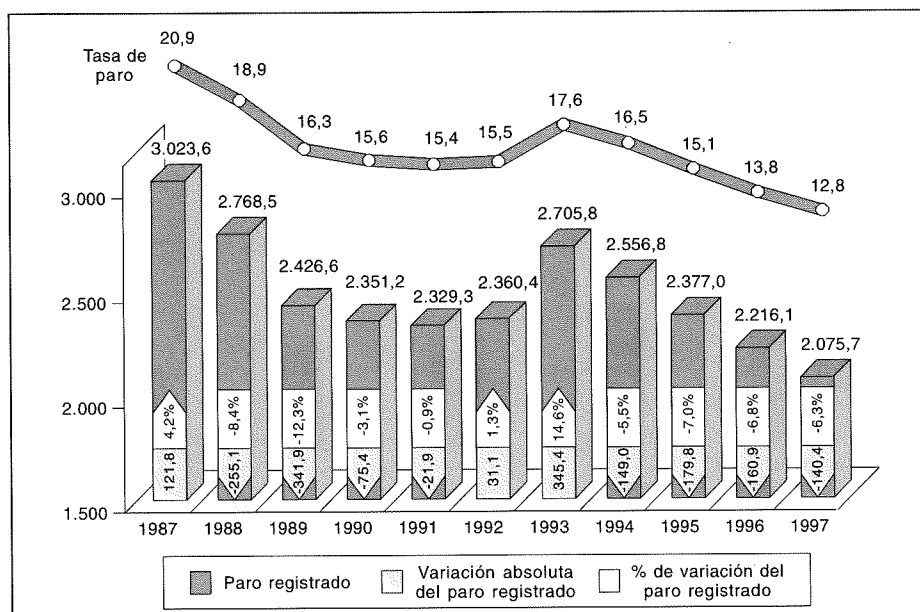
1.1 Datos Inem: paro y contratación

El número de parados registrados en el Inem disminuyó en 140.433 entre el 31 de diciembre de 1996 y el 31 de diciembre de 1997 (gráfico 10). Este descenso ha permitido que el número de parados registrados en las oficinas del Inem se redujese hasta 2.075.659 –la cifra más baja desde 1981– y que la tasa de paro registrado se situase en un 12,8%. La evidente bondad de estos datos queda matizada por el hecho de que la reducción ha sido inferior a la registrada en los tres años anteriores, con tasas de crecimiento del PIB más bajas que la correspondiente al último año.

El año terminó con 10.093.565 contratos registrados, de los cuales 707.481 fueron indefinidos. Estas cifras suponen aumentos del 16,9% y del 99,6%, respectivamente, en relación con las del año anterior. El incremento numérico de contratos indefinidos es achacable casi en su totalidad a la reforma laboral pactada entre los sindicatos y los empresarios en abril de 1997 que entró en vigor en el mes de mayo. De esos contratos indefinidos 286.051 eran contratos temporales previos que se transformaron en indefinidos y 126.308 fueron nuevos contratos indefinidos acogidos a la regulación pactada en dicha reforma. A lo largo de la segunda mitad del año ha sido constante la aparición de noticias en la prensa económica acerca de la política de conversión de contratos temporales en fijos seguida por algunas grandes empresas, justificada las más de las veces por un discurso donde se resaltaba el valor de la estabilidad del empleo en la productividad del trabajo por encima de otros aspectos como las importantes subvenciones económicas asociadas a dicha conversión, a lo que hay que sumar el menor coste de despido de los nuevos contratos indefinidos. La estabilidad en el empleo no se define exclusivamente por el tipo de contrato. El valor concedido a la estabilidad laboral habrá que demostrarlo por medio de otras estrategias empresariales y en condiciones menos favorables para el empleo que las actuales.

Por otro lado, la conjunción del aumento del número de contratos y de la contratación indefinida implica que la duración media de los contratos temporales se ha reducido, o lo que es lo mismo, ha aumentado la rotación en los puestos de trabajo y, en consecuencia, el riesgo de mayor precariedad laboral. El 57% de los contratos firmados en 1997 tuvieron una dura-

Gráfico 10 – Evolución del paro registrado. En miles. 1987-1997



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, *Boletín de Estadísticas Laborales*, varios números; e INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

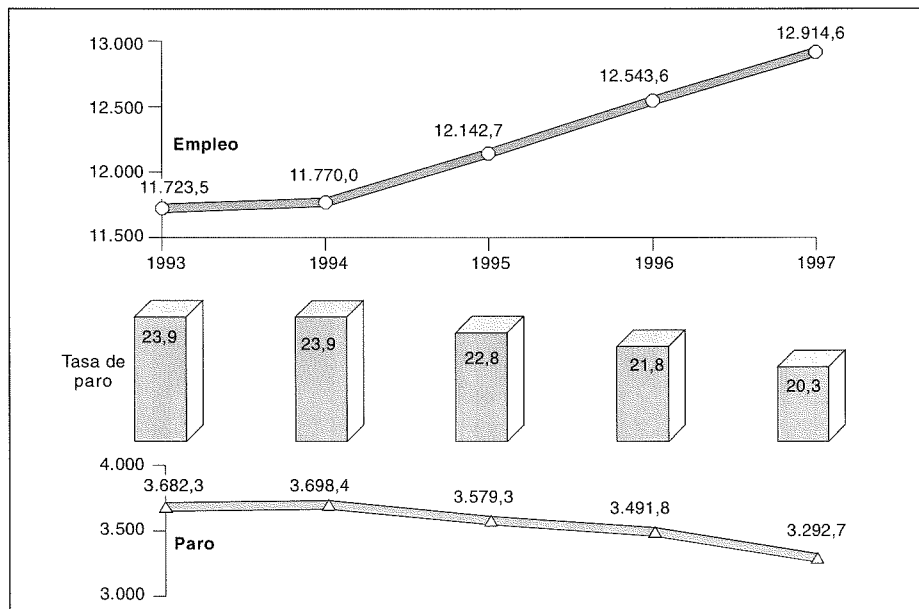
ción igual o inferior a seis meses frente al 56% en 1996; los de duración igual o inferior a un mes pasaron del 29% al 31%. Seguimos, por tanto, hablando de un mercado claramente segmentado que amenaza con dualizar peligrosamente nuestra sociedad.

1.2 Datos EPA: paro, empleo, actividad

Respecto a los datos de la EPA, al final de 1997 había en España 12.914.600 ocupados, lo que representa un aumento de 371.000 respecto a los 12.543.600 que había al final de 1996 (gráfico 11). Esto supone un incremento muy importante del empleo –casi 1.000 empleados más al día–, aunque algo inferior al de 1996. El número de parados de la EPA se redujo en 199.100 en 1997 (de 3.491.800 a 3.292.700), lo que deja la tasa de desempleo en un 20,3% de la población activa.

Para medir la capacidad de generación de empleo de la economía española hay que comparar la evolución del número de empleados –o la evolución del número de afiliados a la Seguridad Social– con la evolución del crecimiento del PIB. El mayor crecimiento económico registrado en 1997 respecto a años anteriores no se ha traducido en una mayor creación de

Gráfico 11 – Evolución del empleo y del paro en la Encuesta de Población Activa. En miles. 1993-1997



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

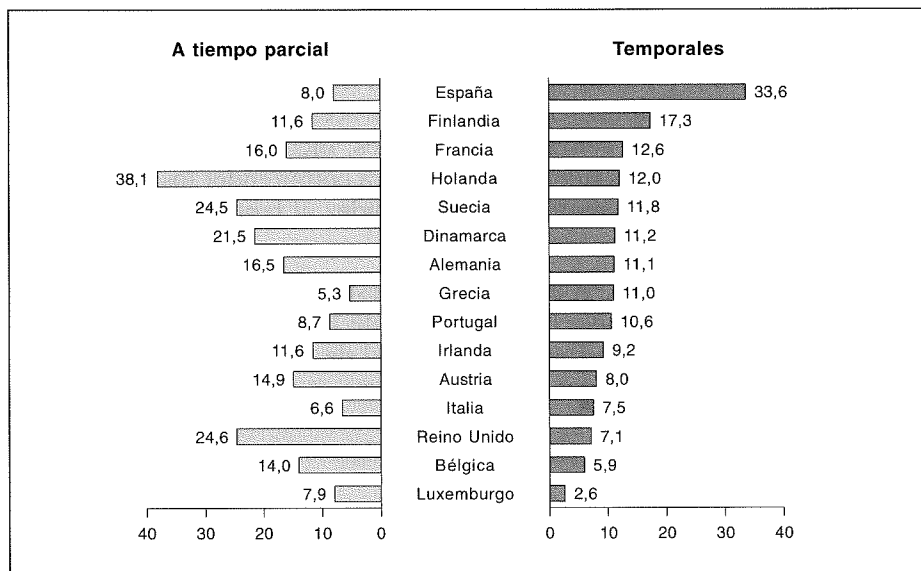
empleo, lo que no deja de ser un dato incómodo para los que creen que el crecimiento económico por sí mismo solucionará el problema de empleo que sufre nuestro país y Europa entera.

La tasa de temporalidad, a pesar del aumento de la contratación indefinida, sigue por encima del 33% –se ha reducido en apenas un punto–, lo que, como vimos en el Informe del año pasado, nos sitúa muy lejos del resto de los países de la Unión Europea (gráfico 12). El aumento de la contratación indefinida aún no ha tenido un impacto significativo sobre la reducción de la temporalidad en el empleo en nuestro país.

Continúa el lento incremento de los empleados a tiempo parcial. Según los datos de la EPA del cuarto trimestre de 1997, son 1.032.300, lo que significa un 8% de la población ocupada. En el cuarto trimestre de 1996 eran 950.200, un 7,6%. Este exiguo porcentaje contrasta con el de países como Holanda y Reino Unido, donde parecen haber entendido la potenciación de este tipo de contratos como alternativa a la reducción legal de la jornada de trabajo.

En nuestro país los contratos a tiempo parcial tienen mala prensa, puesto que se los considera contratos precarios, aun más que los temporales, con los cuales a veces se los confunde. Esta confusión o identificación es perfectamente explicable, ya que el 75% de los contratos parciales firmados

Gráfico 12 – Tasa de ocupados a tiempo parcial y temporales en los países de la Unión Europea. 1997



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Comisión Europea, *L'emploi en Europe 1997*, Luxemburgo, 1997.

en 1997 fueron contratos temporales. En un país con un número tan alto de parados, resulta paradójico que no encuentren receptividad a sus demandas en las empresas aquellas personas partidarias de trabajar menos porque valoran más la ganancia en ocio o en atención a la familia que el dinero de más que obtienen trabajando a tiempo completo. Por no hablar de los casos cada vez más frecuentes en muchos empleos de jornadas habituales muy por encima de la jornada legal establecida y sin aumento de salario o del uso abusivo de horas extras.

Al hablar de empleo y paro con frecuencia se olvida la población activa, cuando ésta es una variable fundamental para calcular las tasas correspondientes. Pero más allá de este valor como variable numérica es importante destacar su significado social: se define como activa a aquella persona en edad de trabajar (16-64 años) y que desea hacerlo.

La importancia estadística de este dato deriva de su utilización para calcular la tasa de paro, tanto la del registrado (Inem) como la del encuestado (EPA). Por ello puede darse el caso, bastante frecuente en nuestro país en los últimos años, de que aumentos del número de ocupados no se traduzcan en descensos de la tasa de paro, debido a un incremento mayor de la población activa. Sería deseable, en consecuencia, que los análisis cuantitativos del empleo/paro tuvieran mucho más en cuenta este factor que refleja mejor que las tasas de empleo y paro el aspecto social del trabajo. Des-

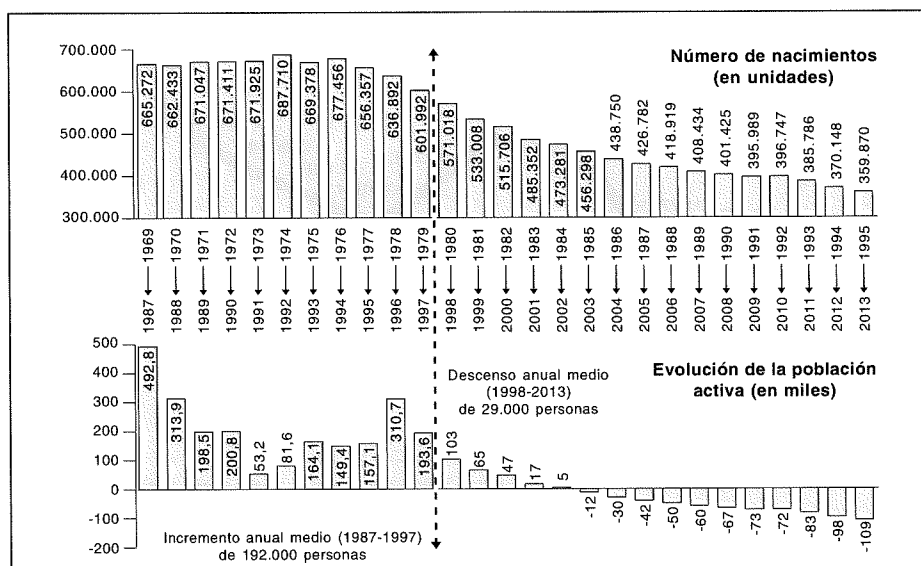
de este punto de vista, los datos sobre la población activa informan de la actitud general de una sociedad hacia el trabajo, de los ciclos de ánimo o desánimo acerca de las posibilidades de que la estructura económica de un país posibilite a sus ciudadanos encontrar un trabajo y de que uno mismo pueda lograrlo y de la influencia de algunos procesos sociodemográficos en curso: menor presión de generaciones jóvenes, incorporación de la mujer madura... Todos son datos fundamentales para comprender los procesos laborales, ya que permiten «enfocar» y dar nitidez al fenómeno que pretendemos analizar.

Según los datos de la EPA del cuarto trimestre de 1997, por primera vez la tasa de actividad española (el porcentaje de las personas que manifiestan trabajar o querer hacerlo respecto al total de personas en edad de trabajar -16-64 años-) ha alcanzado el 62,3%. Esta evolución positiva no puede hacernos olvidar, sin embargo, que dicha tasa es claramente inferior a la media de los países europeos (67,7%), en algunos de los cuales supera el 80%.

La evolución de la población activa puede ser un elemento mucho más decisivo en la evolución del empleo y del paro en los próximos años. El análisis que exponemos a continuación, tomado del artículo publicado por José A. Vega en el diario económico *Cinco Días* el 1 de diciembre de 1997, justifica esta afirmación. La importante creación de empleo registrada a finales de los ochenta no se vio reflejada en toda su intensidad en la tasa de paro, ya que en ese mismo período aumentó de manera muy considerable la población activa. En este incremento tuvo mucho que ver la incorporación al mercado de trabajo de las cohortes de población nacidas en los años del denominado *baby boom*. Como puede apreciarse en el gráfico 13, el número anual de nacimientos entre 1969 y 1979 superó, en algunos casos ampliamente, los 600.000. Desde entonces el descenso ha sido continuado y significativo, hasta los cerca de 360.000 nacimientos correspondientes a 1995.

Dichas cohortes constituyen el principal factor de aumento de la población activa de nuestro país, aunque no podemos olvidar la incorporación a la población activa de otros colectivos, como el de las mujeres que deciden entrar por primera vez o volver al mercado de trabajo después de ocuparse en exclusiva de las tareas domésticas y de crianza de sus hijos. Entre 1987 y 1997 la población activa aumentó anualmente como media en 192.000 personas; las previsiones para el período 1998-2013 apuntan a un descenso medio de 29.000 personas por año. Las actuales tasas de paro juvenil por encima del 40% pueden reducirse a la mitad, si no cambian los procesos y las condiciones que regulan el abandono de la actividad laboral. Una disminución semejante llevaría consigo una reducción de aproximadamente siete puntos en la tasa de paro general si se mantienen las actuales tasas medias de creación de empleo.

Gráfico 13 – Evolución del número de nacimientos y estimación de su incorporación al mercado laboral a los 18 años. 1969-1995



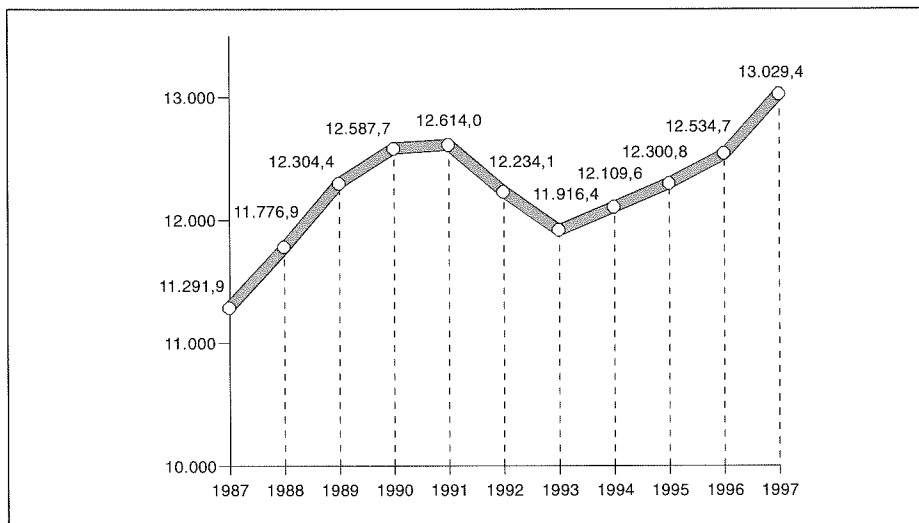
Fuente: *Cinco Días*, 1 de diciembre de 1997.

Podría pensarse entonces que es mejor esperar a que la misma demografía ayude a arreglar lo que un día «estropeó». Sin contar con factores como la inmigración, que pueden alterar sustancialmente los cálculos referentes a la población activa, una actitud semejante sería repetir el ya tradicional y viejo esquema social y político de no analizar el fondo de los problemas y recurrir al parche para salir del paso y cumplir con la estadística.

1.3 Datos de la Seguridad Social

Estos datos han adquirido mayor protagonismo del habitual en el debate sobre el empleo porque se ha registrado un aumento muy notable de los afiliados a la Seguridad Social. A finales de 1997 había 13.029.400 afiliados a la Seguridad Social (gráfico 14) –entre los cuales no se encuentran los más de un millón de funcionarios públicos–. Esta cifra supone un aumento de 494.700 (un 3,95%) respecto a los datos de finales de 1996 y supera ampliamente los datos de empleo que recoge la EPA. Esta divergencia se atribuye a la regularización de muchos puestos de trabajo de la economía sumergida. Estas cifras son volátiles. Lo demuestra el hecho de que en el mes de diciembre la afiliación se redujo en 146.582 trabajadores. Este dato, lejos de ser producto de la coyuntura económica, es el reflejo claro de un comportamiento empresarial habitual en ciertos sectores como la construcción o los servicios, en los que, aduciendo frecuentemente razones cli-

Gráfico 14 – Evolución del número de afiliados a la Seguridad Social. En miles. 1987-1997



Nota: Datos a 31 de diciembre de cada año.

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, *Boletín de Estadísticas Laborales*, varios números.

matológicas, se suspenden contratos que se renuevan a partir de mediados de enero.

En el discurso público sobre el empleo es bastante frecuente afrontar el problema del paro en actitud de espera, presos del hechizo de los números (crecimiento del PIB, inflación, costes salariales), con la cortedad de una mirada retrospectiva que no va más allá de la comparación con los datos del mismo mes de un año o dos antes, o si acaso con los períodos de Gobiernos anteriores. Se echa de menos una visión más prospectiva, estratégica, de futuro. Y ésta no se puede hacer basándose únicamente en un análisis de los datos de crecimiento, empleo, paro, inflación, costes. Como ya dijimos el año pasado, son necesarios, pero no suficientes. Hay que tener en cuenta la evolución de las demandas, de las necesidades y de las tendencias, tanto en el ámbito social como en el económico. Es necesario, en consecuencia, pasar de un enfoque cuantitativo a otro cualitativo en el análisis del empleo, para centrar nuestros esfuerzos en los que podemos denominar aspectos estructurales del empleo.

2. Perspectiva cualitativa del empleo

No podemos analizar con profundidad y con una visión estratégica el tema del empleo si no tenemos en cuenta dos hechos que están configu-

rando la economía y la sociedad actual: la globalización y el imparable y acelerado desarrollo tecnológico. El tema de la globalización y su influencia en la organización de la actividad económica y productiva lo abordamos en el capítulo II de este mismo Informe. En el desarrollo tecnológico, un factor diferencial respecto a lo que ocurría en otras épocas, además de su aceleración constante, es su aplicación cada vez más inmediata a los procesos y a los productos. Sus repercusiones en el empleo son enormes. Las nuevas tecnologías se caracterizan por «su carácter radical, polivalente y sesgado hacia el ahorro de mano de obra poco cualificada. Un conjunto de rasgos que, interpretados en clave económica, significan transformaciones sustantivas en los procesos de producción (en especial, por la intensificación de los requerimientos de mano de obra con nuevas habilidades y mayores niveles de formación), modificaciones en la composición de lo producido y cambios de importancia en la estructura interna de las empresas hacia sistemas organizativos y métodos de gestión más flexibles y participativos que fomenten la creatividad de los trabajadores»³⁷.

Uno de los resultados de este proceso es que la densidad de conocimientos presente en cada producto y en cada servicio –en cada empleo, por lo tanto–, ha aumentado de manera considerable en los últimos años y crecerá mucho más en los venideros. Lo más fácil es pensar que eso sólo es cierto para aquellos trabajos en los que hay un contacto directo con instrumentos informáticos o con máquinas que incorporan nuevos avances tecnológicos. Esta visión miope no llega a ser consciente de que las mejoras tecnológicas están presentes incluso en los instrumentos y procesos más aparentemente sencillos, de y en los cuales no se obtiene el rendimiento adecuado por un manifiesto déficit de comprensión y de capacidad de adaptación. Es verdad que muchas personas siguen haciendo exactamente lo mismo con un procesador de textos avanzado que lo que hacían con una máquina de escribir. Pero no es menos cierto que esas personas difícilmente puedan encontrar acomodo en otra empresa si pierden su puesto de trabajo.

En este contexto la formación adquiere un valor fundamental. Como podemos apreciar en la tabla 8, dejando a un lado los analfabetos, que constituyen un colectivo muy exiguo, el nivel de estudios aparece como un factor claramente discriminante en relación con las situaciones de actividad, empleo y paro. Los datos de 1997 confirman un crecimiento de la tasa de actividad y ocupación mayor entre las personas con estudios medios o superiores.

En palabras de Andreu Mas-Colell, «las innovaciones tecnológicas condenan a la obsolescencia a muchas capacitaciones profesionales. Si la formación de base es poco flexible (lo cual es inevitable si ésta es poca), el

³⁷ Martín, C., «El mercado de trabajo español en perspectiva europea: un panorama», *Papeles de Economía Española*, n. 72, 1997, p. 17.

Tabla 8 – Evolución de las tasas de actividad, ocupación y paro por nivel de estudios. 1993-1997

	1993	1994	1995	1996	1997
Tasa de actividad	49,10	48,82	49,14	49,78	49,99
Analfabetos	10,78	10,51	10,10	9,41	9,85
Sin estudios	24,95	23,11	22,39	22,11	20,59
Primarios	45,52	44,32	43,83	42,97	42,11
Medios	61,46	61,08	60,77	61,45	61,97
Superiores	74,72	75,32	75,61	76,07	76,88
Tasa de ocupación	37,37	37,15	37,95	38,94	39,84
Analfabetos	7,57	7,11	6,70	6,68	6,66
Sin estudios	19,04	17,49	17,08	17,05	15,60
Primarios	35,91	34,97	35,04	34,75	34,59
Medios	44,29	44,28	45,08	46,26	48,03
Superiores	62,54	62,56	62,76	63,81	65,03
Tasa de paro	23,90	23,91	22,77	21,78	20,32
Analfabetos	29,79	32,39	33,62	29,01	32,41
Sin estudios	23,67	24,31	23,71	22,90	24,25
Primarios	21,10	21,09	20,07	19,13	17,85
Medios	27,93	27,50	25,82	24,72	22,50
Superiores	16,30	16,95	16,99	16,11	15,41

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

efecto es que sectores importantes de trabajadores quedan marginados con cada revolución tecnológica»³⁸. En este ámbito los datos y las estrategias políticas no parecen invitar al optimismo. La comparación con otros países europeos en lo que denominamos «nivel cultural de la mano de obra» es muy significativa: en 1996, en la Unión Europea el 35% de los ocupados de 25 a 59 años tenía solamente estudios básicos y el 41% estudios secundarios; en España dichos porcentajes eran el 58% y 17%, respectivamente. En ocupados con estudios universitarios España superaba la media de la Unión Europea. Según los datos del Inem, el 35% –casi 900.000– de los demandantes de empleo afirmaron que su nivel de estudios se reducía a la escolarización, es decir, no estaban en posesión de ningún título académico, ni siquiera el de EGB o estudios de primaria. En consecuencia, una de las grandes debilidades del mercado laboral español es la escasa y poco cualificada formación básica de nuestra mano de obra.

Una educación básica de calidad es un factor primordial de adaptabilidad y éxito en la realización de un trabajo en mayor medida que otros ni-

³⁸ Mas-Colell, A., «Observaciones escépticas sobre el reparto del trabajo», *El País*, 13 de octubre de 1997.

veles más altos. En un estudio llevado a cabo por un grupo de destacados empresarios, sindicalistas, educadores y estudiosos norteamericanos, recogido por Javier Díaz Malledo en su libro *La educación y el mercado de trabajo*, se afirma que las destrezas necesarias para desarrollar la mayor parte de las tareas laborales son «la capacidad de leer, escribir, razonar y calcular correctamente; el entendimiento de la organización social y económica del país; un conocimiento de los principios básicos de las ciencias físicas y biológicas; experiencias de actividades cooperativas y de resolución de conflictos en el seno de grupos humanos, así como la posesión de actitudes y hábitos personales que contribuyen a modelar a un ciudadano en el que pueda confiarse y que sea responsable, adaptable e informado»³⁹.

Todo esto pone de manifiesto la necesidad de insistir en la potenciación y mejora de nuestro sistema educativo. El mayor esfuerzo se ha de realizar en la Educación Primaria y Secundaria, la cual debe comprender no sólo una serie de conocimiento básicos y específicos, sino también el «desarrollo de las capacidades genéricas, los saberes tácitos y los hábitos propios de una cultura de la libertad y la iniciativa individual, la aceptación del riesgo y la capacidad de trabajo en equipo»⁴⁰. No se trata sólo de aumentar los recursos para equipararnos a la media de los países de nuestro entorno, sino de desarrollar, perfeccionar y aplicar regularmente sistemas integrados de evaluación de los centros que permitan un seguimiento tanto de la calidad de la enseñanza como de la efectividad de las medidas adoptadas a partir de los resultados obtenidos en las sucesivas evaluaciones. En el capítulo VII del presente Informe se propone una metodología ya experimentada para poner en marcha un proceso integrado de evaluación de los centros. En este ámbito educativo, el Gobierno tiene una responsabilidad ineludible. Hay que demostrar con hechos que la educación no se considera un gasto sino una inversión y que es la base de una sociedad próspera, responsable y solidaria.

La mejora de la formación básica ha de ir acompañada de una mejora de la formación permanente, tanto para solventar en la medida de lo posible el déficit formativo de una gran parte de la población activa española de más edad como para hacer frente a la acelerada obsolescencia de las cualificaciones que conlleva el rápido desarrollo tecnológico. La formación no se acaba nunca; hemos de estar continuamente aprendiendo para poder responder a las exigencias laborales que se nos plantean. En este necesario proceso de formación permanente los protagonismos se desplazan y ya no son –o al menos no deberían ser– las Administraciones Públicas las únicas

³⁹ Díaz Malledo, J. *La educación y el mercado de trabajo*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid, 1997, p. 15-16.

⁴⁰ Pérez Díaz, V., *El largo plazo y el 'lado blando' de las políticas de empleo*, ASP Research Paper 11(a)/1995, p. 6.

ni principales encargadas de garantizar la oferta de este tipo de formación. El relevo han de tomarlo los empresarios y los propios trabajadores.

Tampoco en este ámbito los datos son especialmente positivos. Por lo que se refiere a las actitudes, los directivos de las grandes empresas españolas –según un estudio realizado por el IESE y Burson-Marsteller (cuadro 1)– consideran que la mejora de los recursos humanos es el segundo factor más difícil de conseguir para alcanzar el éxito empresarial, tan sólo por detrás de precios y costes competitivos. Sorprende que los recursos humanos no aparecen como uno de los factores clave del éxito empresarial.

A partir de estas opiniones quizá sea más fácil entender el déficit formador de la empresa española: sólo el 26% pone al día los conocimientos de sus empleados; en España se destina a este tipo de formación el 1% de la masa salarial (400.000 millones). Estos datos contrastan con los de los países europeos, donde el 57% de las empresas ofrece formación a sus empleados, porcentaje que se eleva al 80% en países como Dinamarca, Alemania o el Reino Unido; la media del coste salarial que se destina a este fin es el 1,6% y en países como Alemania o Francia supera el 2%. En Alemania el tiempo destinado a formación equivale al 9% de la jornada de trabajo de los ocupados, mientras que en España no llega al 1%. Parece que los empresarios de nuestro país no acaban de entender el gasto de formación de sus trabajadores como una inversión. Lo consideran un coste añadido que resta competitividad a sus productos al incidir directamente en el precio final de los mismos. Esta actitud refleja una pobre visión de futuro, ya que incrementa de manera considerable las dificultades para conseguir aumentos de productividad y para poner en marcha procesos de calidad total. Además, influye decisivamente en la desmotivación de los empleados, un elemento importante tanto para obtener mejores resultados económicos como para lograr la legitimación social de la empresa.

Además de este claro déficit de formación por parte de las empresas, resulta igualmente preocupante la evolución de la oferta que éstas hacen de puestos de trabajo altamente cualificados. Como podemos comprobar en la

Cuadro 1 – Opiniones de los directivos de las grandes empresas acerca de los factores de éxito empresarial

Factores clave del éxito empresarial	Factores más difíciles de conseguir
1. Precios y costes competitivos 2. Calidad de producto 3. Posicionamiento claro y diferenciado 4. Calidad de servicio 5. Buena imagen de marca	1. Precios y costes competitivos 2. Mejora de los recursos humanos 3. Posicionamiento claro y diferenciado 4. Calidad de producto 5. Calidad de servicio

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de IESE/Burson-Marsteller, *La gestión empresarial en los años 90. Resultados del sondeo 1997*, Madrid, 1997.

tabla 9, en el período 1987-1997 los puestos de trabajo que han experimentado un aumento mayor son aquellos que exigirían mano de obra de formación muy cualificada. Sin embargo, si nos fijamos en los datos correspondientes a 1997, el grupo que más aumenta en cifras absolutas es el de puestos de trabajo que exigirían expertos no necesariamente con estudios cualificados (211.400), muy por encima de los que exigirían mano de obra muy cualificada (82.500).

La importancia de este dato radica en que todos los estudios internacionales coinciden en afirmar que los productos con mayor contenido tecnológico y, en consecuencia, con mayores exigencias de personal cualificado, son –y lo serán aún más en el futuro– los que experimentarán un mayor crecimiento en su demanda. El déficit de productos de alta tecnología en nuestro país es grande. En este sentido, resulta significativo que las empresas españolas sigan invirtiendo tan poco en I+D –tres veces menos que las alemanas, francesas y británicas–, ámbito en el que están englobados muchos puestos de trabajo de alta cualificación.

Con frecuencia se piensa que esto sólo concierne a los sectores punta, en los que están encuadradas unas pocas y generalmente grandes empresas muy emblemáticas en campos como las telecomunicaciones, la construcción aeronáutica, los productos farmacéuticos, etc. Sin embargo, los modos de producción cada vez más descentralizados o disgregados suponen una difusión hacia las empresas subcontratadas –a veces PYMEs de no más de 20 trabajadores– de las exigencias de trabajo con útiles y tecnologías de alto nivel.

Tabla 9 – Evolución de los puestos de trabajo por nivel de cualificación. En miles. 1987-1997

	Exigirían mano de obra de formación muy cualificada	Exigirían expertos no necesariamente con estudios cualificados	No requieren mano de obra cualificada
1987	1.821,7	8.113,9	1.658,3
1988	1.772,8	8.327,7	1.819,1
1989	1.977,4	8.555,4	1.875,4
1990	2.071,6	8.650,9	1.897,3
1991	2.146,2	8.572,2	1.840,5
1992	2.065,8	8.305,8	1.774,3
1993	2.128,4	7.928,8	1.666,3
1994	2.133,7	7.950,1	1.686,3
1995	2.287,1	8.112,0	1.743,6
1996	2.451,4	8.299,8	1.792,4
1997	2.533,9	8.511,2	1.869,7
% de variación 87/97	39,1	4,9	12,7

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de INE, *Encuesta de Población Activa*, varios números.

A partir de los datos que acabamos de comentar cabe preguntarse si las empresas españolas están haciendo un esfuerzo suficiente de adaptación a las nuevas demandas y si están adoptando decisiones estratégicas destinadas a competir en los sectores con mayores perspectivas de crecimiento. El significativo aumento de las exportaciones españolas en los últimos años y el incremento de nuestra participación en el comercio mundial de productos de alta tecnología no deben ocultar la importancia de factores puramente coyunturales en el primer caso y la enorme diferencia que aún nos separa de los países más desarrollados en el segundo.

Las empresas españolas siguen presentando graves déficit organizativos en los ámbitos clave que aportan valor añadido a los productos y a los servicios. Uno de los efectos de la globalización es que los utillajes más modernos ya están al alcance de casi todas las empresas y, por tanto, se pueden conseguir buenos resultados en cualquier parte del mundo. En consecuencia, el elemento diferenciador básico va a ser el valor añadido que aportan el diseño, la tecnología, la marca, etc.; en una palabra, la innovación. En todos estos aspectos los factores fundamentales son el conocimiento y la creatividad. Se revaloriza así la importancia de los recursos humanos en la empresa. Por lo tanto, el futuro de las empresas y del empleo está en buena medida en relación con la inversión en formación.

2.1 Se necesitan nuevos hábitos y actitudes en los trabajadores, en los empresarios y en la sociedad

La mitad de los oficios que se ejercerán dentro de 10 años todavía no existen y bastantes de los actuales habrán desaparecido o se habrán transformado; las actividades que los definen y las capacitaciones y perfiles que dichas actividades exigen cambian continuamente. En este contexto cada vez tiene menos sentido prepararse para «ser» algo. La polivalencia y la flexibilidad emergen como cualidades imprescindibles en la perspectiva de una historia laboral caracterizada por el cambio. Se empieza a hablar por ello de un nuevo paradigma de transversalidad en la formación, para responder no sólo a esos cambios a lo largo de la vida laboral, sino a las demandas cada vez más multidisciplinarias de los nuevos empleos. La creciente capacidad de intermediación que se exige a los nuevos empleados supone tener un mínimo de conocimientos y experiencia en ámbitos muy diversos.

Las capacidades y las competencias constituyen el verdadero activo del trabajador. Éste no puede dejar que se queden obsoletas pensando que es responsabilidad del Estado o de las empresas proveer los medios para ir actualizándolas. La iniciativa personal en este ámbito es fundamental y necesaria. Hay que profesionalizar las propias capacidades, competencias y conocimientos y no actuar a remolque de situaciones laborales difíciles.

La creciente densidad de conocimientos, informaciones y actividades presentes en los productos y en los procesos explica en buena medida el éxito de las estrategias de producción desagregada, donde, lejos de debilitarse, se fortalecen las relaciones de cooperación y trabajo en común. Lo mismo ocurre con el trabajo de cada persona. La imagen del artesano que realiza o controla cada uno de los pasos en la fabricación de un producto es cada vez más residual. Va siendo progresivamente sustituida por el trabajo en continua interrelación de múltiples personas que buscan alcanzar un objetivo previamente definido. El resultado del trabajo en equipo es superior a la suma de los conocimientos y capacidades de los integrantes del grupo. Por ello aprender a trabajar en equipo, con lo que tiene por otro lado de recuperación de ciertos aspectos sociales del trabajo, es básico para el éxito laboral.

Estas actitudes son también necesarias entre los empresarios. Es a ellos a quienes corresponde, a partir de un análisis del contexto, plantear las líneas estratégicas o las opciones básicas que van a definir el modo de actuar de su empresa y seleccionar aquellos factores que consideran fundamentales para el éxito.

La flexibilidad para adaptarse a las demandas de una sociedad y de una economía en constante cambio es un aspecto definitorio del verdadero empresario. En castellano hemos desvirtuado el sentido de la palabra negocio. Así, no es raro oír que ser empresario es un auténtico negocio. Más allá del rendimiento económico, lo que refleja la expresión es la imagen de una persona que vive de las rentas sin demasiadas preocupaciones, más cercana en consecuencia a lo que podríamos denominar una clase ociosa. La realidad empresarial española durante muchos años justificaba en buena medida esta imagen. Afortunadamente, la situación está cambiando y la clase empresarial española responde cada vez más a la imagen original del negocio —*negotium*—, la de alguien que no se acomoda, que busca constantemente la mejora y el desarrollo de su empresa, atento para adaptarse a las necesidades y demandas del entorno. La extensión de esta verdadera actitud emprendedora provocaría no sólo un aumento de la riqueza económica de nuestro país, sino también de su riqueza social, tanto por el aumento del empleo que se produciría como por el valor de referencia que adquiriría dicha actitud.

El Gobierno español parece convencido de que las medidas de política fiscal y laboral son los factores determinantes de la evolución del empleo. Que los empresarios, gracias a los resultados de determinadas políticas económicas y fiscales, obtengan mayores beneficios y encuentren más facilidades para invertir y para contratar y despedir no significa que automáticamente éstos empiecen a crear empleo. Los empresarios no se lanzan a contratar porque tengan más o menos subvenciones o medidas fiscales de apoyo o porque se flexibilice más la regulación laboral. Por supuesto que

son factores que influyen o incentivan, pero no son la causa primera ni primordial de la decisión de contratar, de crear empleo. Esa decisión depende mucho más del proyecto empresarial, de la iniciativa. En este sentido, lo criticable no es que los empresarios no creen empleo, sino que no intenten ampliar sus mercados, que no inviertan en I+D, en formación, en innovación. Para Luis de Sebastián⁴¹, uno de los elementos diferenciadores del modelo norteamericano respecto al europeo en lo que a creación de empleo se refiere es la apuesta de las empresas norteamericanas por estrategias de expansión e innovación.

Muchas empresas carecen de capacidad y medios para desarrollar una adecuada estrategia formativa de sus trabajadores, para llevar a cabo actividades de I+D o para expandirse o acceder a otros mercados. La solución a estas carencias pasa por la puesta en marcha y el fortalecimiento de procesos de colaboración interempresarial. Los diferentes *clusters* organizados en el País Vasco y en la Comunidad Valenciana constituyen un buen ejemplo de sensibilidad empresarial hacia la necesidad de colaborar con otras empresas para mejorar y para crecer.

Pero la iniciativa, la innovación, el planteamiento no inmediatista de la actividad laboral o empresarial, la capacidad de trabajo en equipo, la aceptación de la propia responsabilidad, esto es, todas las actitudes que deben conformar una nueva cultura del trabajo y de la empresa que nos permita hacer frente a las demandas de la realidad en la que vivimos, no se improvisan de la noche a la mañana, no se alcanzan como resultado de la aplicación de políticas, medidas o decretos; no se consolidarán si la sociedad no las hace suyas. Para ello es necesario, por una parte, que cada vez más personas conozcan mejor la realidad en la que estamos insertos, lo cual requiere que, mediante la formación, se las provea de los instrumentos necesarios para captarla, y, por otra, que dichas actitudes se conviertan en valores sociales ampliamente compartidos.

No deberíamos caer en la tentación de contraponer o presentar como contradictorios e incompatibles los conceptos de sociedad emprendedora y sociedad solidaria. Una sociedad que no valora la cohesión social está condenada a su destrucción, pero también lo está aquella que no valora y apoya las actitudes creativas e innovadoras. Es el tema repetido del equilibrio entre libertad e igualdad o, en la reformulación de Anthony Giddens acerca del Estado de Bienestar, entre riesgo y seguridad: «La meta es un nuevo equilibrio entre el riesgo y la seguridad. Lo cual significa no la modernización sino la superación del Estado de Bienestar. La reconversión de un sistema de respuestas pasivas al riesgo en uno que inste a la gente a tomar de-

⁴¹ Sebastián, L. de, «¿Dos modelos que generan pobreza y marginación?», *El País*, 25 de septiembre de 1997.

cisiones activas de inversión en sus vidas. [...] Hay que dar a la gente los recursos tanto materiales como psicológicos para hacer frente a los riesgos»⁴². La extensión de estas actitudes también forma parte de lo que denominamos desarrollo social. Como siempre, lo difícil es concretar y hacer operativas en la realidad cotidiana de las personas esas ideas sin poner en peligro los logros alcanzados y, sobre todo, sin que los más débiles vuelvan a ser los más desfavorecidos. También aquí está presente la tentación de caer en un planteamiento de técnica social: la provisión de recursos no es suficiente para cambiar actitudes, ni siquiera aptitudes. El *statu quo* tampoco es la solución.

No debemos abandonar los principios sociales inspiradores del Estado de Bienestar pero sí preguntarnos cómo deben concretarse en un contexto actual que presenta una serie de rasgos nuevos. Parafraseando el título de la célebre obra de Francis Fukuyama, el Estado de Bienestar keynesiano no es el final de la Historia, como tampoco parece que lo vaya a ser su «interpretación» en clave neoliberal ahora dominante en muchos países. Seguiremos avanzando en la búsqueda de estados de equilibrio que sólo existirán en la mente de aquellos que los tipifiquen. Porque la sociedad siempre está cambiando.

III. PREFERENCIAS REFLEJADAS EN LA PROGRAMACIÓN TELEVISIVA

«Al preguntar una profesora norteamericana a un colega suyo si veía mucha televisión, éste respondía sincera y sorprendentemente: 'No la suficiente'. Aunque pueda chocar tal actitud ante la denostada programación televisiva, se debe tener en cuenta que para cualquier persona que pretenda reflexionar o intentar comprender los avatares de nuestro tiempo, la televisión debe tomarse como objeto central de estudio para el seguimiento de la cultura actual»⁴³. Por sus especiales características ha logrado en pocas décadas identificarse con algunos de los rasgos que más generalizadamente califican nuestra actual sociedad; dicho con mayor precisión, la sociedad hace de la televisión su reflejo:

— La televisión como entretenimiento es el capítulo principal en el uso de nuestro tiempo libre en la **sociedad del ocio**. Cada español estuvo ante la televisión 209 minutos diarios como media en 1997, según datos de So-

⁴² Palabras textuales de Anthony Giddens recogidas en el artículo «En el centro radical (¿dónde?)», *Cinco Días*, 5 de noviembre de 1997.

⁴³ Pérez Jiménez, J. C., *Imago Mundi. La cultura audiovisual*, Fundesco, 1996, p. 181.

fres. Tres horas y media de televisión cada día es un promedio alto y en aumento, pero similar al de los demás países europeos. El último informe FOESSA incorpora un estilo catódico de ocio para diferenciarlo como característico entre muchos jóvenes y personas de mayor edad⁴⁴.

— La imagen, componente esencial de la televisión, es un vehículo privilegiado de comunicación en nuestra **civilización de la imagen**. Su audiencia media en cada momento fue superior a los cinco millones de espectadores en 1996, sumando horas, programas y cadenas, y rebasa ampliamente la difusión de toda la prensa diaria (4.180.000 lectores). De cada tres telespectadores, dos oyen además la radio y sólo uno lee la prensa. Mediante la televisión nos hacemos la ilusión de presenciar desde la intimidad de nuestros hogares el gran espectáculo del mundo. En el proceso de socialización, junto con la familia, la escuela, el trabajo, los amigos está presente la televisión como canal de asimilación de estilos de vida. En el capítulo VI de este mismo Informe hemos analizado con detenimiento, a partir de una encuesta cuantitativa y cualitativa, esta dimensión de la televisión como instrumento importante de socialización y educación de niños y jóvenes.

— Esta aplastante preferencia social por la televisión respecto al resto de los medios de comunicación implica, además, que para muchas personas la imagen televisada sea también canal preferente de información, en una sociedad descrita como **sociedad del conocimiento**. Más allá del pequeño ámbito que abarca nuestra actividad cotidiana y del que tenemos experiencia directa, la noticia del mundo exterior nos llega a través de los medios de comunicación, y en especial de las imágenes que sirve la televisión. El uso personal de las redes que hacen del mundo una aldea global a través de viajes, cartas y conversaciones telefónicas es para la mayoría muy limitado. Nuestra mayor vinculación diaria a esas redes globales se establece a través de la pequeña pantalla. Incluso nuestra interpretación y globalización de ese pequeño ámbito del que tenemos experiencia directa depende en buena parte de esas imágenes.

Por todo ello es pertinente que en esta parte del Informe, dedicada a detectar cambios en nuestros estilos de vida y culturales nos preguntemos cómo y con qué nos entretenemos ante la televisión, y cómo modifica este hábito los procesos de percepción de la realidad y de conocimiento.

La innegable relevancia social que otorgamos a la televisión como producto de comunicación y consumo masivo hay que matizarla con una dosis de modestia. Aunque algunos profesionales del medio parezcan creerlo, no gobierna nuestras vidas ni nuestro tiempo. Sólo uno de cada tres españoles ha visto los programas con mayor audiencia puntual de cada año. Ese programa anual que más españoles ha convocado ante la pantalla ha sido

⁴⁴ Fundación FOESSA, *V Informe sociológico sobre la situación social en España*, Madrid, 1994, p. 2.037.

de 1993 a 1997 un partido de fútbol, a excepción de 1995. En ese año el interés que batió las marcas de audiencia se concentró en el episodio culminante de *Farmacía de guardia*, emitido el Día de los Inocentes, con una audiencia media del 31%. Pero dicho de otra manera: no interesó a dos de cada tres posibles espectadores.

Aun resituada así en sus justos términos, la oferta de televisión es socialmente relevante. Refleja en su conjunto la interpretación que de la sociedad española hacen en su trabajo diario los hombres y mujeres que elaboran y programan los contenidos televisivos. Como cualquier otra actividad económica cuyos ingresos dependen de la aceptación del público, las televisiones dedican especial atención a conocer a sus espectadores. Los ingresos de la cadena están en función de la audiencia lograda por cada programa. La composición social, nuestras actitudes y tendencias se someten a un análisis riguroso y permanentemente actualizado. Antes de incluir un programa en la parrilla, se le aplica previamente todo el refinado instrumental de la investigación de mercado para verificar su previsible aceptación por los segmentos concretos de público a que va dirigido. Los programas de producción propia se modifican en sus contenidos, horarios y personajes según la reacción de la audiencia, analizada minuto a minuto. Pocas actividades económicas tienen un conocimiento tan pormenorizado, continuo y rápido de las preferencias de sus clientes. Por eso puede resultar interesante analizar la oferta fruto de ese conocimiento y los matices que pone de relieve en aspectos importantes de nuestra convivencia, como son las formas mayoritarias de entretenimiento e información.

1. Consumimos mucha televisión

Comparando algunas variables sociodemográficas de los espectadores de televisión con la población española en su conjunto, se aprecian algunas diferencias significativas (tabla 10). La primera es que, contra el tópico de que los pequeños «se pasan el día pegados a la tele», resulta que los niños de 10 a 15 años, por ejemplo, son el 8% de la población y suman sólo el 6,3% de la audiencia media. En todos los grupos de edad hasta los 44 años se repite esta divergencia negativa; el resultado se invierte a partir de los 45 años y desde los 65 años la diferencia de casi siete puntos es significativa. Son los mayores quienes ven, como media, más televisión, algo previsible por el mayor tiempo disponible.

Aunque sin una proyección del todo concluyente, el entorno social del individuo y sus posibilidades de comunicación parecen tener cierta relación con el consumo de televisión. El mayor consumo aparece ligado a factores que denotan un déficit de comunicación y mayor soledad. De alguna manera cumple un papel de comunicación vicaria. Una diferencia signifi-

Tabla 10 – Perfil de la audiencia de televisión. En porcentaje. 1996

	Distribución de la población	Distribución de la audiencia	Diferencia en el % entre la audiencia y la población
Edad			
De 4 a 9 años	6,5	4,6	-1,9
De 10 a 12 años	3,7	2,9	-0,8
De 13 a 15 años	4,3	3,4	-0,9
De 16 a 19 años	6,7	5,2	-1,5
De 20 a 24 años	8,7	6,6	-2,1
De 25 a 29 años	8,5	7,0	-1,5
De 30 a 34 años	8,2	7,4	-0,8
De 35 a 44 años	14,2	13,8	-0,4
De 45 a 54 años	12,1	12,6	0,5
De 55 a 64 años	10,9	13,6	2,7
De 65 años y más	16,2	22,9	6,7
Rol familiar			
Amas de casa	31,1	37,9	6,8
Cabeza de familia	25,9	26,9	1,0
Otros individuos	43,0	35,2	-7,8
Sexo			
Hombres	49,0	45,7	-3,3
Mujeres	51,0	54,3	3,3
Clase social			
Alta y media-alta	20,0	16,8	-3,2
Media	42,2	41,3	-0,9
Media-baja y baja	37,8	41,9	4,1
Hábitat			
Menos de 10.000 habitantes	24,9	24,7	-0,2
De 10.000 a menos de 50.000 habitantes	22,5	23,0	0,5
De 50.000 a menos de 200.000 habitantes	22,3	23,0	0,7
De 200.000 a menos de 500.000 habitantes	10,4	9,9	-0,5
De 500.000 y más habitantes	19,9	19,4	-0,5
Tamaño del hogar			
De 1 o 2 personas	17,6	23,0	5,4
De 3 o 4 personas	46,9	45,0	-1,9
De 5 o más personas	35,5	13,4	-22,1

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Sofres A.M., *Anuario de Audiencias de Televisión 1996*, Madrid, 1997.

cativa, que confirmaría esta interpretación, es que quienes viven en hogares pequeños, de una o dos personas, consumen más televisión que los que tienen una familia numerosa. Aquéllos representan el 17,6% de la pobla-

ción, pero son el 23% de la audiencia media; luego veremos que, en tiempo, significa una hora y media más diaria de televisión.

Las mujeres, por término medio, ven más televisión que los hombres. Tienen a su favor una diferencia demográfica de dos puntos, pero en el porcentaje de audiencia se adelantan casi nueve puntos. El consumo de las amas de casa, por su mayor presencia en el hogar, explica parte de esa diferencia, como en el caso de las personas mayores. Lo cual no se puede interpretar como mayor interés. Puesto que el televisor representa una «ventana» más al mundo exterior, como las demás de la casa no tiene por qué estar cerrada mientras nos ocupamos en otras cosas. Muchas veces no se ve la televisión, se atiende con una atención difusa, no intensiva. El predominio de la palabra o la tertulia en muchos programas facilita esta simultaneidad con otras tareas.

Tabla 11 – Evolución de los hábitos de consumo de televisión. Consumo medio diario en minutos. 1993-1996

	1993	1994	1995	1996
Total	204	210	211	214
Sexo (mayores de 16 años)				
Hombres	197	206	205	207
Mujeres	223	232	232	238
Edad				
De 4 a 12 años	168	160	160	159
De 13 a 24 años	157	164	161	166
De 25 a 44 años	181	190	192	195
De 45 a 64 años	243	247	242	244
De 65 y más años	294	300	297	302
Clase social				
Alta y media-alta	168	176	179	180
Media	205	206	209	210
Media-baja y baja	220	233	229	238
Tamaño del hogar				
De 1 o 2 personas	279	278	275	280
De 3 o 4 personas	205	202	203	206
De 5 o más personas	177	184	189	193
Hábitat				
Menos de 50.000 habitantes	202	211	212	215
De 50.000 a 500.000 habitantes	203	211	210	216
Más de 500.000 habitantes	212	206	209	209

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Fundesco, *Comunicación social 1996/ Tendencias. Poder, democracia y medios de comunicación*, Madrid, 1996; y Sofres A.M., *Anuario de Audiencias de Televisión 1996*, Madrid, 1997.

De la misma manera que vemos casi una hora menos de televisión como media en los meses típicos de vacaciones, julio y agosto, porque aunque aumenta nuestro tiempo disponible, diversificamos más nuestro ocio, con el nivel de vida también aumentan y se diversifican las alternativas cotidianas de entretenimiento y desciende el consumo de televisión. Midiendo el consumo en media anual de minutos diarios ante el televisor (tabla 11), las clases más bajas suman una hora más diaria y queda más patente la diferencia por edades: los más mayores ven cinco horas de televisión frente a las dos y media de los adolescentes.

Hay diferencias persistentes en el tiempo entre las comunidades autónomas. Media hora menos diaria en el País Vasco y Galicia que en Cataluña, según Sofres. No parece que dependa de la mayor oferta de canales; habrá que atribuirlo a variables en los estilos de vida.

2. Imagen deformada y deformante de la sociedad

2.1 *Un espectáculo de sobresaltos*

Desde que la fotografía y el cine hicieron posible un acercamiento visual a lo narrado o acontecido, conocer es ver, sobre todo entre los más jóvenes. La imagen acompaña a la prensa, al libro de texto, a la conferencia técnica como algo debido. Pero este modo de conocimiento a través de la imagen tiene sus efectos específicos en nuestra percepción de la realidad. La imagen tiene un referente de presentación o re-presentación inmediata del objeto visto que lo convierte directamente en espectáculo. Vemos sólo aquello que se deja ver. De cada realidad se presenta al espectador una imagen escogida entre muchas como re-presentativa. En este sentido se dice ahora que cultivamos la imagen, precisamente porque la supuesta opacidad de los procesos subyacentes hace más importante y decisiva la posibilidad de hacerlos concentradamente visibles, transformarlos en acontecimiento y a ser posible visitable. Ya se trate de propuestas culturales, deportivas o formativas, nos llegan mejor y les damos mayor audiencia si vienen revestidas de esa categoría de espectáculo. Visitamos más las exposiciones de arte, montadas y anunciadas como tal espectáculo puntual, que las colecciones permanentes de nuestros museos. El deporte también tiene para la mayoría más connotaciones de espectáculo que de actividad deportiva propia. En el mundo de las carreras de coches es común referirse al «circo» de la fórmula 1. Para ser oídos, científicos, profesores o políticos han de concentrar su aportación en algún mensaje espectacular que capte nuestra atención. También en este aspecto la televisión es un buen referente de esa actitud social. Su programación está primariamente montada como un espectáculo para entretener. Incluso cuando nos ofrece explí-

citamente información buscamos en ella primariamente que nos entretenga, que lo veamos.

Dado nuestro interés en analizar lo que esta forma concreta de entretenimiento desvela sobre posibles cambios de actitudes y estilos de vida, merece unos momentos de reflexión el nuevo ritmo, vertiginoso y fragmentario, con que el medio audiovisual por excelencia monta su espectáculo de la realidad. El montaje del director Richard Lester en su película *¡Qué noche la de aquel día!* presentaba a Los Beatles con un ritmo que en aquellos años sesenta muchos espectadores rechazaron como ininteligible y frenético, pero que más tarde se ha convertido en el lenguaje común de los vídeos musicales, y para muchos se ha impuesto como rasgo cultural distintivo de nuestro momento.

Para los menos jóvenes este proceso tiene mucho de desconcertante y dificultoso. Echan de menos la pausada secuencia, más emocional o racional según el carácter individual, con que se podían procesar los acontecimientos que las imágenes presentaban; acontecía mucho menos. Los más jóvenes se están formando en un constante martilleo de miríadas de «acontecimientos» visuales que han de procesar e integrar de otra manera, aprovechando precisamente su fragmentariedad. En la radio y en la televisión preferimos aquellos programas que reflejan y se apoyan en este ritmo rápido y fragmentario, contrapuesto a otras formas menos visuales de entretenimiento. La lectura de un libro, una visita, una charla, incluso una obra de teatro se miden en horas o medias horas. La televisión mide en minutos y segundos. Cinco minutos de entrevista con un científico, dos de humor, tres para una canción, seis para llamadas telefónicas... Todo se yuxtapone a todo en el mismo plano. El espectador puede entrar o salir en cada momento sin perderse nada, porque nada queda pendiente. La habilidad del espectáculo está en impedir que se vaya prometiéndolo el «aún más difícil e interesante» a continuación. Las series ofrecen en menos de una hora un episodio completo. Mañana más con los mismos personajes, pero, a diferencia de las antiguas jornadas cinematográficas, nada queda pendiente. Lo que vemos en muchos programas es un rosario de pequeñas unidades independientes que se apoyan directamente en su capacidad para despertar nuestra curiosidad o nuestras emociones y satisfacerlas visualmente. Las series también incorporan una madeja de tramas diferentes. La habilidad está en engarzarlas atractivamente. El proceso de integración es cedido al espectador. A juzgar por los éxitos de audiencia y el parecer de los expertos, que por eso nos la ofrecen, esta forma diferente de percibir la realidad como espectáculo fragmentario y vertiginoso nos resulta atractiva y cómoda. Refleja cambios en nuestras actitudes.

Procesamos de un modo diferente, mental y emotivamente, saberes y experiencias, sentimientos e ideas, memorias e imágenes. Diferentes a los procesos mentales que se presuponen, por ejemplo, en un hipotético lector

cuando éste inicia la lectura de una novela, un ensayo, incluso una película. En este caso el autor nos invita a penetrar más allá del espectáculo, de la piel visible de lo que acontece y a reconstruir con él, de forma secuencial, un proceso emotivo o mental o una biografía. En cualquier momento de la obra puede referirse implícitamente el discurso o la experiencia actual a lo ya expuesto antes. Cada secuencia sólo cobra sentido engarzada en el conjunto. El ritmo habitual del espectáculo es diametralmente opuesto. Como los números circenses, cada imagen ha de imponerse por su propia fuerza visual o emotiva y al tiempo sobreponerse a la anterior relegándola al pasado.

Por la intensidad con que en cada momento se nos impone el fragmento de realidad que contemplamos, cada fracción del espectáculo, podría decirse que vivimos en **una sociedad sobresaltada**. Avanzamos, espasmódicamente, entre grandes entusiasmos y profundos desintereses, al ritmo de los titulares mediáticos, de la parcela de la escena nacional iluminada en cada momento. Por debajo siguen su curso los grandes procesos productivos, políticos y sociales, el trabajo común que sostiene realmente nuestro desarrollo social. Pero la superficie, la atención inmediata, se queda prendida en lo episódico de la actualidad con un apasionamiento menos frecuente entre nuestros vecinos europeos. Los mecanismos públicos de control y las burocracias administrativas, las presiones sociales e incluso la legislación tienden a someterse a esos ciclos de intensidad intermitente. Sorprende la vehemencia y rapidez de la reacción social ante los acontecimientos que consiguen acaparar ese foco de la atención pública; y también la rapidez con que son desplazados de ese puesto por sus sucesores. Apartados de las candilejas por el acontecimiento siguiente, pronto los procesos puestos en marcha pierden impulso y pasan a discurrir a paso más mesurado por la penumbra de los entretelones.

2.2 *La anécdota se hace protagonista*

Los autores que han tratado de describir una supuesta «manera de ser» de los españoles coinciden en la importancia que tiene entre nosotros saber sobre las vidas ajenas. Y el gozo de compartir posteriormente ese saber. En ese espejo de nuestra realidad social, tan deformante unas veces y tan fiel otras, que es el espectáculo llevamos camino de institucionalizar el cotilleo. Exportamos a Europa desde hace tiempo revistas muy difundidas de este género. La televisión ha adaptado el formato y está satisfecha de la audiencia de esos programas; los multiplica.

Sin arriesgar valoraciones éticas o estéticas, merece la pena detenernos en la mentalidad pública que este interés por la anécdota privada supone. Un profesional se labra su prestigio en el ejercicio de su profesión. Son sus logros profesionales los que merecen atención, y en algunos casos le aca-

ban convirtiendo en personaje público. Para los aficionados al deporte, a la música o al cine, lo primariamente relevante es la calidad que esos profesionales aportan en su trabajo. Esa calidad es la que en principio les ha distinguido de otros competidores. Lo que se juzga, comenta y analiza con otros aficionados es su trabajo.

El interés por la anécdota privada indica un cambio de foco: de interesarnos por la obra de las personas pasamos a centrarnos en las biografías o las peripecias de sus autores. Llevada a su extremo, esta manera de ver nos hace olvidar en buena medida la obra que hace famoso o popular al personaje. Popular, notable, famoso dejan de ser adjetivos calificativos de una obra sustantiva: notable político, famoso arquitecto, popular futbolista, y se independizan. «Asistieron muchos notables y famosos», dice el cronista.

Este desplazamiento de interés en la opinión pública se aprovecha y refleja en el medio televisivo en muchas ocasiones. Al parecer nos satisface que programas deportivos, sobre cine o musicales no analicen ya partidos, películas o conciertos, sino fichajes, declaraciones, alianzas y desencuentros, amores y matrimonios de los protagonistas. Quizá no tenga trascendencia si se reduce al mundo del espectáculo. Se trata de entretener y puede que así se informen y entretengan muchos. Sí tiene, en cambio, graves consecuencias cuando esta actitud de «crónica del corazón» se traslada a la política, la economía o la ciencia. También aquí hablamos más de personas que de enfoques o alternativas profesionales. Al personalizar el debate público, lo banalizamos; nos estamos privando de la posibilidad de hacernos cargo de lo que está en juego y de conocer cuáles son las alternativas reales. Aquellos que han de tomar las decisiones quedan aislados en el pequeño círculo de los iniciados y pierden comunicación con el resto del cuerpo social, al que consideran incapacitado para aportar nada de provecho. La participación democrática, los espacios de información pública trabajosamente incorporados a las formas de gobierno degeneran en vacíos trámites burocráticos, cuando no en fastidiosas, pero necesarias, tapaderas de los intereses ocultos. La participación supone un esfuerzo que la distingue de la mera presencia.

2.3 Mil formas de presencia y participación débil

Para responder a la pregunta ¿cómo son nuestros hábitos de participación?, podemos también encontrar datos en su reflejo televisivo. Interactividad es el concepto de moda en los medios de comunicación para traducir participación. Interactividad no es el simple logro informático de abolir distancias y hacer posible «navegar» y establecer contactos en Internet, o instrumentar canales de respuesta del usuario a los proveedores de un servicio. De una u otra forma, epistolar y más tarde telefónica, siempre nos hemos hecho presentes a otras personas alejadas de nuestro espacio fí-

sico. Quizá el matiz de novedad esté en la facilidad con que asumimos como un derecho obvio la capacidad de participación y en la forma masiva con que hacemos uso de –o reclamamos, al menos– la posibilidad de participar personalmente. Nos sentimos agradablemente aludidos cuando esa participación se hace explícita. Por eso, aun los formatos televisivos más alejados del teatro adoptan ese aire de espectáculo compartido y buscan la complicidad expresa de su público. Tertulias o programas de música clásica suben a un escenario ante un friso de público invitado, silencioso las más de las veces, pero representante modesto y memoria permanente del espectador que asiste tras la pantalla. Las risas añadidas a aquellas comedias de situación que no se ruedan «con público» –en algunas el público participa ya en el mismo rodaje– son en cada episodio una referencia, últimamente surrealista, a esta presencia virtual del público incorporada ya en el plató, en el momento en que los actores representan –sin él– lo que le ofrecerán más tarde. En ambos casos la historia narrada en imágenes se re-convierte así en teatro y con un actor añadido: el público. Como un coro griego, el regidor de estudio va marcando cuándo y cómo ha de expresarse. A los que todavía no han participado los presentadores y anunciantes les ofrecen un número de teléfono para comprar, opinar o responder en directo. Aunque la pregunta –y las repuestas– carezcan de relevancia. El caso es participar. En ello consiste el espectáculo.

Se refleja aquí un nuevo modo de participar con una presencia débil –importando el adjetivo usado para definir algún pensamiento actual–. Lo que en castellano se expresa como «hacer acto de presencia». La participación en sentido fuerte implica actividad compartida, aprendizaje, consensos subyacentes, articulación de matices y aportaciones para la finalidad pretendida; es decir, esfuerzo. En el sentido débil en que se suele aducir, el derecho de participación se resuelve en mera presencia, tomada también en su sentido más débil de «presenciar» o «presentarse». Cada quien presenta lo que tiene y oye lo que los demás presentan. Pero a nada se obliga explícitamente; ni a escuchar ni mucho menos a confrontarse. Que cada uno procese la información a su gusto. Dialogamos y nos respetamos sin el esfuerzo de encontrarnos. Damos por sentado que ese respeto supone un debate público que a nadie cambia porque a nadie implica seriamente.

En Informes de años anteriores hemos apuntado ya fenómenos emergentes de una participación social muy distinta a la que ahora comentamos, como el voluntariado⁴⁵. Esta participación débil es muy visible en nuestras formas de entretenimiento, pero, como todo fenómeno tiene su cara y su cruz, se integra a su modo en una tendencia más global que deja espacio a voces hasta ahora silentes. Las decisiones con repercusión en la

⁴⁵ Fundación Encuentro. CECS, *España 1995*, p. 491-544.

vida cotidiana raramente pueden desentenderse del debate suscitado entre los colectivos afectados. Con demasiada frecuencia esa confrontación tiene aún lugar *a posteriori*, cuando salen a la luz las consecuencias efectivas de aquella decisión. Aun así, cada vez son más los debates previos a la decisión, al menos tolerados por quienes han de tomarla, preocupados por el gasto, retraso o desgaste que podría implicar tener que corregirla luego⁴⁶.

3. Modas y modos en los programas

En la vida cotidiana usamos la televisión con muy diferentes finalidades, más o menos conscientes. La actitud genérica de entretenimiento incluye deseos de ocio, información y comunicación, en proporción diferente según el significado y la representación que se le asigne. En sus inicios, la televisión se revistió de una cierta representación institucional socializadora. Además de ese primordial deseo de entretenimiento, según la consideración que le otorguemos, puede significar compañía, colaboradora doméstica, fuente de consumo, ventana al mundo, herramienta de uso, etc.. A través de una encuesta cualitativa, Javier Callejo apunta una cierta correlación entre estas representaciones y el *status* social, el trabajo o el género de cada uno, que resume así: «Las amas de casa tienden a representar la televisión como una institución, a veces aliada, pero sobre cuyas acciones hay que mantener vigilancia. [...] Las mujeres con ocupación extradoméstica construyen una imagen de la televisión como fiel aliada en el trabajo de mantener a los hijos en un solo lugar del espacio doméstico. [...] Coinciden en darle un sentido pragmático dirigido hacia su relación con los hijos. [...] Contrastan con la 'natural' representación que tienen los jóvenes: fuente de consumo entre otras fuentes, instrumento para logro de una satisfacción. [...] Para los varones, con evidentes diferencias según la clase social, [...] se convierte en una 'ventana al mundo'»⁴⁷.

Esta «ventana» extra del cuarto de estar puede estar abierta sin que nadie le preste atención directa, en un uso extensivo como compañía accesoria de fondo, un elemento más del hogar. Incluso cerrada, somos conscientes de poder reabrirla en cualquier momento. Como la radio, emite ya las 24 horas del día.

Pero, desde el punto de vista del análisis social, no tiene evidentemente la misma relevancia lo que ven 150.000 espectadores de madrugada que lo que siguen hasta 20 millones en la franja de máxima audiencia. Para analizar nuestras preferencias de entretenimiento a partir de los contenidos

⁴⁶ Véase la participación en los ayuntamientos en el capítulo VIII de este Informe.

⁴⁷ Callejo Gallego, J., *La audiencia activa*, CIS, 1995, p. 128.

que la televisión ofrece, hemos de relacionar el tiempo que ocupa cada género en la programación (tabla 12), con el consumo real que de esa oferta se hace. Si la oferta define las opciones propias de cada cadena, el consumo, la aceptación que cada género obtiene, nos define, en cambio, más directamente a los espectadores.

La distribución por géneros de lo emitido en los últimos años nos dice, en primer lugar, que la proporción global de la oferta es relativamente estable. Las proporciones concretas variarán mucho según el perfil y la audiencia específica pretendidos por cada cadena. Cada una ha madurado su oferta en años de experiencia y hay demasiado dinero en juego para experimentos radicales. Quizá estos porcentajes medios resulten un tanto sorprendentes, comparados con la memoria subjetiva. Cada uno de nosotros selecciona y generaliza su propio perfil de consumo, que no coincide con el de la oferta global. En ella dominan los programas de ficción: el cine ocupa una cuarta parte de las casi 100.000 horas anuales de emisión a nuestra disposición (de 6.000 a 8.000 por cadena). Las series añaden otro 14%. Siguen a gran distancia los programas informativos y los llamados de divulgación o culturales. Los deportes ocupan menos del 10%, más o menos lo mismo que la publicidad.

Veamos la respuesta del espectador. La mayoría enciende el televisor a mediodía y por la noche. El que se llama *prime time* o tiempo privilegiado abarca en España de las 8 a las 12 de la noche. A las 11 llegan a ser 12 millones de personas, el 40% de la audiencia potencial. Las cadenas compiten especialmente en ese tiempo por nuestra atención. No toda la programación diaria es, pues, igualmente significativa de lo que de hecho elegimos como entretenimiento. Desglosada por géneros en cada cadena, la relación entre oferta y audiencia se recoge en la tabla 13. El cine y las series, los pro-

Tabla 12 – Evolución de la oferta televisiva por géneros. En porcentaje. 1994-1996

	1994	1995	1996
Cine	26,7	24,6	25,2
Divulgativos	11,2	15,2	13,4
Series	14,3	13,5	14,0
Informativos	11,0	12,8	12,5
Infantil/juvenil	11,5	11,5	11,2
Deportivos	9,3	8,3	8,7
Miscelánea	8,3	4,8	6,3
Concursos	3,5	3,6	3,4
Otros	4,2	5,7	5,3

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Fundesco, *Comunicación social 1996/Tendencias. Poder, democracia y medios de comunicación*, Madrid, 1996; y Sofres A.M., *Anuario de Audiencias de Televisión 1996*, Madrid, 1997.

Tabla 13 – Oferta y consumo televisivos por géneros de programa. En porcentaje de tiempo y de audiencias de cada cadena. 1996

	Ficción		Información		Deportes		Culturales		Miscelánea		Concursos		Musicales	
	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo
TVE														
TVE1	44,6	39,8	15,2	19,9	4,1	7,8	7,3	7,9	17,5	9,4	6,8	8,0	0,8	0,8
La 2	25,9	25,7	13,6	6,3	16,1	25,7	25,3	24,6	9,3	9,0	2,5	4,3	3,7	1,9
Televisión privadas														
Tele 5	58,3	51,9	14,8	14,4	0,7	0,3	0,4	0,2	11,8	18,4	6,6	8,5	0,3	0,2
Antena 3	53,2	53,1	12,8	14,2	2,0	3,8	0,4	0,3	17,9	13,8	2,9	6,6	0,7	1,0
Canal Plus	55,4	41,0	6,0	7,6	19,8	32,8	6,7	3,1	6,1	8,9	0,0	0,0	4,7	4,8
Televisión autonómicas														
Canal Sur	36,4	31,3	19,3	18,9	6,6	14,4	4,5	3,0	17,6	15,7	1,7	1,4	4,3	2,7
TV3	44,6	34,9	16,4	25,4	4,6	13,7	6,6	5,9	19,4	13,3	3,6	4,5	1,4	0,1
Canal 33	18,7	33,1	3,1	3,1	14,2	22,6	18,4	13,7	22,0	21,7	0,1	0,2	22,9	5,5
ETB1	30,8	20,8	11,6	9,2	20,0	48,0	12,7	4,8	12,1	11,1	1,8	0,9	8,5	3,0
ETB2	45,2	38,5	15,2	22,5	3,0	3,8	14,9	12,9	6,1	6,3	5,7	7,1	1,1	0,6
TVG	26,1	20,8	20,3	26,1	9,6	17,0	9,8	5,0	23,7	13,8	3,1	4,4	5,8	12,7
TVM	37,9	38,4	22,4	27,4	5,7	14,9	20,0	1,3	3,9	4,3	2,1	0,8	0,3	0,5
Canal 9	40,5	39,8	12,3	19,8	5,7	12,8	6,7	3,0	21,4	9,5	5,1	6,2	4,3	5,0

Sigue Tabla 13 – Oferta y consumo televisivos por géneros de programa. En porcentaje de tiempo y de audiencias de cada cadena. 1996

	Infoshow		Religiosos		Toros		Programas de ventas		Otros	
	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo	Oferta	Consumo
TVE										
TVE1	2,6	5,3	0,1	0,0	1,0	1,1	0,0	0,0	0,0	0,0
La 2	1,6	0,5	1,6	1,5	0,2	0,4	0,0	0,0	0,1	0,0
Televisiones privadas										
Tele 5	2,9	5,5	0,0	0,0	0,4	0,5	3,8	0,2	0,0	0,0
Antena 3	2,8	6,6	0,0	0,0	0,3	0,5	6,9	0,2	0,0	0,0
Canal Plus	0,0	0,0	0,0	0,0	1,2	1,7	0,0	0,0	0,0	0,0
Televisiones autonómicas										
Canal Sur	5,9	8,6	1,1	0,9	1,5	2,4	0,9	0,7	0,1	0,1
TV3	3,0	2,1	0,3	0,0	0,0	0,0	0,1	0,0	0,0	0,0
Canal 33	0,4	0,2	0,1	0,0	0,0	0,0	0,2	0,0	0,0	0,0
ETB1	1,3	1,3	1,3	0,8	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
ETB2	8,6	8,3	0,1	0,0	0,0	0,0	0,1	0,1	0,0	0,0
TVG	0,3	0,1	1,3	0,2	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
TVM	6,3	10,7	0,0	0,0	0,6	1,1	0,0	0,0	0,8	0,5
Canal 9	1,8	1,9	0,2	0,1	1,4	1,8	0,6	0,0	0,0	0,1

Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de Sofres A.M., *Anuario de Audiencias de Televisión 1996*, Madrid, 1997.

gramas de ficción, ocupan hasta el 60% de la programación y gozan de una audiencia muy sólida, pero equivalente en porcentaje al tiempo de emisión. Vemos mucho cine y muchas series a lo largo del año. Los deportes, y el fútbol en especial, ocupan menos minutos en la oferta, es decir, se emiten menos partidos que series o películas. Pero, en cambio, cuando se emiten concitan una atención muy intensa y rentable. El tirón del fútbol hace que el porcentaje de espectadores duplique el de minutos de emisión. Entre las preferencias o consumos más habituales están los programas informativos, que también ganan en audiencia respecto a su tiempo de emisión. Muchas personas los tienen como fuente casi exclusiva de información. Una información condicionada –como todo en televisión– por su primordial valor de espectáculo. Ante todo ha de entretenernos, mantener nuestra curiosidad, pasearnos por el mundo mediante la imagen... Su valor informativo es, en ese sentido, secundario y, como veremos, muy peculiar.

3.1 Identificación con nuestras situaciones más domésticas

Así pues, con esa simplificación de las medias estadísticas, resulta que lo que más nos entretiene como colectivo social es el fútbol y los programas de ficción, sobre todo las series. El fútbol, con 25 partidos, y 22 episodios de la serie *Médico de familia* copan prácticamente las 50 emisiones más vistas en la temporada septiembre 1996-junio 1997, que se completan con dos programas de humor –*Dos Morancos para hoy* y *Emisión imposible*– y una película –*Pretty Woman*–, según datos del Gabinete de Estudios de la Comunicación Audiovisual (GECA). Demostramos menos interés que antes por el cine televisado, en su mayoría americano, y mucho más, en cambio, por las comedias de situación y demás series españolas, tanto que su audiencia compite seriamente con los aficionados al fútbol. La lista de programas más vistos pone de relieve el éxito de las series españolas de ficción en la estela abierta por *Farmacia de Guardia*.

En la segunda quincena de abril de 1997, por ejemplo, en ese tiempo privilegiado de la noche era muy claro el interés por las series domésticas en las cadenas generalistas de cobertura estatal: además de una serie corta diaria, *El súper*, se nos ofrecía el lunes *Querido maestro* y el martes *Médico de familia*. El jueves competían hasta cuatro series, dos españolas y dos americanas: *Hostal Royal Manzanares*, *Menudo es mi padre*, *Expediente X* y *Mr Bean*, y el domingo incluía otras dos opciones: *Makinavaja* y *La casa de los líos*. En el fin de semana se repite además *Médico de familia* o *Expediente X*.

Seis meses después, en la primera quincena de noviembre, el interés del telespectador se mantiene. Tiene casi a diario –cinco noches a la semana– la posibilidad de seguir una serie doméstica; sólo ha desaparecido *Makinavaja* y se han sumado tres más: *Todos los hombres sois iguales*, *Kety no para*

y *Más que amigos*, y se repone la serie documental *Un país en la mochila*. En la sobremesa, *Al salir de clase*, otra serie propia, compite con la telenovela latinoamericana. Avala esta tendencia preferente hacia las narraciones más cercanas el paralelo desinterés por las series extranjeras. Los seguidores de personajes que entretenían a muchos en este tiempo preferente de ambas sobremesas, como *Los Simpson* o *Los vigilantes de la playa*, tienen ahora que ir a buscarlos en las *horas valle* de media tarde, porque son menos.

Todo indica que esas preferencias generales se van a mantener en 1998. El presupuesto previsto por las televisiones para programas propios de ficción alcanza los 20.000 millones de pesetas, claramente superior al de la industria del cine en 1997: 18.000 millones. Se estrenan nuevas producciones: *A las once en casa*, *Periodistas*, *Señor alcalde*, *Manos a la obra...* y se preparan más⁴⁸. Así pues, quienes arriesgan en ello mucho dinero apuestan por la solidez de esta fórmula para entretenernos. ¿Por qué? ¿Hay algo más que simple capricho de la fortuna o la moda?

El entretenimiento es parte muy importante de los momentos de ocio y la oferta televisiva es entretenimiento. Ha de ganar en cada momento a un espectador que nunca se puede presuponer fiel por mucho tiempo. Con el mando en la mano busca unas veces la evasión a ambientes desconocidos o sorprendentes, otras el aparentemente simple espectáculo de luz, color y música, o la narración de historias ambientadas en un marco más conocido y cotidiano sobre cuyos personajes vuelque sus propios procesos de identificación. Las distintas fórmulas y formatos de programa tratan de dar satisfacción a esa variedad de demandas. Siempre se programará de todo. Pero es cierto que los formatos se suceden en ciertas oleadas. Si hace unos años la estrella eran los seriales latinoamericanos, luego lo fueron los concursos, más tarde los *reality shows*, las tertulias y últimamente las comedias de situación de producción propia. El género por sí mismo poco dice de nuestras actitudes o las tendencias sociales, salvo que toda fórmula acaba cansando y se sustituye, aunque quizá pasado un tiempo vuelva a reaparecer con éxito.

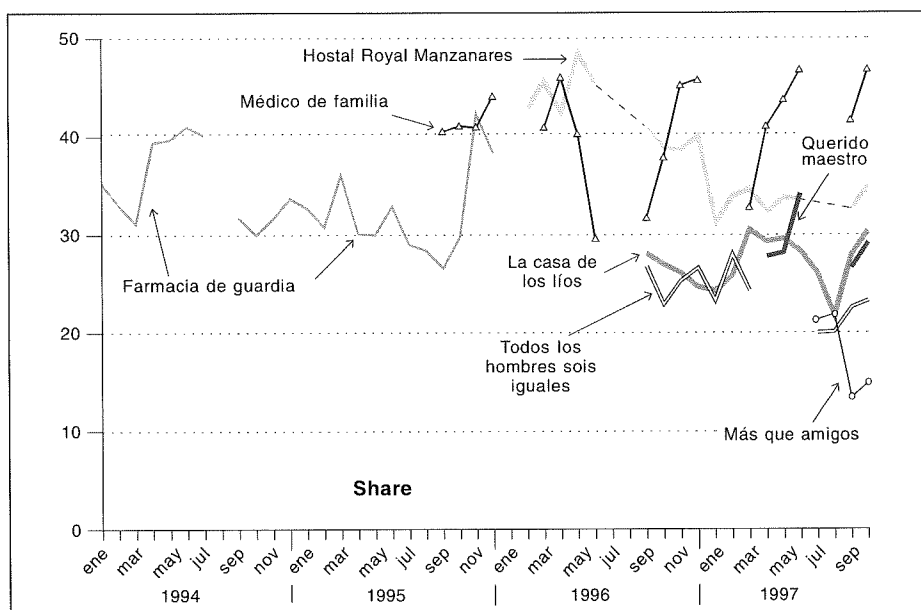
En el mundo de la televisión dos cifras inexorables deciden hoy la continuidad de cada programa: el *rating*, porcentaje de espectadores respecto al total de la población –es decir, su audiencia absoluta–, y el *share*, porcentaje de espectadores respecto al total de personas que en ese momento están viendo televisión –es decir, su audiencia relativa comparada con la audiencia de los programas competidores–. Así pues, un *rating* del 10% significa que congregó a uno de cada diez españoles (3,6 millones de personas, puesto que las mediciones de Sofres descartan a los menores de cuatro años). En la madrugada los telespectadores son pocos, quizá 100.000. Un

⁴⁸ *El País*, 1 de febrero de 1998, p. 56.

30% de *share* en ese momento dice que por cada tres de esos espectadores, uno sigue el programa. Podríamos decir que el *share* mide el éxito relativo de los programas frente a sus competidores y el *rating* mide el éxito por el número absoluto de espectadores, algo que importa más a los sociólogos. Cuantifican los cambios en nuestras preferencias. Los gráficos 15 y 16 resumen la trayectoria de nuestras preferencias por algunas series de producción propia⁴⁹.

Entre las 32 comedias de situación realizadas en España y programadas en los últimos tres años sólo se han ganado la atención del gran público un puñado de ellas, como es natural. El público prefiere series que conectan –en identificaciones expresamente buscadas– con el mundo de los jóvenes, de la familia, de los niños, de los mayores... Es indudable el éxito de las series más familiares. Personajes de distintas edades permiten también la identificación de espectadores de todas las edades. En general, los espectadores prefieren que el personaje central lo encarnen profesionales con fuer-

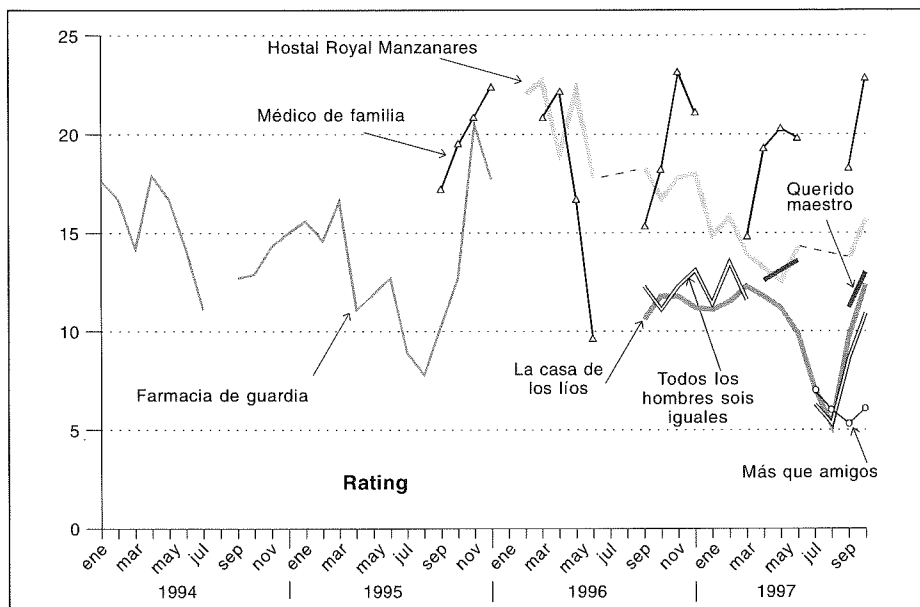
Gráfico 15 – Evolución del *share* de audiencia en el *prime time* (20:30 a 24:00) de algunas series españolas. Media mensual. 1994-1997



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de datos de Sofres A.M.

⁴⁹ El gráfico refleja las interrupciones veraniegas o que la serie cambia a otro horario menos estelar. Lo cual también consideramos significativo en un análisis de preferencias. Agradecemos la colaboración de Sofres en este desglose por audiencia media mensual minuto a minuto de emisión.

Gráfico 16 – Evolución del *rating* de audiencia en el *prime time* (20:30 a 24:00) de algunas series españolas. Media mensual. 1994-1997



Fuente: Elaboración Fundación Encuentro. CECS a partir de datos de Sofres A.M.

te y consolidada aceptación previa. Actores y actrices muy conocidos aceptan esa cita semanal. Pero el éxito no tiene recetas. Nadie puede predecir con seguridad lo que nos gusta realmente. Si se pudiera analizar y repetir mecánicamente la mezcla cautivadora no habría evidentemente tantas producciones fracasadas. La fidelidad del espectador tampoco es permanente. Las series cronológicas muestran en todos los casos un momento en que su creciente cansancio ante lo ya visto se refleja al contabilizar la audiencia. Una vez más se evidencia que lo que últimamente demandamos es espectáculo y, por lo tanto, variedad.

En las series propias encontramos entornos más conocidos y un tono *blanco* aceptable por todos, pero la aparente cercanía a la vida cotidiana es en cierto sentido engañosa. En realidad, las situaciones y personajes tienen poco de cotidiano; la forma dramática condensa conflictos excepcionales y representa cómo los afrontan unos personajes estereotipados. Lo que aquí nos importa, centrados en la sociedad española, es que su éxito es indicio de que a muchos espectadores les resultan gratos los modos con que uno u otro personaje elabora y resuelve en ellas esos conflictos y, de alguna manera, se identifican con el fondo moral que inspira sus decisiones; en una palabra, que les resulta plausible que esos modos y ese fondo se representen en nuestro entorno local. Nos identificamos, pues, con modos que, afortunadamente, poco tienen que ver con los que, estereotipadamente tam-

bién, se nos atribuyen o nos atribuimos históricamente los españoles a la hora de resolver conflictos. Son modos marcadamente dialogantes, respetuosos, igualitarios. No reflejan tanto nuestros comportamientos reales cuanto los ideales que interiormente valoramos. Son actitudes y valoraciones que también confirman las encuestas: sobre racismo, derechos humanos, etc. Nuestra sociedad alberga ideales de igualdad, justicia y entendimiento social que se destacan comparativamente entre otras sociedades europeas. Aunque fueran meras acomodaciones verbales a lo socialmente correcto, ya indicarían al menos que éstas son las actitudes apreciadas en los procesos de identificación.

Ahora bien, ¿informan estas actitudes nuestra práctica social, la gestión real de los conflictos? También esto se refleja en algún grado en las series que comentamos. Para actores, directores y productores que los episodios sean *blancos* es un concepto capital⁵⁰. Para sazonar los argumentos se abordan temas conflictivos que están en la calle, pero con un tratamiento cuidado para no disgustar ni ahuyentar a nadie. Poco hay de la dureza real que esos conflictos tienen. A lo más que se llega es a incorporar con toda suavidad y tiento algunos personajes no habituales, los menos políticamente incorrectos. Hay conciencia de que se trata de un primer paso muy autocensurado al que han de seguir otros con un tratamiento más hondo y menos *blanco* de esos conflictos. Suponen que preparan a la audiencia para historias, por ejemplo, menos familiares. Por ahora se suavizan las situaciones y las propuestas se apoyan en el humor, que siempre logra buenas y sostenidas audiencias entre nosotros, y en un cierto tono de ternura familiar que lime posibles aristas. Lo cual refleja, además de las evidentes razones de captación de audiencia, una cierta desconfianza ante la capacidad social para asumir tratamientos más conflictivos de la aplicación de esos valores teóricamente asumidos a los problemas cotidianos. El mismo indefinible recelo que desde hace años, y en el mismo medio televisivo, ha retrasado o relegado a horarios inverosímiles la emisión de excelentes trabajos documentales de investigación sobre nuestra historia reciente o nuestra convivencia. Un recelo poco fundado, por otra parte, como demuestra la acogida y el interés que, a pesar de todo, les dispensó la sociedad. Esas actitudes y valores parecen ser menos teóricos de lo que nosotros mismos tememos.

3.2 *Buscando seguridades alternativas en astrólogos y videntes*

Un programa de radio recibe una llamada en directo. La persona da una fecha de nacimiento y pregunta al astrólogo por las posibilidades de trabajo que vaya a tener su hija este año. El colaborador fijo del programa asegura que no las ve inmediatas, pero sí dentro de tres meses: tendrá que ele-

⁵⁰ *El País Semanal*, n. 1.104, 23 de noviembre de 1997, p. 38-54.

gir entre dos ofertas de empleo. Hay un tácito presupuesto de levedad; estamos en un espectáculo; se trata de entretener. Pero en el aire queda la cuestión de si quien recibe esa respuesta lo percibe siempre así. No es una situación esporádica. Se ha hecho habitual en las pantallas el personaje que pronostica porvenires. Forma parte de la puesta en escena. Pero esos mismos personajes anuncian paralelamente sus consultas profesionales, que ciertamente ya no son mero espectáculo para quien las paga.

¿Somos tan crédulos muchos españoles ante planteamientos tan claramente comerciales y a menudo tan descaradamente frívolos? Horóscopos, cartomancias, videntes, sanadores y, en general, los saberes alternativos gozan de una audiencia y credibilidad que por su volumen difícilmente se deja descalificar por los racionalismos como residual. Es evidente que conectan con sentimientos profundos previos a toda racionalización. Expresan la inseguridad que socava las biografías individuales y las identificaciones de grupo cuando la segmentación de los procesos sociales merma el acervo de pautas y saberes compartidos, consensos implícitos y objetivos comunes. Por una parte, indican la alta carga de irracionalidad que tantas personas atribuyen a su historia personal y a la colectiva, y, por supuesto, al fondo emotivo con que ellas se enfrentan a ambas. Lo que se pone en cuestión es la razón ilustrada, aunque desde presupuestos muy distintos que los que alega la llamada «posmodernidad». Por otra parte, son síntomas de un talante muy coincidente con esa posmodernidad, ya que en cierta manera también buscan una salida personal, un asidero ante un devenir colectivo percibido como arbitrario y caótico. Saber de lo que se avecina proporciona al ser humano una cierta seguridad, un ámbito de maniobra ante el porvenir imprevisible.

3.3 *Imágenes manipuladas para informar*

Hemos visto que la televisión dedica un espacio apreciable a los informativos. Lo que las tablas no reflejan es la posición privilegiada de que gozan en los hogares. Esperamos de la televisión que además de entretenernos nos informe, nos traiga a casa lo que sucede y cuando sucede. Las emisoras compiten especialmente en ese ámbito por nuestra atención con grandes esfuerzos de equipos y medios. Se juegan en ello buena parte de su imagen. En este campo la televisión ha retomado las estructuras informativas de la radio, con emisiones en horarios prefijados y una pretensión de globalidad. Aun las cadenas regionales o locales mantienen una sección de noticias internacionales.

Pero la similitud con la radio enmascara una característica propia de la información mediante imágenes que afecta muy profundamente la forma en que esa información es procesada por los espectadores: la confusión e ignorancia en que mayoritariamente nos deja sobre los procesos subya-

centes a los hechos, a pesar de su aparente inmediatez. La imagen transmite con precisión datos objetivos de lo que sucede y aun sugiere con excepcional riqueza emociones y sentimientos. Es, en cambio, menos adecuada para comunicar procesos de pensamiento, análisis pormenorizados, reflexiones, propuestas y objetivos. A la mayoría nos es fácil estar al tanto de lo que ocurre en el terreno de los hechos –y con mayor inmediatez que nunca, puesto que nos da la impresión de estar «viéndolo»–, pero es más difícil hacernos cargo, mediante imágenes, de por qué ocurre, de las alternativas que se barajaron y desecharon previamente, del proyecto global en que insertan los hechos sus protagonistas y la reflexión que los motiva. Para esos aspectos dependemos cada vez más de expertos especialistas, sean científicos o políticos, detentadores de saberes –y, por tanto, poderes– arcanos para la mayoría. Información no es comprensión. La comprensión de los procesos sociales sigue siendo propia de una minoría de entendidos en cada campo concreto. En resumen, aunque pueda parecer paradójico, en ese sentido, **esta sociedad de la información no es una sociedad informada**, porque asistir vicariamente a lo que sucede poco nos dice de por qué sucede y de las alternativas a nuestro alcance.

En realidad, al ver las noticias televisadas tampoco somos casi nunca conscientes de esas carencias. Lo que primariamente importa a la mayoría no es el valor informativo de la noticia, sino su valor de espectáculo. En su montaje, ritmo y presentación los noticiarios responden a esa actitud, de la que son bien conscientes. Recordemos que en España de tres personas que ven las noticias sólo una las lee y que el periódico diario que más compramos es deportivo. La baja cifra de difusión de la prensa diaria es llamativa en el contexto europeo. Ver imágenes de lo que pasa –por lo general seleccionadas por su atractivo visual– no necesariamente denota interés por saber qué pasa, aunque se sirva bajo el mismo rótulo informativo.

En buena medida, pues, el nivel informativo de los ciudadanos depende del que proporcionen los noticiarios de televisión. Por eso nos interesa ver más despacio esa información y sus dificultades. Como la radio, la televisión ha de seleccionar drásticamente el número de noticias que ofrece. Además de contar con un tiempo limitado, ha de presentarlas secuencialmente. Quien se interesa por una información anunciada en cabecera ha de esperar mientras se presentan las noticias que los redactores han colocado antes. Si durante la espera la oferta le deja indiferente o le llega a aburrir, desistirá y desconectará. La prensa escrita, por el contrario, puede multiplicar las informaciones sin ese riesgo, porque deja en manos del lector la secuencia de lectura, ignorando lo que personalmente no le atraiga. La tiranía de la información mediante imágenes agrava las distorsiones del proceso de selección:

- Se descartan 25 o 100 informaciones por cada una que se emite.
- Una noticia sin imágenes disponibles rara vez será noticia.

- Imágenes curiosas, espectaculares o conmovedoras serán noticiables aunque no sean informaciones relevantes.
- La imposibilidad de contar con imágenes propias de acontecimientos lejanos hace que diferentes informativos ofrezcan las mismas imágenes, las seleccionadas y servidas por quien estuvo allí.

Con la multiplicación de emisoras, los informativos de televisión se han desinstitucionalizado. Nuestro país ha vivido muchos años con un monopolio estatal de la información que una vez superado en la radiodifusión se mantuvo de hecho en la única televisión. Apoyados en la fuerza de la imagen, de la aparente presencia y cercanía a lo noticiado, los telediarios tenían cierto aspecto notarial, de realidad oficialmente refrendada. La pluralidad informativa ha acrecentado su credibilidad, pero rebajando al tiempo su nivel interpretativo, como una opinión entre varias.

La fuerza de la información televisada se muestra tanto en el respaldo que confiere a las voces y sucesos que amplifica como en el olvido público de los que silencia. G. Sartori⁵¹ lo achaca a esa autolimitación impuesta por los noticiarios de informar siempre a través de imágenes: silencia aquellos acontecimientos o procesos difíciles de filmar. La cámara entra con facilidad en los ambientes y países libres, poco y con circunspección en los peligrosos y no puede hacerlo en los países y medios que no son libres. Cuanto más tiránica es la situación, más ignorada será en una involuntaria connivencia de silencios. Por el contrario, puesto que la información ha de ser excitante, prima la extravagancia y presta desproporcionada relevancia al ataque y a la agresividad. Cuanto más exageradas y estrafalarias sean las tesis, mayor difusión y notoriedad recibirán, en perjuicio de los más equilibrados y «grises» argumentos de otros oponentes.

La agenda pública así en parte fijada por la información servida está teñida de cierta imposición externa sobrepuesta a las preocupaciones cotidianas del ciudadano. Las informaciones tienden a articular las posiciones de los agentes sociales con más facilidades de acceso al medio: autoridades y portavoces de asociaciones, colectivos e intereses. En las imágenes predominan los políticos, sindicalistas, artistas y deportistas, en su mayoría varones y con corbata. Quedan fuera muchos otros actores sociales. Las intervenciones del hombre y la mujer de la calle suelen incluirse para prestar un cierto color y calor humano directo en la escena del acontecimiento relatado, o para subrayar involuntariamente, en respuestas improvisadas de paso a encuestas simplificadas a pie de calle, la pretendida diferencia de saberes que respalda el quehacer de quienes sí saben y por eso deciden.

Los ciudadanos demuestran un interés creciente por las informaciones más locales, aunque las cadenas de difusión regional o nacional las sirvan

⁵¹ Véase Sartori, G., «La opinión teledirigida», *Claves de razón práctica*, n. 79, 1998, p. 5 ss.

más raramente. En las comunidades autónomas con televisión propia su audiencia es semejante a la de los grandes canales nacionales. Que existe una demanda insatisfecha de esa información local, pegada a la experiencia cotidiana del ciudadano, lo indica asimismo su atención a las emisoras locales. Incluso donde estas últimas emiten en competencia con canales regionales, su cuota de audiencia es apreciable y significativa: 7,8% de Granada, 6% de Cádiz y Málaga, 5,1% en Alicante.